



EL CRIMEN DE FIONA CLARK

Francisco Marín

Contenido

[Página del título](#)

[Derechos de autor](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[Nota del autor](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[Libros de este autor](#)

EL CRIMEN DE FIONA CLARK

Francisco Marín

Derechos de autor © 2020 Francisco Marín

Todos los derechos reservados

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Diseño de la portada: Ángel Lorenzo.
Derechos foto portada: Nikita Petrov/123RF.com
Correctora de texto: Uxue Montero. www.lupacor.com

1

Mi nombre es Paco Marín, soy escritor de novelas de ficción policiaca y trabajo como funcionario de la Administración de Justicia. Actualmente estoy destinado en la Oficina de Asistencia a las Víctimas del Delito de los Juzgados de Ibiza. Quizá por ello, cuando en septiembre de 2019 una circunstancia fortuita y ajena a mi actividad laboral me situó tras la pista de un criminal y de la posible resolución de un asesinato ocurrido en esta isla dieciséis años atrás, consideré que mi labor de investigación era ineludible. No afronté la tarea de forma incauta, ya que a mis cincuenta y un años sabía distinguir la ficción de la realidad y, aunque todo comenzó como un pequeño juego en el que buscaba documentación para una futura novela, pronto fui consciente de que las pesquisas que me disponía a emprender resultarían más complicadas y peligrosas que el tranquilo trabajo de un escritor frente al ordenador. Y en esta ocasión el desenlace también se mostraba incierto, pues no solo dependía de mi voluntad y de mi imaginación.

De los veintidós años que llevo al servicio de la Administración de Justicia, casi la mitad estuve de excedencia. Como muchos sabéis, fui agraciado con un premio millonario de la Lotería Primitiva, lo que me permitió vivir con lujo y sin privarme de ningún capricho durante bastantes años. Pero, como a tantos otros les ha ocurrido, la fortuna que llega de la noche a la mañana también puede evaporarse con rapidez. Y eso es lo que me ocurrió, aunque no voy a entrar en detalles, ya que no es el objeto de la historia que os voy a contar. Basta decir que nunca fui amigo de la ostentación ni del despilfarro y que mi ruina se debió a malas decisiones que se sumaron a contingencias impredecibles. Por suerte, no había renunciado a mi condición de gestor procesal y pedí el reingreso en

el servicio activo. Me tuve que mudar de mi lujosa casa de campo en Jesús a un pequeño piso en el centro de Ibiza. Por lo demás, mantenía mis amistades de siempre y redondeaba mi sueldo de funcionario con los ingresos que me proporcionaba la venta de mis novelas, por lo que mi situación económica podía calificarse como desahogada.

La historia que os voy a contar, por increíble que parezca, es real y tan solo he variado pequeños detalles y algunos nombres de las personas implicadas.

En Ibiza mucha gente ha oído hablar de este crimen. Aunque se siguieron varias líneas de investigación y surgieron tres sospechosos principales, nunca se logró incriminar a ninguno de ellos y las diligencias judiciales y policiales fueron archivadas. Una información que me llegó sin buscarla, por medio de una amiga que conoció a de uno de estos hombres a los que la Guardia Civil tuvo en el punto de mira, avivó mi imaginación y me lanzó a investigar los sucesos. En principio, inicié las pesquisas sin acabar de creer que mi corazonada fuera cierta. Pero el detalle que reveló mi amiga no solo despertó mis sospechas, sino las de todo aquel a quien se lo conté.

Intentaré exponer los hechos de forma ordenada para que quienes no hayan oído hablar del caso de Fiona Clark, uno de tantos crímenes sin resolver, puedan seguir el desarrollo de los acontecimientos.

El asesinato de Fiona Clark, una joven nacida en Ibiza, de nacionalidad y padres británicos, sucedió en 2003. Hace dieciséis años. El cadáver fue encontrado por un excursionista cerca de Cala D'Hort, a unos treinta metros de un camino frecuentado por paseantes que acuden a contemplar la magnífica vista del islote de Es Vedrá y sus impresionantes puestas de sol. El cuerpo no podía verse desde la senda principal. El hombre salió de esta en busca de su pastor alemán, que se había adentrado en el bosque y ladraba con insistencia. Descubrió el cadáver de la joven en lo que se podía calificar de postura recatada, con los brazos cruzados sobre el pecho formando una X y una pierna sobre la otra. Su cabello rubio

tirando a pelirrojo estaba dispuesto sobre los hombros. Casi se podría decir que se hallaba en una posición de descanso en la que solo desentonaba un profundo tajo en el cuello que evidenciaba una muerte violenta.

El hombre enseguida relacionó el cadáver con la joven desaparecida un par de semanas antes y cuyas incógnitas sobre su paradero y las consecuentes labores de búsqueda habían ocupado las portadas de los dos periódicos locales. El cuerpo presentaba un avanzado estado de descomposición.

Fiona Clark, de diecisiete años, estudiaba 2.º de Bachillerato en el Instituto Quartó de Portmany, en la localidad de San Antonio. Entre sus familiares y conocidos gozaba de fama de estudiosa, sociable y formal, la chica ideal para unos padres. No frecuentaba los locales nocturnos de la isla y era ajena al consumo de alcohol y de otras drogas. Cuando la mañana del domingo 20 de abril de 2003, la madre de Fiona descubrió su habitación ordenada de idéntica forma que la tarde anterior y que en la ropa de cama no se dibujaba ni una arruga, dedujo que su hija no había dormido allí y, movida por trágicos temores, avisó a su marido y acto seguido telefoneó al puesto de la Guardia Civil de San Antonio, dando cuenta de la desaparición.

Al día siguiente la noticia ocupaba la portada del *Diario de Ibiza* y de *Última hora*, y se inició una intensa labor de búsqueda con multitud de voluntarios en las cercanías de San Antonio, donde la joven había sido vista por última vez. Su *scooter*, una Suzuki Lido, se encontró aparcada en el centro de la ciudad y con una rueda pinchada. Los miembros de la Guardia Civil que investigaban la desaparición, comandados por el sargento Juan Colomar, se plantearon que bien pudo sufrir un pinchazo fortuito o bien pudo haber sido provocado por el presunto o presuntos captores para impedir que se desplazara con su propio vehículo. Esta última posibilidad implicaba un plan premeditado. También se hallaron tres colillas de cigarrillo, junto a la moto, que con posterioridad se comprobó que contenían el ADN de Fiona, aunque familiares y amigos aseguraran que no fumaba. Quizá lo hiciera a escondidas. En cualquier caso, parecía un elevado número de cigarrillos para una chica que se inicia en el consumo de tabaco. Los investigadores

habían descartado la huida voluntaria de la muchacha en base a su carácter sociable y a las buenas relaciones que mantenía con sus padres y con su hermana. Aparte de la desaparición accidental, ya se comenzaba a barajar la hipótesis de un secuestro y, a medida que transcurrían los días sin noticias, la posibilidad de hallar a Fiona Clark viva se consideraba más remota.

La Guardia Civil indagó en el entorno de la joven: sus padres, su hermana (de catorce años), sus compañeros de clase y profesores, su círculo de amigos y su novio, Jordi Torres, un joven de dieciocho años que había comenzado los estudios de Derecho e hijo del Concejal de Turismo de San Antonio, Alberto Torres. En el momento de la desaparición no se investigaba un homicidio y tras un breve interrogatorio a Jordi, el sargento de la Guardia Civil que dirigía las pesquisas lo descartó como sospechoso. Al parecer, Fiona y él mantenían una relación amorosa hacía un año atrás y no habían tenido disputas recientes, según manifestó el joven y confirmaron los amigos comunes. También se comentó que el hecho de ser hijo del concejal y relevante miembro del Partido Popular había «aligerado» los interrogatorios.

La Guardia Civil intentó reconstruir el itinerario seguido por Fiona el día de su desaparición. Por la tarde había ido al cine con varios amigos y a la salida se quedó ella sola con uno de ellos, Pablo, y fueron a tomar un refresco en un bar de la calle Cervantes, cercano al lugar en el que fue encontrada su *scooter* con la rueda pinchada. Pablo también fue interrogado, al igual que el dueño del bar, y ambos coincidieron en que sobre las 21:00 horas los dos jóvenes salieron del establecimiento. Según Pablo, Fiona se fue en dirección a su casa y él hacia la suya. Otra amiga confirmó haberse encontrado con Fiona sobre las 21:05, lo que ratificaba la versión de Pablo.

Por el contrario, un nuevo testimonio indicaba que la muchacha no se encaminó a su casa. Un camarero de un bar del Paseo del Mar manifestó haber reconocido a Fiona. Según dijo entró en el bar sobre las 21:15 y tomó un chupito de hierbas. Parecía estar esperando a alguien y recibió una llamada en su teléfono móvil antes de salir. Sin embargo, el camarero manifestó que no conocía a la muchacha antes de que publicaran su foto en los diarios y no

podía aseverar que se tratara de ella sin dejar un pequeño margen a la duda. No encajaba con el perfil de la joven desaparecida que hubiera estado sola en un bar y bebiendo alcohol. Pero si el camarero estaba en lo cierto, este hecho planteaba nuevos interrogantes.

Cuando apareció el cadáver de Fiona, la Guardia Civil tuvo nuevas certidumbres y nuevas dudas y sospechas. Los pocos restos de sangre encontrados en el lugar indicaban que no había fallecido allí y que su cuerpo había sido trasladado hasta el bosque. Aunque el acceso desde el camino no resultaba complicado, si el asesino la había llevado en brazos (la conjetura más plausible) debía ser un hombre joven y fuerte, por lo que las investigaciones se volvieron a centrar en el novio de la fallecida y en el último amigo que la vio con vida. Ambos encajaban en el perfil. ¿Por qué aquella tarde del sábado Fiona la pasó en compañía de Pablo en lugar de estar con su novio? La explicación que dieron ambos fue sencilla y creíble: aquella tarde televisaban un partido de fútbol del Barça, equipo del que Jordi era seguidor, y no quería perderse. ¿Podía ser que Jordi, al enterarse de que había pasado la tarde con Pablo, fuera víctima de los celos y se pusiera agresivo? Por lo que se refería a la coartada de Pablo, que dijo dirigirse a su casa mientras Fiona se encaminaba a la suya propia, había sido confirmada por una amiga que la vio caminando sola, pero ¿podía ser que Pablo la hubiera seguido sabiendo que su moto estaba pinchada? Todo eran especulaciones sin ningún apoyo fáctico. Ahora, la Guardia Civil ya no investigaba una desaparición, sino un homicidio, e intentaron presionar a los sospechosos.

Junto al cadáver de Fiona se encontró su teléfono móvil. Revisado el registro de llamadas del último día, solo aparecían llamadas enviadas o recibidas de amigas, una enviada a la casa de Jordi, su novio, y otra recibida de su profesor de Educación Física, Miquel Sempere, de diez minutos de duración, que lo incluyó en el elenco de sospechosos. ¿Por qué un profesor llamaba a una alumna durante el fin de semana? Había otra llamada recibida de un móvil cuyo número resultó ser de prepago y no se pudo descubrir la identidad del propietario. Esta llamada también dio que pensar a los

investigadores, al fin y al cabo, utilizar un teléfono cuyo propietario no se pudiera localizar no era una práctica común, salvo entre la gente que se dedica a actividades ilícitas o trata de ocultarse por algún motivo. La llamada duraba dos minutos y medio y fue realizada a las 21:27 horas, lo que avalaba el testimonio del camarero del bar que aseguró haber visto a Fiona. Y apuntaba la presencia de un cuarto sospechoso de identidad desconocida.

Los interrogatorios de la Guardia Civil se recrudecieron, conscientes de que se hallaban ante un posible homicida y de que, ante la falta de pruebas, la única manera de descubrir al culpable sería forzando su confesión. Dos de los tres hombres eran inocentes, pero aplicando la máxima del que fuera Ministro del Interior, José Barrionuevo, «para hacer una tortilla hay que romper huevos», se sentían en la obligación de presionarlos, máxime cuando tenían la sensación de que si se les escapaba el autor sería por no haber sido más incisivos desde el inicio. Querían recuperar el tiempo perdido exprimiendo las condiciones de los interrogatorios hasta rozar la ilegalidad. Sometieron a los sospechosos a interminables declaraciones de varias horas de duración, en los que ni siquiera se les ofrecía agua, tratando de que el agotamiento los condujera a la respuesta refleja, sin meditación, incurriendo en el desliz que pudiera condenarlos. El sargento de la Benemérita que estaba al frente de las investigaciones pronto descartó a Miquel y a Pablo, cuyas coartadas parecían sólidas, y se centró en el novio, Jordi. Al parecer habían tenido una discusión una semana antes de la desaparición de Fiona y, desde la disputa, no habían vuelto a verse. Era la primera contradicción con el testimonio inicial del joven. Jordi quitó hierro al asunto, dijo que había sido una pelea sin importancia y que estas riñas eran normales entre ellos. Cuando le preguntaron si habían hablado por teléfono el día de la desaparición, él negó haber mantenido ninguna conversación con Fiona. Desconocía que los investigadores habían accedido al registro de llamadas del teléfono móvil de la joven y había quedado registrada una al domicilio de Jordi. Cuando le informaron de este dato, Jordi mantuvo la sangre fría y continuó negando su conversación con Fiona, quizá hablara con su padre o con su madre, respondió. En este momento, el sargento se dio cuenta de que habían comenzado

a investigar al joven demasiado tarde, al menos como sospechoso de asesinato. Había dispuesto de suficiente tiempo para asimilar el «hecho» y para preparar las respuestas. Si no encontraban pruebas físicas que lo vincularan con el cadáver, iba a salir impune. En un primer momento, Jordi había dicho que no vio a Fiona porque fue a ver un partido de fútbol con los amigos, lo que resultaba cierto, pero les había ocultado su discusión de unos días atrás. Quizá esta discusión fue más violenta de lo que el muchacho reconocía y su relación de pareja había concluido entonces. También había negado su conversación telefónica con Fiona la tarde de su desaparición. La única explicación que se le ocurrió al sargento para que Jordi se emperrara en ocultar esta llamada era la de no incurrir en una nueva contradicción. Hasta ese momento, los únicos crímenes resueltos en la isla de Ibiza se debían a la confesión, bien por arrepentimiento espontáneo del autor o bien inducida por un hábil y machacón interrogatorio de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad. El sargento estaba dispuesto a conseguir esa confesión a cualquier precio, y, después de cinco horas de interrogatorio que no llevaron a ningún lado, sacó su arma reglamentaria y la puso en la cabeza de Jordi. El sospechoso continuó sin confesar, pero el guardia que estaba a su lado y el abogado del turno de oficio, aunque era amigo del sargento (y también sospechaba que su cliente estaba implicado de alguna manera), le obligaron a guardar su arma y al día siguiente fue cesado como miembro de la Guardia Civil. Un año después fue condenado por el Juzgado de lo Penal número 1 de Ibiza a la pena de tres años de prisión por un delito de amenazas.

A partir de ese momento la investigación se estancó. Se hizo un registro en el coche de Jordi y también en el de otro de los sospechosos, Miquel, sin que se encontrara ninguna pista incriminatoria, aunque sí algún rastro que despertó dudas en los investigadores. En el coche de Jordi se hallaron varios cabellos de Fiona, lo que se consideró normal teniendo en cuenta que habían sido novios. En el vehículo de Miquel también se encontró un fragmento de cabello de la joven, y su explicación no sonó convincente. Una mañana, al entrar al instituto conduciendo su Renault Clio, Fiona, desde la acera que quedaba a la derecha, le hizo una señal indicándole que quería hablar con él. Se detuvo junto

al bordillo y bajó la ventanilla del lado del copiloto para escuchar a la muchacha. Ella introdujo su cabeza en la ventanilla y pudo perder un cabello. Sí, cabía dentro de lo posible. También podía ser que Fiona hubiera subido en aquel coche y que Miquel Sempere realizara una limpieza a fondo, de la que se escapó un minúsculo trozo de pelo acusador.

Por otro lado, el padre de Jordi acudió al cuartel de la Guardia Civil para manifestar que el día de su desaparición Fiona había llamado al domicilio. Afirmó que no habló con Jordi, sino con él. La muchacha parecía tranquila e incluso alegre. Cuando le preguntaron por qué razón no había revelado con anterioridad esta conversación con Fiona, respondió que no le había dado importancia hasta que su hijo le comentó las sospechas de los investigadores. El padre de Jordi era concejal en el Ayuntamiento de San Antonio, y, aunque los guardias civiles barruntaron que solo estaba intentando encubrir el desliz de su hijo en el interrogatorio, nunca pudieron demostrar que no fuera cierto su testimonio.

Sin saber hacia dónde dirigir sus pesquisas, o de qué manera podían desenmascarar al presunto autor, las investigaciones llegaron a una vía muerta y el crimen de Fiona Clark pasó a formar parte de la colección de casos sin resolver. A medida que se fueron revelando datos que deberían haber quedado bajo el secreto del sumario, la prensa realizó un juicio paralelo y la condena popular de Jordi fue unánime. Los que vivíamos en Ibiza y habíamos seguido las investigaciones en la prensa y, como en mi caso, en los pasillos de los juzgados, no teníamos dudas: Jordi era el asesino de Fiona.

El linchamiento mediático pasaría factura no solo a Jordi Torres sino a su familia. El joven se fue a Barcelona para continuar sus estudios de Derecho y apenas pisó la isla durante cuatro años, esperando que todo volviera a su cauce. Su padre se vio forzado a dimitir de su cargo de concejal y enterró sus ambiciones políticas. Las ventas del supermercado de la familia cayeron en picado y lo reconvirtieron en un negocio de bebidas enfocado al turismo inglés durante los meses de verano. Como colofón, los padres de Jordi se divorciaron poco tiempo después de que se cerrara la investigación.

Como ocurre siempre que interviene la opinión pública, en la que muchos dicen lo primero que se les pasa por la cabeza y luego se lo creen, también aparecieron teorías conspiratorias que atribuían el crimen a redes organizadas de trata de blancas o películas *snuff*.

También cabía la posibilidad, más plausible, de que el asesino fuera un cuarto hombre (el sexo masculino se daba por seguro), alguien ajeno al círculo familiar y de amistades de la víctima y que hubiera abordado a la joven la noche de autos, como ocurrió con el caso más reciente de Diana Quer, de edad similar a la de Fiona en el momento de su desaparición y cuyas circunstancias nos hicieron recordar aquel crimen sucedido en la isla de Ibiza en 2003. Pero si existió este cuarto hombre en el caso de Fiona, no dejó rastro... o no fue hallado.

2

Sábado, 28 de septiembre de 2019

A mediodía me hallaba tomando un aperitivo con Maglo, Ángel y Gustavo en la terraza del Donibane, cuando apareció Marisa, otra amiga común a quien veíamos de tanto en tanto. Marisa vivía en San Antonio, a quince kilómetros de Ibiza, y había quedado con Ángel para comprar un huevo de hachís al proveedor de nuestro barrio, Figueretas, a quien apodaban el Simpático. Llevábamos un rato charlando de no recuerdo qué y Marisa, cambiando el tema, me preguntó si estaba escribiendo mi tercera novela.

—De momento solo tengo una idea. Se me ha ocurrido investigar el crimen de Fiona Clark. El abogado de la familia fue Raúl Ballesteros y creo que podré acceder a la documentación y quizá pueda localizar a algunas de las personas que se relacionaron con el caso: periodistas, forenses.

—Leí hace poco que ese crimen ya está prescrito —intervino Ángel, que trabajaba en el Juzgado de Instrucción número 2 de la isla.

—Ya, no se podría juzgar, pero imagínate que descubro lo que ocurrió, quién la asesinó, y escribo una novela. Sería impactante... —respondí sonriendo, montándome mi infantil película.

—Sí, desde luego, sería la leche —concedió Ángel.

—Uno de los sospechosos era vecino mío —terció Marisa—. La verdad es que nunca quiso hablar del caso. Al poco él y su novia se fueron a vivir a Asturias, a Oviedo.

—¿Y por qué era sospechoso tu vecino? —preguntó Gustavo.

—Fue el último con el que estuvo Fiona... Es un encanto de chico y nos llevábamos muy bien. Hace poco volvió a Ibiza y lo cierto es que ha tenido muy mala suerte; su novia se suicidó, ahorcándose...

En ese momento se hizo un breve silencio que se rompió con bromas y risas: «¡Pues vaya mala suerte la de tu amigo, parece que las chicas que se acercan a él mueren de forma violenta!». «¡Ten cuidado, Marisa, a ver si eres la próxima!». «Pues fuera de broma, creo que habría que investigar a tu amigo». «¡Hombre, podría ser un punto de partida!».

—Pablo es muy buena persona —Marisa salió en su defensa sonriente, siguiendo la broma.

—¡Cuántos hay que luego sus vecinos dicen que era una persona amable, un buen vecino! —señaló Ángel.

—Aunque estamos bromeando —intervine yo—, no creas que no me da que pensar. Por un lado, nunca te habló del caso siendo una de sus mejores amigas, según dices. Si él no tenía nada que ver, lo lógico sería que hubiera contado algo, aunque solo fuera para defenderse de una acusación injusta. Luego dices que, al poco tiempo, se fue de la isla, lo que suena a huida. Vale que también podría ser porque estaba harto de que la gente lo mirara como a un posible sospechoso, pero se suma otra duda. Y, por último, su novia muere de forma violenta. No hay ningún hecho que, por sí solo, lo señale como culpable, pero son muchas coincidencias. ¿No crees?

—Ya te digo que Pablo sería incapaz de hacer algo así —insistió Marisa—. Bueno, además, como decís, el crimen ha prescrito.

—El de Fiona ha prescrito, pero el de su novia depende de cuándo sucediera —indicó Ángel en tono jocoso.

Si ya se me había pasado por la cabeza, como una mera posibilidad, investigar el crimen de Fiona Clark, este dato que nos facilitó Marisa de forma casual, y supongo desconocido por la Policía y los medios de comunicación, fue el detonante que me decidió a investigar la muerte de la joven, desechando mi creencia inicial de que Jordi, el novio, fuera el autor y focalizando mis sospechas en Pablo, el último amigo que la vio con vida.

3

Lunes, 14 de octubre de 2019

El caso de Fiona Clark formaba parte de la historia criminal de Ibiza. Se habían publicado cientos de artículos en los diarios locales, e incluso periódicos y televisiones de ámbito nacional habían dedicado algún espacio a este crimen. Cada uno daba su particular versión, así que decidí abordar la investigación sin prejuicios, ciñéndome a los hechos contrastados. Intentaría desprenderme de ideas preconcebidas y atender solo a los datos que figuraran en los autos judiciales, donde esperaba hallar tanto el atestado de la Guardia Civil como el informe de autopsia del forense.

Según comprobé, la instrucción de las diligencias previas por el homicidio de Fiona Clark había correspondido al Juzgado de Instrucción número 1 de Ibiza. Conocía a algunos de los funcionarios y a la jueza actual, Marta, aunque ninguno de ellos trabajaba en este juzgado cuando se investigó el caso de Fiona. Se realizó la calificación de homicidio en lugar de asesinato por resultar aquella más leve y no disponer de ninguna prueba que indicara la planificación y premeditación, que sí se incluían en algunas de las hipótesis barajadas por la Guardia Civil. Pero las resoluciones judiciales no se pueden basar en meras suposiciones.

El abogado de la acusación particular que se personó en los autos fue Raúl Ballesteros, mi amigo de la infancia, y pensé que no pondría inconvenientes en dejarme echar un vistazo al expediente, sobre todo teniendo en cuenta que el caso estaba cerrado y prescrito.

La Oficina de Atención a las Víctimas de los Delitos en los Juzgados de Ibiza, en la que yo trabajaba, llevaba funcionando cinco o seis años en Baleares. Estas dependencias trataban de dar

respuesta a una amplia y reciente legislación que recogía los derechos de las víctimas, su estatuto legal. Con buen criterio, el legislador había puesto el énfasis en intentar reparar los daños sufridos, compensar, en la medida de lo posible, a los perjudicados por el delito y evitar la victimización secundaria, con procesos interminables y un ambiente hostil e incomprensible para muchos de los damnificados. El personal de la oficina lo formábamos mi compañera María (la psicóloga) y yo. Ella les daba apoyo y tratamiento psicológico, y yo les ofrecía información sobre el procedimiento penal, sobre el desarrollo de la instrucción y del juicio y sobre sus derechos y las ayudas económicas a las que podían acceder cumpliendo los requisitos exigidos por las leyes.

Lo cierto es que teníamos poco trabajo. Aunque yo permanecía sentado frente al ordenador desde las 9:00 a las 14:00, horario de atención al público, algunos días nadie cruzaba la puerta de mi despacho en busca de ayuda o información. Tan solo me levantaba de la silla para ir al cuarto de baño o hasta la máquina de café para coger un cortado de los dos o tres que tomaba cada mañana. Se trataba de un trabajo cómodo, no había duda, y me gustaba la independencia que me proporcionaba. Y si no teníamos mucha carga laboral porque la gente no acudía a la oficina, yo no podía hacer nada.

La mañana de aquel lunes, le dije a mi compañera que me iba a acercar al despacho de Raúl Ballesteros para consultar un expediente, lo que era cierto y, además, ¿acaso no habían sido víctimas, aparte de Fiona Clark, sus familiares, que habían visto truncada la vida de un ser querido? No quiero justificarme y decir que mi investigación estuviera relacionada con mi trabajo, aunque en cierta manera existía un nexo remoto.

Entré en el despacho de Ballesteros, situado en el edificio Can Ventosa, cercano al nuevo edificio de los juzgados. Raúl me recibió con una amplia sonrisa y después de charlar unos minutos de trivialidades, le expliqué el motivo de mi visita y los nuevos datos de que disponía. Me respondió que no había ningún problema y me pidió que le comunicara si descubría algo, aunque no tuviera repercusión judicial.

—¿Tú qué impresión tuviste? ¿Fue el novio como pensaba todo el mundo? —pregunté.

—Yo creo que sí —respondió Raúl, pensativo—. La investigación fue un completo desastre. Los guardias civiles cometieron muchos errores. En un principio no buscaban a un asesino, sino que buscaban a Fiona. Cabía la posibilidad y la esperanza de hallarla con vida. No hicieron un registro a fondo de los vehículos de los sospechosos ni verificaron sus coartadas hasta dos semanas después, cuando se encontró el cadáver. Y se limitaron a hacer el levantamiento y no acordonaron la zona. Luego el sargento que dirigía la investigación perdió los nervios y amenazó con su pistola al sospechoso. Quizá porque sabía que se le iba a escapar. —Hizo una mueca de fastidio y prosiguió—: La jueza que llevaba la instrucción del caso lo archivó en cuanto pudo. Se comentaba que estaba liada con Alberto Torres, el padre del asesino; bueno, del presunto asesino, de Jordi. Su padre era concejal en San Antonio y tenía fama de mujeriego. La jueza lo archivó desde casi el inicio y yo interpusé un recurso alegando que no se habían practicado las mínimas diligencias de investigación. La Audiencia Provincial me dio la razón y obligó a reabrir la causa. Y, pasados unos meses, en el momento que pudo lo volvió a archivar. No sé si realmente pensaba que Jordi era inocente, o que no había suficientes pruebas, o se trataba de un favor hacia su padre, el caso es que lo archivó. Además, el padre había mentido a la Guardia Civil para facilitar una coartada a su hijo. En fin, todo muy lioso. Volví a recurrir el auto de sobreseimiento provisional y archivo y esta vez la Audiencia no me dio la razón.

Cuando regresé a mi oficina, abrí el expediente fotocopiado que me había prestado Raúl y lo examiné con cuidado, como si fuera un libro sagrado. No sabía qué esperaba encontrar. ¿Una pista? ¿Un hecho o una frase que se les hubiera pasado por alto a los investigadores y periodistas que habían examinado el caso antes que yo?

Las primeras páginas las ocupaba el atestado de la Guardia Civil de San Antonio, con motivo de la denuncia de los padres de Fiona por su desaparición.

Comencé a hojear los folios unidos por un fástener y marqué algunas páginas con pósits amarillos para luego fotocopiar las partes que me interesaban y poder realizar anotaciones en ellas. Examiné las diligencias ampliatorias que se instruyeron cuando se encontró el cadáver y el interrogatorio de los tres sospechosos; también vi el informe de la forense y un informe de la Guardia Civil dirigido al juzgado en el que indicaba que el principal sospechoso, Jordi, había faltado a la verdad cuando relató lo sucedido aquella noche, ya que en un principio dijo que después del partido (que finalizó a las 21:45) fue a cenar con unos amigos. Y si bien es verdad que se presentó en el restaurante, no acudió hasta las 23:00. Otra mentira o inconsistencia en el relato del joven que se sumaba a las anteriores. En ese intervalo no pudo matar a Fiona y llevar su cuerpo hasta Cala D'Hort; sin embargo, sí había tenido tiempo de matarla, y pudo trasladar el cuerpo más tarde, cuando todos se fueron a sus respectivas casas, o al día siguiente.

Pablo era el segundo sospechoso, fue la última persona que estuvo un rato con Fiona. La aparición de una testigo que vio a Fiona caminando sola por las calles de San Antonio poco después de que ella y Pablo abandonaran el bar en el que estuvieron charlando, y un camarero que dijo haber reconocido a Fiona en su establecimiento, poco más tarde de esa hora, desviaron las sospechas de la Guardia Civil en otra dirección.

En cuanto a Miquel, el profesor de educación física, reconoció haber mantenido una conversación telefónica con Fiona el día de su desaparición. Según su testimonio hablaron de temas relacionados con la alimentación y el entrenamiento. Resultaba muy extraño que un profesor telefonara a una alumna un sábado y los investigadores sospecharon que pudiera haber un interés ajeno a su actividad docente por parte de Miquel, un joven que acababa de cumplir los veinticuatro, que había aprobado las oposiciones en la convocatoria del pasado año y cuyo primer destino fue el instituto de San Antonio. Miquel se puso nervioso durante el interrogatorio, lo que podía deberse no a que fuera culpable del delito, sino a la mera impresión de hallarse en un cuartel de la Benemérita siendo interrogado por un posible homicidio. Reconoció que no era habitual que telefonara a una alumna un fin de semana y se justificó

diciendo que durante la semana anterior había mantenido una conversación sobre un tipo de entrenamiento con Fiona y había descubierto una información interesante al respecto. ¿No podía esperar a que se reanudaran las clases el lunes? Fiona había mostrado mucho interés y prefirió comunicarle la información y olvidarse del tema, fue su respuesta. ¿Cuál era esa información que no podía esperar? Miquel dio una explicación sobre un entrenamiento para adquirir potencia, consistente en carreras rápidas a intervalos de dos minutos. Los guardias civiles dudaban de su franqueza, sin embargo, su coartada no ofrecía fisuras: el fin de semana en el que había desaparecido Fiona él se hallaba en Valencia, de donde era originario, visitando a su familia. Aportó las tarjetas de embarque de ida y de vuelta del *ferry* de Balearia, y sus padres ratificaron la presencia de su vástago.

En marzo de 2005 se archivó de nuevo el procedimiento por no constar autor conocido. Y nunca se reabrió.

4

Una vez fotocopiadas las partes relevantes del expediente, comencé por la lectura del informe forense. Me pareció el orden lógico, aunque no coincidiera con el cronológico. La forense que realizó la autopsia e inspeccionó el lugar en el que fue hallado del cadáver llegó a varias conclusiones:

1.^a La causa de la muerte se debía a «una herida transversal incisa profunda producida por arma blanca en región cervical anterior con afectación vascular». Resumiendo: la víctima había sido degollada con un profundo tajo en el cuello. También deducía la forense que era un filo fino, del estilo de un cúter o un cuchillo muy afilado. La rajadura parecía haberse realizado de derecha a izquierda, lo que indicaba que el agresor era zurdo.

2.^a Algunos arañazos y cortes que presentaba la víctima en los antebrazos, las manos y un hematoma en la sien derecha indicaban que había habido una pelea y que la víctima se había resistido. También se podía inferir que el agresor la había golpeado con la mano izquierda.

3.^a La ausencia de sangre en el terreno en el que fue encontrado el cadáver indicaba que el homicidio había ocurrido en otra parte y el cuerpo sin vida se trasladó hasta allí.

4.^a Tampoco se apreciaban manchas de sangre en las ropas, por lo que la forense llegaba a la conclusión de que el corte en el cuello se produjo cuando la víctima se hallaba tumbada, ya que de estar en pie la sangre habría salpicado su vestimenta.

5.^a No había ningún rastro de piel, pelos o sangre en las uñas de la fallecida.

6.^a No había indicios de que la víctima hubiera mantenido relaciones sexuales momentos antes de su muerte, ni forzadas ni consentidas.

A grandes rasgos, estas eran las ideas que extraje de la lectura del informe. Ningún dato avalaba la hipótesis de que la víctima conociera a su asesino. Que el homicidio se hubiera producido estando aquella en posición horizontal podía indicar cierta confianza, pero parecía pugnar con las heridas halladas en los antebrazos que indicaban alguna forma de defensa. ¿Se podía haber iniciado el ataque cuando Fiona se hallaba tumbada, incauta, y luego esta tratara de protegerse poniendo sus brazos a modo de escudo cuando ya era demasiado tarde para repeler la agresión?

Del golpe en la sien y del corte en el cuello se infería que el asesino era zurdo, lo que reduciría bastante el número de sospechosos, ya que la población que maneja la izquierda como mano principal es un 13 por ciento, como consulté en Google. Supuse que los investigadores de la Guardia Civil habrían comprobado si los sospechosos principales eran diestros o zurdos.

Resultaba evidente que el asesino había transportado el cadáver hasta allí y, si el homicidio había sucedido a cierta distancia, debería haber utilizado un vehículo. Pablo no tenía vehículo propio y en los registros que se hicieron de los vehículos de Jordi y Miquel no se halló nada fuera de lo normal, ningún rastro de sangre o de tejidos de Fiona. Sí algunos cabellos en el coche de Jordi y un cabello en el coche de Miquel que, por sí solos, podían explicarse y no incriminaban en la medida que lo hubiera hecho un rastro de sangre. Cabía la posibilidad de que hubiera sido un asesinato perfectamente planificado, en cuyo caso el asesino podía haber alquilado un vehículo, contingencia que no se investigó. También podía haber cubierto el cadáver con plásticos, de forma que no quedara ningún rastro en el maletero cuando transportó el cuerpo.

La forense había descartado la existencia de relaciones sexuales, lo que quitaba fuerza a la teoría de un atacante desconocido, cuya motivación suele ser sexual, y nos volvía a centrar en el círculo de conocidos de Fiona.

La única conclusión clara y descorazonadora era que, al no haber restos biológicos del atacante, la posibilidad de encontrar al asesino en un futuro mediante el cotejo de muestras de ADN con delincuentes fichados (como había sucedido en el caso de Rocío Wanninkhof y tantos otros) quedaba descartada.

La lectura del resto de las diligencias previas 414/2003 no me reveló ningún dato importante. En las declaraciones de los sospechosos en las dependencias de la Guardia Civil solo se observaban contradicciones en las realizadas por el novio, Jordi Torres.

Decidí que la mejor manera de seguir mi investigación era hablar con las personas que habían intervenido de alguna manera, por pequeña que fuera, en la investigación de los hechos o habían visto a Fiona el día de su desaparición. Confeccioné una lista en la que incluí con carácter provisional a todos los que se me ocurrieron:

1. Jordi (sospechoso principal).
2. Pablo (nuevo sospechoso por las revelaciones de Marisa).
3. Miquel (tercer sospechoso, aunque parecía descartado por su férrea coartada; tenía en su contra el pelo de Fiona hallado en su Renault Clio y una llamada de diez minutos que hizo a la joven el día de su desaparición).
4. Alberto Torres (padre de Jordi y que respaldó la versión de su hijo y afirmó haber contestado él la llamada de Fiona al domicilio familiar).
5. Olga Sanchís (madre de Jordi. Quizá supiera algo de la llamada recibida en el hogar familiar).
6. Amigos y amigas de Fiona, incluida Yolanda Guasch (la última que vio a Fiona antes de su desaparición).
7. *Jorge Martín (camarero que afirmó haber visto a Fiona la noche de su desaparición).*
8. Joan Subirachs (periodista que cubrió la noticia en el *Diario de Ibiza*).
9. Catalina Riera (periodista que cubrió la noticia en *Última hora*).
10. Guardias civiles encargados de la investigación.
11. Padres y hermana de Fiona (aunque la hermana tenía catorce años en el momento de los hechos, quizá supiera algo o tuviera una sospecha con el paso del tiempo).

El primer problema que presentaba hablar con las personas incluidas en la lista era que algunas se habrían ido de la isla de Ibiza y quizá fuera difícil hallar su paradero. En ese momento decidí que no me vendría mal la ayuda de un detective privado para localizar a los implicados. Sin duda, me facilitaría el trabajo y, para esta tarea de búsqueda, conocía a la persona idónea: Álex Zarco.

El segundo problema que se presentaría con toda probabilidad era que, aún en el caso de encontrar a todas las personas de esta lista, algunas no querrían hablar ante un extraño, en especial aquellos que habían sido señalados por las sospechas de los investigadores y de los medios de comunicación.

El tercer problema consistía en que, si en su momento la Guardia Civil no pudo encontrar ninguna prueba incriminatoria, ahora, transcurridos dieciséis años, esa prueba sería imposible de hallar. Y de nada serviría una teoría plausible y bien fundada sin una prueba física. Además, la condena del asesino resultaría inviable, aunque confesara. Aun así, decidí iniciar mi investigación para esclarecer la verdad de lo ocurrido. Pondría todos los hechos sobre el tapete y cabía la remota posibilidad de encontrar una explicación que se hubiera pasado por alto a los investigadores y periodistas que cubrieron la noticia.

Decidí que la mejor forma de afrontar las posibles entrevistas sería empezar por las personas con menor posibilidad de estar implicados, para recabar los datos posibles e irme forjando una idea y luego estrechar el círculo. Establecí el siguiente orden: periodistas, el camarero, los guardias civiles, amigos de Fiona, familiares y, por último, Alberto Torres, su exmujer y los tres sospechosos.

5

Martes, 15 de octubre de 2019

Fiel a mi costumbre, llegué al Moreta puntual, a las 9:30. Vi a Zarco sentado a una mesa en el fondo del local en el momento en que se llevaba a la boca un trozo de cruasán empapado en Cola Cao. Un hilito de líquido oscuro le cayó por la barbilla y me giré hacia la barra fingiendo no haberlo visto. Pedí un café con leche y lo llevé hasta donde se hallaba el detective.

—¿Qué tal, Álex? —dije a modo de saludo tendiéndole la mano—. También he quedado con Raúl Ballesteros. Supongo que vendrá en unos minutos.

—Bien, bien... —respondió Zarco. Yo no supe si respondía a mi pregunta inicial o al comentario posterior sobre la llegada de Ballesteros.

Miré la mesa, llena de migas de cruasán y servilletas usadas, y no pude evitar pensar que quizá el desorden reinante era un reflejo del estado mental de Zarco. Raúl me había contado que el detective había recaído en sus brotes de esquizofrenia paranoide y había estado internado unos meses en el psiquiátrico. Su aparente recuperación después del tiro recibido en la cabeza duró poco más de un par de años. Su mirada ausente indicaba que debía estar medicado. Aun con sus delirios y diversas manías era el mejor detective de Ibiza y por eso decidí recurrir a él.

Iba a comenzar a explicar a Zarco mis propósitos y qué información esperaba que me proporcionara, cuando vi aparecer a Raúl en la puerta del Moreta, con una camisa blanca y un pantalón vaquero cuyo tejido y corte impecables me hicieron suponer que era de marca pija. Después de los saludos, comencé mi explicación:

—Estoy investigando un caso antiguo, el crimen de Fiona Clark. Acabo de empezar...

—Ya, ¿qué te pareció el expediente? —me interrumpió Raúl.

—Bueno, no encontré ninguna información que no hubieran publicado los periódicos. —Hice una pequeña pausa antes de explicar la circunstancia que había espoleado mi curiosidad por el crimen de Fiona—. El otro día, hablando con una amiga que conocía a uno de los sospechosos, me facilitó un dato que me ha hecho pensar. Y, claro, no se trataría de buscar pruebas para encerrar al culpable, sino solo para esclarecer los hechos. Y, aunque se libre de la cárcel, no se libraría de quedar al descubierto y que todos sepan lo que hizo.

—¿No había ya un sospechoso? —preguntó Zarco.

—Sí, había uno principal y otros dos a quienes investigó la Guardia Civil. Al final, la investigación se centró en el novio y los otros dos quedaron más o menos descartados.

—¿Y cuál es el dato que te ha facilitado tu amiga? —preguntó Raúl. Zarco permanecía pensativo y sin abrir la boca.

—Pues, Pablo, otro de los sospechosos, que fue una de las últimas personas que vio a Fiona con vida, se fue a Asturias a vivir con su novia y, al parecer, esta se suicidó ahorcándose...

—¡Joder! —exclamó Ballesteros—. Sí que parece mucha casualidad que haya dos muertes violentas en torno a una persona. Y las dos, mujeres. —Me miró y preguntó—: ¿Y qué vas a hacer?

—Pues lo que quiero, en primer lugar, es localizar a todas las personas que puedan darme alguna información sobre los hechos: periodistas, guardias civiles, amigos, etcétera. Para esto necesito a Zarco. Y luego, si podemos hablar con algunos de ellos, quizá podamos llegar a alguna conclusión.

—¿Y crees que a estas alturas vas a encontrar una solución cuando la Guardia Civil no fue capaz de resolverlo en caliente? —preguntó Raúl.

—No lo sé. Quizá no llegue a encontrar una respuesta. Pero estoy dispuesto a intentarlo. Considero que puede ser interesante la investigación.

—Bien, bien... —Zarco me miró inexpresivo. Sacó una pastilla de un blíster y la engulló con un trago de agua—. Tengo que tomarla

con el desayuno.

—Bueno, Paco, ya veo que quieres catapultar tu fama de escritor con un caso real —dijo Raúl sonriendo. No desmentí sus palabras, no estaba seguro de que, en el fondo, él no tuviera razón.

6

Lunes, 21 de octubre de 2019

Al cabo de seis días, Zarco me entregó la lista con los nombres, teléfonos y direcciones (de su domicilio o de su centro de trabajo) de las personas que le había pedido. Me pareció una buena labor, más teniendo en cuenta que de algunas de estas personas no le había proporcionado nombres y apellidos, solo le había explicado su relación con la víctima y con el caso. Uno de los tres sospechosos, Miquel, se hallaba fuera de Ibiza en aquel momento. Era un pequeño revés. Miquel había sido descartado pronto como posible autor, sin embargo, me parecía interesante hablar con él. No me resultaba creíble que un profesor telefonara a una alumna un sábado por la tarde para hablarle de un entrenamiento, un tema que podía esperar a la reanudación de las clases el lunes siguiente. Y estaba el fragmento de cabello encontrado en el asiento del copiloto de su coche. Me daba la impresión de que, si no habían mantenido un *affaire*, él había estado interesado en Fiona. Y quizá pudiera ofrecerme una nueva imagen de la muchacha con la objetividad que da el paso del tiempo. Eso, claro, si quería mantener una conversación telefónica con un escritor entrometido.

Comencé por el primero en mi lista: Joan Subirachs, el periodista del *Diario de Ibiza* que cubrió los hechos y que se había convertido en el director del periódico. Repasando la documentación sobre el crimen, había escuchado un comentario de Subirachs en una entrevista en la televisión balear en el que insinuaba que Fiona pudiera haber tenido una doble vida o algún oscuro secreto. Yo no tenía la certeza de que el periodista se basara en pruebas, sino en una mera suposición, quizá motivada por el exceso de imaginación

que ponemos los humanos para valorar cualquier hecho. O quizá por el deseo, consciente o inconsciente, de vender periódicos.

Zarco me dijo que las personas implicadas pondrían menos barreras ante un escritor que busca documentación para una novela que ante un detective, por lo que decidimos que yo me encargaría de las entrevistas y, solo cuando la situación lo requiriese, se ocuparía Zarco.

Llegué a la sede del *Diario de Ibiza* donde me había citado Joan Subirachs y pregunté por él al recepcionista. No había resultado difícil conseguir la entrevista. El actual director del diario conocía mis novelas policiacas; la presentación de ambas había tenido lugar en el salón de actos del Club Diario de Ibiza, lo que creo que facilitó su buena acogida. Me estaba aguardando en su despacho, detrás de una amplia mesa en la que había un ordenador y diversos papeles. Era un hombre grueso, con el pelo cano cortado a cepillo y debía tener unos cincuenta largos.

—Le interesa el crimen de Fiona Clark... —afirmó Subirachs, dándome pie para que le explicara mis intenciones.

—Sí. Como ya le dije es un caso que ha quedado sin resolver y me gustaría realizar mi propia investigación.

—Como sabrás —dijo pasando al tuteo, lo que me pareció una buena señal, quizá de confianza— se ha escrito todo lo que se podía escribir sobre el tema. Y se han realizado muchas investigaciones. Aparte de la Policía, ha habido muchos periodistas y curiosos de todo tipo.

—Sí, lo sé. No quería preguntarte sobre lo publicado, sino sobre tus impresiones, qué es lo que consideras que falló en las investigaciones, por qué no se pudo llevar a juicio a este sospechoso...

—Bueno, las investigaciones fueron un perfecto desastre, un ejemplo de todo lo que no se debía hacer. No se acordonó la zona donde fue hallado el cuerpo, quizá porque se suponía que no fue el lugar del homicidio, no sé; el caso es que, al día siguiente de hallarse el cadáver, cuando la noticia se publicó en los diarios, aquello se llenó de curiosos. Acudieron amigos de la víctima, compañeros del instituto o personas sin ninguna relación, curiosos motivados solo por el morbo. No me cabe duda de que el propio

asesino aprovechó esta circunstancia para volver a la escena. Si había algún rastro de ADN, alguna colilla, algún chicle, qué se yo, quedó eliminado desde ese momento. Aún en el caso de haber encontrado alguna pista, el autor podía explicarla diciendo que había acudido al lugar donde se encontró el cuerpo al día siguiente. —Joan Subirachs bebió un trago de agua y prosiguió—: Para colmo, el investigador principal, el sargento Colomar, perdió la paciencia y los nervios y amenazó al principal sospechoso con una pistola, lo que implicó que le apartaran de la investigación. En fin, todo fue un despropósito.

—¿Crees que su novio, Jordi, fue el asesino?

—Todo parece indicarlo. Sin embargo, también tengo otra teoría: que Fiona llevaba una doble vida. Como mínimo una doble vida —recalcó—. Algunos detalles a los que la Guardia Civil no dio mucha importancia a mí me parecieron reveladores. Por ejemplo, las colillas de tabaco halladas cerca de la moto, con el ADN de Fiona, indicaban que la chica fumaba. Desde luego, no es nada grave que alguien fume un cigarrillo a escondidas, pero esto ya contradecía la imagen que ofrecían todos sus amigos y familiares, una chica deportista, sana, que ni fumaba, ni bebía, ni se drogaba. Luego está el camarero que dice haberla visto en el bar tomando un chupito de hierbas. Otro pequeño indicio para la sospecha. ¿Qué hacía allí? ¿Con quién se había citado? Por otro lado, una de las amigas me contó que la propia Fiona le confesó que mantenía una relación con más de un hombre adulto. Esta amiga pensaba que eran fantasías de Fiona para impresionarla, pero después del crimen se planteó la posibilidad de que le hubiera dicho la verdad.

—¿Y qué conclusión sacas de esto?

—Pues que las investigaciones se centraron en el principal sospechoso y quizá no se investigó todo lo posible a la propia víctima; una doble vida siempre entraña secretos, verdades a medias y mentiras, y todo parece indicar que Fiona escondía algo más que fumar un cigarrillo o tomar un chupito.

—También se especuló con la posibilidad de que existiera otro amante, fuera de los tres sospechosos.

—Sí. Lo sé. Y quizá hubiera algo más oscuro que un amante. No lo sé, es solo una impresión que tengo. Creo que cuando alguien

intenta dar una imagen impoluta, sin mácula, es porque sus secretos pueden ser muy grandes.

—¿Cómo se llama la amiga de Fiona que te dio la información sobre ese amante?

—Yolanda. Yolanda Guasch. También fue la última amiga que la vio con vida.

Salí de las oficinas del *Diario* pensativo. Aunque la conversación con Joan Subirachs no me había proporcionado ningún dato nuevo, sus sospechas dispararon mi imaginación. ¿A qué se refería con eso de la doble vida o ese gran secreto que pudiera guardar Fiona? La existencia de un amante sonaba a poca cosa para recibir esos calificativos. ¿Escondía algo Fiona o las sospechas eran producto de la mente del periodista sin ninguna base fáctica?

Y si ocultaba algo, ¿de qué se trataba? Yolanda Guasch había sido la última persona del entorno de Fiona que la vio la noche de su desaparición y había proporcionado la coartada a Pablo. Ahora resultaba que también poseía información sobre Fiona que el resto de sus allegados desconocía. ¿Escondía algo Yolanda?

Siguiendo el orden establecido, acudí a visitar a la otra periodista que se había ocupado del caso en profundidad y que en aquel entonces trabajaba para *Última hora*, el segundo periódico de Ibiza en número de ventas. Catalina Riera había dejado el periodismo poco después del caso de Fiona. Se licenció en Derecho y comenzó a ejercer como abogada. Zarco me había facilitado el teléfono y la dirección de su despacho, que se hallaba en la calle Castilla, casi enfrente del nuevo edificio de los juzgados.

Catalina Riera me recibió con amabilidad y con prisas. Me dio la impresión de que le gustaba representar el papel de abogada de éxito, sobrecargada de trabajo por el exceso de clientes, lo que yo no tenía claro que se correspondiera con la realidad. Era una mujer en la mitad de los cuarenta, de grandes ojos verdes y el pelo teñido de rubio. Los ojos achinados y la piel demasiado tersa y estirada hacia atrás mostraban a las claras una operación de cirugía estética que daba a su rostro un aspecto artificial. Le expliqué que me proponía investigar la muerte de Fiona Clark y expuse las opiniones de Subirachs acerca de la doble vida y los posibles secretos de la joven asesinada.

—El caso estaba más claro que el agua —dijo Catalina—, todos sabíamos quién era el asesino, el novio de Fiona, pero no se pudo demostrar. Habían discutido una semana antes, mintió a la Guardia Civil y tuvo tiempo para matarla.

—¿Qué crees que falló en la investigación? ¿Por qué si todo el mundo sospechaba de Jordi no se pudo demostrar?

—Todo se hizo mal. Se empezó a interrogar en serio a los sospechosos demasiado tarde. Se dio demasiado tiempo al culpable para que escondiera cualquier prueba que hubiera dejado.

—¿Y la opinión de Subirachs sobre la doble vida de Fiona?

—No tiene ningún fundamento —afirmó, tajante—. Porque una chica se fume un par de cigarrillos a escondidas no se puede deducir que lleve una doble vida. También dijo un camarero que la vio tomando un chupito... De ahí a decir que tenía amantes o que se dedicaba a la prostitución o qué se yo los disparates que se dijeron media un abismo.

—Y de los otros sospechosos que se barajaron, ¿no te parece que alguno otro que tuvo ocasión de matarla? —pregunté pensando en Pablo y los posteriores sucesos que me había desvelado Marisa sobre el suicidio de su novia.

—Como poder haberlo hecho, cualquier persona capaz de matar a otra lo podría haber hecho, pero los guardias civiles, la forense y casi todo el mundo pensamos que se trataba de un crimen pasional. Por la forma en cómo dejaron el cuerpo, como arreglado. Si el asesino fuera un desconocido, lo normal es que se deshiciera del cadáver de la forma más rápida, dejándolo tirado. Cierto que Pablo y Miquel Sempere, los otros que fueron sospechosos, también conocían a Fiona, pero ¿qué motivo podían tener para matarla?

—Pablo fue el último que estuvo con ella —insistí—, quizá le hiciera alguna proposición y ella le rechazó. A veces la frustración puede sacar lo peor de un individuo.

—Había otros detalles. La rueda de la moto de la chica estaba pinchada. Eso parece indicar cierta planificación, que alguien no quería que ella volviera en moto a su casa y no concuerda con un cabreo repentino del asesino. Fuera Pablo o cualquier otro.

—¿No tienes la más mínima duda de que pudiera ser otra persona el asesino y no Jordi?

—No. Es el único caso de homicidio que investigué siendo periodista y me impactó mucho. Pensé mucho en ello, le di vueltas y siempre llegué a la misma conclusión: el asesino fue Jordi. ¿Y sabes? Ahora Jordi ejerce la abogacía en Ibiza. Y se dedica al Derecho penal —dijo con tono irónico—. Se ha cambiado el orden de los apellidos, ahora es Jordi Sanchís. Supongo que para disimular quién es.

Salí del despacho de Catalina Riera con una extraña sensación. Al margen de la posible culpabilidad de Jordi, su opinión respecto a

la víctima estaba en el otro polo que la de Subirachs. Para ella, Fiona era una buena chica que solo había ocultado que fumaba y tomaba algún chupito a escondidas. Para Subirachs, Fiona llevaba una doble vida, en la que cabían otros hombres y, por tanto, otros posibles asesinos. Eran opiniones opuestas y solo uno de ellos podía estar en lo cierto.

Revisé el listado que me había proporcionado Zarco y localicé el nombre de Santiago Arias, el guardia civil que sustituyó en las investigaciones al sargento Colomar, tras ser este relevado del caso. En la actualidad había

Ilegado al cargo de teniente y estaba destinado en el puesto de Almendralejo, en la provincia de Badajoz, de donde era originario. Me contestó al otro lado de la línea una voz seca que me pidió que me identificara. Tras explicarle que quería hablar con el teniente Arias, me preguntó cuál era el motivo de mi llamada. Le dije que era periodista y que quería consultar algunos detalles de un caso que el teniente investigó en Ibiza. Pensé que así tendría más opciones de ser atendido que si me identificaba como un simple escritor curioso; por experiencia sabía que los «mandamases» y cargos públicos respetan a la prensa tanto como la temen.

El teniente Arias debía ser una de esas personas que no tienen ningún trapo sucio que esconder, ya que en pocas palabras me informó que no estaba autorizado a hablar de su trabajo con la prensa, lo que no supe si sería cierto o una simple excusa para no atenderme, el caso es que no obtuve ninguna información por su parte. En tono amable añadió que, en su momento, la prensa ya había publicado muchos detalles del caso, por lo que no me sería difícil recabar información consultando la hemeroteca de mi diario. Insistí en que buscaba conocer sus impresiones y no solo los datos y él me respondió que él solo se podía remitir a lo que se había consignado en los atestados, ya que había transcurrido mucho tiempo y no podía acordarse de todos los detalles. Le pregunté si habían investigado a la víctima, si pensaba que era una buena chica, como decía la mayoría, o llevaba una doble vida, como

sospechaban algunos. Respondió que todo estaba en el atestado y se despidió de forma tan cortés como rotunda, sin darme la posibilidad a colar una última pregunta. Era el primer revés en mi investigación.

Sin embargo, mis opciones de entrevistar a uno de los guardias civiles implicados en el caso de Fiona no se agotaban con el teniente Arias. Zarco también me había facilitado el domicilio y teléfono del sargento Juan Colomar, el guardia civil encargado en un inicio de la investigación y que fue expulsado del cuerpo por amenazar a Jordi Torres con su arma durante uno de los interrogatorios. Quizá su información fuera incluso mejor que la que pudiera facilitarme el suboficial que le sustituyó en las investigaciones. Y pensé que, casi con seguridad, se mostraría comunicativo. Quizá tuviera ganas de revancha, o del consuelo que podría suponer, en caso de demostrarse la culpabilidad de Jordi, que se hiciera público que no presionó a un inocente. Un bálsamo a una edad avanzada, cuando el camino andado es mayor que el que nos queda por recorrer y miramos más hacia atrás que hacia adelante. Según el informe de Zarco, Colomar trabajaba en una panadería en Arrabalde, una pequeña localidad de Zamora. Esperé a mediodía para realizar la llamada. Después de cinco o seis pitidos intermitentes saltó el mensaje del buzón de voz y colgué. Una hora después me devolvió la llamada. Le expliqué quién era yo y que pretendía investigar el crimen de Fiona Clark.

—No me trae buenos recuerdos —contestó con voz cansada. Recordé que según el informe de Zarco estaría a punto de cumplir los sesenta y cinco.

—Todo el mundo estaba convencido de que el asesino fue su novio —dije tratando de ganarme su simpatía.

Escuché un chasquido, como el de un mechero, y tras un breve intervalo, en el que lo imaginé dando una calada al cigarrillo, habló:

—Yo estaba seguro, por eso hice lo que hice. Cierto que no estuvo bien. Fue un momento de ofuscación. —Una pequeña pausa para una calada—. Pensé que había matado a aquella chica y que se estaba riendo de todos nosotros. No sé. Fue lo único que se me ocurrió. Y pagué por ello. Más de lo que la gente cree. No solo perdí un trabajo, perdí mi vida. Yo era miembro de la Guardia Civil por

vocación. Ahora algunos jóvenes se meten porque no tienen trabajo, como una forma de escapar del paro. Yo tenía ideales de justicia y de paz, por eso me hice guardia.

—Hay algo que recuerde que no esté en los atestados, que le hiciera estar convencido de la culpabilidad de Jordi.

—No sé si usted tiene mucha experiencia en crímenes. Este, para mí, estaba muy claro. La forma en que dejaron el cadáver indicaba respeto. Ya sé que me va a decir que si se mata a alguien no es que haya mucho respeto. No es eso. No sé por qué la mató. ¿Celos? ¿Porque ella quisiera dejarlo? No lo sé. Los crímenes machistas suelen tener esta motivación: pierdes a alguien que consideras tuyo y piensas que si no es tuyo no será de nadie. ¡Pues eso! —exclamó como si recuperara el hilo del discurso que había perdido—. Para mí siempre resultó evidente que el asesino fue el novio. No había otra persona que pudiera entrar en el perfil de este asesinato.

Me percaté de que no estaba respondiendo a mi pregunta. Estaba contándome la misma historia que posiblemente habría contado muchas veces a otras personas e incluso se habría repetido a sí mismo.

—Quiero decir que si hay algún dato que omitió en los atestados —insistí—. Quizá se acordó más tarde. No sé.

—Es lo que le estoy explicando. En los atestados que instruí, lo único que omití fueron mis impresiones, porque no se pueden plasmar impresiones. Todo lo demás está allí. También las contradicciones del novio durante los interrogatorios. Incluso envié un informe a la jueza que llevaba el caso, manifestando que el novio había mentado en varias ocasiones. Busqué todas las vías legales para atraparlo —dijo con énfasis, justificándose—. No sirvió de nada. Por eso hice lo que hice. Y quizá por eso se escapó.

—Otra de las cosas que no encajaba era que, según la forense, el asesino debía ser zurdo y en las diligencias no vi que se hiciera constar este detalle.

—Sí, lo recuerdo. Les hicimos escribir unas líneas en un papel. Miquel y Pablo eran zurdos. —Tras un breve silencio, añadió—: Jordi, no.

La revelación me sorprendió. Un detalle que apuntaba la inocencia de Jordi y no se hizo constar en el expediente. El sospechoso principal no era zurdo.

—¿Este detalle no le hizo dudar de la culpabilidad de Jordi?

—¿Qué quiere que le diga? Era el único detalle que no encajaba. Si *nos* lo habríamos pillado. —Observé que aún mantenía el *si nos*, típico de Ibiza, den lugar de «si no»—. ¿Qué le voy a decir? La forense dijo que la raja del cuello se la habían hecho con la mano izquierda. Esto no implica que el asesino tuviera que ser zurdo por necesidad. Quizá en un momento de la pelea Jordi le cortó el cuello con la mano izquierda, vete a saber.

—La víctima también tenía un golpe en la sien y según el informe forense la golpearon con la mano izquierda.

—Le repito lo mismo. En una pelea uno puede utilizar ambas manos. Si lo sabré yo.

No repliqué. No se me ocurrió ninguna nueva pregunta. Pensé que la próxima vez planificaría mejor la entrevista, anotaría los puntos que no viera claros o que me generaran alguna duda para ahondar en ellos. Colomar casi me había convencido de la culpabilidad de Jordi Torres. Bien mirado, era la opción más razonable, casi la única posible. Pero había un elemento importante que parecía desmentir lo anterior: no era zurdo. Supuse que un abogado hábil no habría tenido dificultad en sembrar dudas en el jurado sobre la culpabilidad de Jordi, en caso de que el homicidio hubiera llegado a los tribunales.

—Espero que tenga más suerte que yo y pille a ese cabrón —añadió Colomar—. Ha pasado tiempo y será muy difícil. Necesitará ayuda y mucha suerte.

—Tengo ayuda —respondí—, y me precio de tener buena suerte. Gracias por su colaboración. Si averiguo algo se lo haré saber.

Repasé la lista que me había proporcionado Zarco, aunque casi la sabía de memoria de las veces que la había revisado, y localicé el nombre de Yolanda Guasch. Marqué su número de teléfono móvil.

—¡Diga!

—Buenos días, mi nombre es Paco Marín, soy escritor y estoy buscando información sobre el caso de Fiona Clark. —Preferí utilizar la palabra «caso» en lugar de «crimen». Yolanda permanecía en silencio, así que continué—: Me gustaría hablar con usted. Sé que fue una de las últimas personas que la vieron. Si le parece podríamos quedar en un lugar que a usted le venga bien.

Solté todas las frases de forma atropellada. Yolanda tardó unos segundos en responder, como si estuviera meditando su contestación.

—Mmm. Bien. Podríamos quedar esta tarde, a las cinco, en la terraza de Es Tap Nou.

—Sí, perfecto.

Aunque no me había facilitado una descripción física o un distintivo de su atuendo para reconocerla, supuse que no sería difícil. Sabía que Yolanda fue amiga de Fiona y de edad similar por lo que debía tener treinta y tres o treinta y cuatro, que son los que habría cumplido esta si hubiera vivido hasta el 2019. Ocupé una mesa en la terraza de Es Tap Nou, situada en una callejuela peatonal, y pedí un café con leche a la camarera. Minutos después se acercó una mujer que debía rondar los treinta y pocos, cruzamos la mirada y ambos asentimos. Era delgada y con una larga melena negra. Vestía informal, se podría decir que estilo jipi, con vaqueros, una amplia blusa y un chaleco de lana. Después de las presentaciones y de encargarnos otro café a la camarera, comenzamos a charlar. Yolanda me dijo que había leído uno de mis libros, circunstancia que pensé podría facilitar mis indagaciones.

—Según me han dicho, tú fuiste una de las últimas personas que vio a Fiona...

—Sí, eso parece —asintió—. Me encontré con Fiona sobre las nueve de la noche. Iba caminando por la calle del Mar y supuse que se dirigía a su casa...

—¿Qué impresión te dio? ¿La notaste seria o preocupada? Quiero decir si te pareció que hubiera algo fuera de lo normal en su actitud.

—No. Al contrario, me pareció alegre, como siempre. Fiona siempre trataba de aparentar que todo iba a las mil maravillas; sin

embargo, no me parecía una actitud espontánea y sincera, más bien era la imagen que quería dar. Como si dijera: «Mira lo guapa e inteligente que soy, mira qué bien me va la vida» —moduló la voz en estas últimas frases— y, aunque no lo decía, debajo de sus palabras podía leerse que los demás llevábamos unas vidas insignificantes comparada con la suya, como si estuviera un peldaño por encima del resto de las jóvenes de su edad.

—¿No te comentó nada sobre que la rueda de su moto estaba pinchada?

—No. Esto lo leí en los diarios. Ella no me dijo nada.

—He oído rumores de que quizá tuviera un amante... —Más que un rumor era una especulación de las muchas que se publicaron en la prensa de la época y que coincidía con lo que pensaba Subirachs.

—Bueno, no sé qué pensar. —Sonrió con un deje de tristeza—. A mí me dijo que tenía un amante y que lo llevaba en secreto. Pensé que era otra de sus formas de hacerse la interesante. Dudé de que fuera cierto. Otro día me dijo que Miquel, el profesor de gimnasia, también le tiraba los tejos. Miquel era el más joven de los profesores y el más guapo. Ya sabe que las jóvenes solemos fantasear con los profesores... si son guapos, claro. Yo creí que lo decía para presumir, que era otra de sus fantasías.

—¿Les contaste esto a los guardias civiles?

—Sí. Yo no sabía dónde empezaban y acababan las mentiras de Fiona, y se lo hice saber a los guardias civiles.

—Pero Miquel parece que tenía una buena coartada.

—Sí. Esta información no llevó a ningún lado. Y el amante que afirmaba tener yo tampoco puedo afirmar que existiera o fuera otra invención. Luego, cuando se descubrieron algunas contradicciones en las declaraciones de Jordi, su novio, todos sospecharon de él, aunque a mí se me hacía muy difícil imaginarlo como asesino. —Hizo un gesto repentino, arqueando las cejas, como si una información reapareciera en su mente de sopetón—. Lo que sí me llamaba la atención es que Fiona solía llevar ropa y bolsos de marcas caras, muy caras, y el último modelo de teléfono móvil. Los demás llevábamos un móvil de esos que solo se podía llamar y que pesaban medio quilo. Casi te avergonzabas si lo tenías que sacar en público. Ella, sin embargo, toda orgullosa. Sus padres eran gente

normal, que no se podían permitir estos gastos, y tampoco creo que Jordi pudiera regalarle cosas de tanto valor. Eso me daba qué pensar, ¿de dónde sacaba dinero para comprarse este tipo de cosas? O ¿quién se lo regalaba?

Yolanda parecía compartir la creencia de Subirachs de que Fiona escondía más de un secreto. Quizá la opinión de Yolanda estuviera contaminada por la envidia o los celos. Intenté aprovechar la ocasión para sonsacar más información sobre la víctima.

—¿Qué opinión te merecía Fiona?

—Pues no sé qué responder. Ha pasado mucho tiempo. A mí me parecía una chica falsa. Tenía una cara de modosita y formal cuando hablaba con los profesores; luego, entre nosotros, le gustaba provocar o pinchar a la gente. Eso sí, cuando dirigía su atención hacia ti, te halagaba y te hacía sentir única. Te sabía ganar, desde luego.

Aun cuando parecía decir algo positivo de Fiona, el tono de voz desmentía sus palabras. Decidí preguntarle por mi sospechoso favorito en los últimos tiempos.

—¿Conocías a Pablo?

—Sí, claro. Todos íbamos al mismo instituto. Jordi era un año mayor y ya había comenzado a estudiar Derecho, pero también había venido a nuestro instituto. Allí conoció a Fiona.

—Pablo también fue sospechoso.

—Creo que la Guardia Civil lo investigó porque fue el último que estuvo tomando algo con Fiona. Pero yo la vi después e iba sola. Si no, supongo que Pablo podía haber tenido problemas.

Una idea fugaz pasó por mi mente: ¿y si Yolanda no había visto a Fiona y mintió a la Policía para proteger a Pablo? La mujer que tenía frente a mí no ocultaba sus preferencias y resultaba palmario que Pablo gozaba de mayor estima que Fiona, a sus ojos.

—¿Eras buena amiga de Pablo?

—Sí, nos llevábamos bien, era muy simpático y amable. Ninguno de nosotros le consideró sospechoso y mantuvimos cierta relación de amistad hasta que se fue a Asturias o a Cantabria, no recuerdo bien. Luego perdí el contacto.

—¿Conocías a su pareja?

—Sé que cuando se fue de Ibiza tenía novia, Isabel, que se fue con él a vivir al norte.

—¿Sabías que su novia se suicidó? —dejé caer la pregunta sin darle mucha importancia, aunque esperaba ver alguna reacción en Yolanda. Ella no se alteró.

—Sí, una amiga común me lo comentó —repuso seria, como si adivinara mi conexión de ideas y no le gustara.

—¿Sabes que Pablo ha vuelto a Ibiza?

—Sí, lo sé. Aunque no le he visto desde su regreso.

—Tú lo descartas como sospechoso. —Mi afirmación encerraba una pregunta, aunque la respuesta era previsible.

—Sí, no tengo ninguna duda.

—¿Y quién crees que lo hizo? ¿Su novio?

—Pues no lo sé. Todo el mundo estaba convencido de que fue su novio. A mí no me parecía un chico violento, pero nunca se puede estar segura de hasta qué punto conocemos a alguien. Lo que sí sé es que Fiona era una chica a la que le gustaban los líos. Sabía que gustaba a los hombres y se burlaba de ellos. Los provocaba y luego se reía de lo ridículos y babosos que podían ser. Quizá encontró al hombre equivocado.

Me despedí de Yolanda, agradeciendo su tiempo y la información y recalqué que si recordaba algún detalle no dudara en telefonarme. Luego caminé hacia mi piso, en la calle Aragón. Según Yolanda, Fiona podía haberse buscado su propia suerte y quizá intervino otra persona ajena al círculo de sospechosos. Esto daba un nuevo enfoque a las sospechas iniciales. Pensé que se trataba solo de impresiones de la mujer que tenían menos fundamento que la investigación llevaba a cabo por la Guardia Civil. Yolanda también había manifestado que «nunca se puede estar segura de hasta qué punto se conoce a alguien», lo que quedaba contradicho por su propia declaración en la que parecía asignar los papeles de «víctimas» a los sospechosos y de «culpable» a la fallecida. Debería hablar con otras personas que conocieron a Fiona para tener una visión desde otros ángulos que me dieran la imagen real. En la búsqueda de la verdad, no solo importan los hechos, sino nuestra capacidad para analizarlos. «Poirot ya lo tendría claro», pensé con ironía. Mis células grises no realizaban las sinapsis

correctas. Y mi conocimiento de la naturaleza humana no era tan profundo como el del detective belga.

Martes, 22 de octubre de 2019

La próxima visita señalada en mi agenda era a Jorge Martín, el camarero que afirmó haber visto a Fiona la noche de su desaparición tomando un chupito en el bar en el que trabajaba. En la actualidad, Jorge Martín había dejado de ser trabajador por cuenta ajena, se había convertido en autónomo y regentaba un bar alquilado en Playa den Bossa. Su teléfono móvil me soltó la retahíla de que se hallaba apagado o fuera de cobertura en ese momento, por lo que decidí no posponer la entrevista y fui a verlo a su local.

Entré en el Saxo, así se llamaba el bar, a las 19:00 horas del martes 22 de octubre. Preví que ese día habría pocos parroquianos y podría hablar con Jorge sin excesivas interrupciones.

Era un bar poco iluminado. A la izquierda quedaban unos bancos pegados a la pared, con mesitas y taburetes, y a la derecha estaba la barra, detrás de la cual me recibió el camarero. Debía tener cincuenta y pico, unos años mayor que yo. Mostraba un rostro cansado, enmarcado por un pelo corto, con algún rizo y bastantes canas. Pedí una cerveza sin vaso y pregunté:

—¿Es usted Jorge Martín?

—Sí —respondió escueto y desconfiado.

—Me llamo Paco Marín, soy escritor de novelas policiacas y estaba buscando información sobre el caso de Fiona Clark —solté la retahíla de carrerilla para mostrarle que no tenía intención de venderle un seguro o una alarma—. Me han dicho que usted fue la última persona que la vio.

—La última, aparte del asesino —matizó.

—Sí, claro. —Esbocé una sonrisa—. Es a lo que me refería. Me han dicho que usted trabajaba en un bar de San Antonio y que la

chica entró a tomar un chupito. ¿Está seguro de que se trataba de ella?

—Sí, eso parece.

Me percaté de que no era un hombre de muchas palabras y tendría que tratar de sonsacar la información dando algún rodeo.

—Creo que usted la reconoció después de ver su foto en el periódico...

—Sí. Claro. Era una chica a la que no había visto antes.

—Entonces no estaba seguro al cien por cien.

—Mire, solo cumplí con mi obligación de ciudadano —respondió con una ligera irritación—. No tenía por qué inventarme nada. Avisé a la Guardia Civil de San Antonio y les dije que me parecía haberla visto. Ellos me preguntaron cómo iba vestida. Aún lo recuerdo. Con un pantalón vaquero y un jersey color crema. Realizaron sus indagaciones y parece que los datos coincidían.

—¿No le pareció extraño que una chica de diecisiete años estuviera sola en un bar?

—En primer lugar, yo no sabía que tuviera diecisiete años, si lo hubiera sabido no le habría servido alcohol. Parecía mayor. Pensé que estaba esperando a alguien. Cuando se fue sola pensé que le habían dado plantón.

—¿Habló con ella?

—No. Solo intercambiamos las palabras justas, ya sabe: «buenas noches», «un chupito de hierbas» y poco más.

—También dijo en sus declaraciones a la Guardia Civil que la chica recibió una llamada en su teléfono móvil antes de salir.

—Sí, bueno, recuerdo que habló por el móvil. No sé si llamó ella o la llamaron.

—¿Fue alguien de la familia de Fiona a hablar con usted?

—No. Supongo que ya tenían bastante con la desaparición y luego con su muerte. Sí que hablé con guardias civiles y periodistas. Y, claro, algún cliente chismoso que se había enterado de que yo la había visto y quería saber detalles por puro morbo. Al final voy a ser gafe...

—¿Por qué lo dice?

—Bueno, no sé si te acuerdas del crimen de Dalt Vila. —Jorge había pasado al tuteo y se mostraba más locuaz. Era una de esas

personas que te ponen la barrera de entrada, pero si les caes bien te dan toda la confianza. Y, según parecía, yo le había caído en gracia.

—Sí, claro, ¡cómo no voy a recordarlo! La chica que violaron y asesinaron cerca de la catedral.

—Sí, pues resulta que el asesino estuvo aquí después del crimen. Fue un sábado y vino sobre las tres o así de la madrugada. En ese momento no sabíamos nada, pero lo detuvieron unos días después y cuando salió en el *Diario* todos caímos en la cuenta de que había estado aquí, tomándose un cubata con nosotros.

—Vaya, sí que es casualidad. Al menos a este lo pillaron y condenaron.

—Sí, en el caso de Fiona, todos decían que sabían quién había sido, pero no hubo manera de que lo pillaran.

—Te refieres al novio, claro —dije yo también pasando al tuteo de forma natural, a la vista de la fluidez de nuestra conversación.

—Sí. Quién si no. Era el único que tenía motivos.

Parecía que la pareja de una mujer asesinada se convertía en el primer sospechoso, tanto para las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad como para la gente de la calle. Pedí la segunda cerveza y seguimos charlando. No contradije a Jorge. Tampoco le comenté mis descubrimientos sobre Fiona y que quizá habían aparecido nuevos datos que señalaban a otro de los sospechosos, que tenía las mismas papeletas que Jordi para ocupar el primer puesto de la lista. No quería propagar rumores antes de tiempo. Llegado el momento se lo haría saber a la Policía.

De regreso a casa, pensé en la curiosa coincidencia de que Jorge hubiera estado relacionado de forma indirecta con dos de los crímenes más famosos de la isla, y que en ambos casos la víctima había sido una mujer joven. Existían las casualidades y también podría deberse al azar que en la vida de Pablo hubieran muerto dos mujeres cercanas a él de forma violenta. En cualquier caso, continuaría mi investigación. Notaba una excitación difícil de explicar producida por la posibilidad de esclarecer un crimen que llevaba dieciséis años sin resolverse.

Por otro lado, sentía reparos al pensar en el encuentro con los posibles sospechosos o sus familiares. Hablar con amigos o familiares de la fallecida o con el camarero era una cosa; otra bien distinta sería enfrentarme a una persona sobre la que recaía la sospecha de haber cometido un crimen. No me sentía capaz de hablar con Jordi, Pablo o Miquel, ni con los familiares de estas personas. Además, cabía la posibilidad de que el asesino de Fiona, si notaba que me acercaba a la resolución y a desenmascararlo, no dudara en emplear la violencia para evitarlo.

Subí los peldaños que llevaban hasta mi piso con cierta desconfianza, a pesar de que, en el fondo, sabía que no había nada que temer. Era uno de estos miedos que te invaden de vez en cuando, al menos a mí, como cuando subes a un avión y empiezas a imaginar que no vas a llegar al destino. En este caso, el desencadenante había sido mi investigación. Quizá en algún momento yo llegara a hablar con un asesino sin saber que lo era. Como dice el investigador C.W. Briggs en *La maldición del escorpión de jade*: «Solo soy cobarde en momentos muy concretos». A mí me ocurría otro tanto y, en ese instante, decidí preguntar a Zarco si podía encargarse de interrogar a las personas directamente implicadas.

No obstante, mi curiosidad iba en aumento y, aunque sabía que no tenía ninguna relación con el caso de Fiona, busqué en Google información sobre el crimen de Dalt Vila. Encontré un artículo del *Diario de Ibiza* publicado en 2018 que hacía un resumen del crimen cuando se cumplían diez años del mismo. La violación y asesinato de Laura Costa habían sucedido en junio de 2008. Aunque sabía que las informaciones del *Diario* no eran fiables por completo, la mayoría del contenido respondería a la verdad e intentaría ver si el periodista había añadido algo de su cosecha. No creía que este crimen guardara ninguna relación con el de Fiona, solo compartían algún punto común, como que las víctimas eran dos jóvenes guapas y de una edad similar. «Y, curiosamente, Jorge había tenido una relación de refilón con ambos asuntos», pensé. Resumiré la información del artículo: el sábado por la noche, Laura Costa, que había cumplido dieciocho años unos meses antes, salió con unos amigos a tomar algo por los pubs del puerto. A las 22:00 horas

entraron en un local llamado De Miedo. Allí conoció a un joven de veintiún años con el que salió a dar un paseo. A partir de ese momento nadie la volvió a ver hasta que encontraron su cuerpo al día siguiente. Según el examen forense había sido violada y estrangulada. Luego, el asesino había tratado de deshacerse del cadáver lanzándolo desde la muralla de Dalt Vila hacia la parte que da al mar, pero había quedado sobre unos arbustos a pocos metros del muro. Al día siguiente fue detenido Vicente Pérez Zaplana, natural de Alicante, con antecedentes y un juicio pendiente por intento de violación. Tras ser detenido, confesó en la comisaría y, horas después, ratificó su culpabilidad cuando declaró ante el juez de guardia, que decretó la prisión sin fianza. El *Diario* no explicaba cómo le habían detenido tan pronto ni por qué la Policía centró sus sospechas en él. Quizá por las descripciones de las personas que lo vieron con Laura, quizá les mostraron fotos de los delincuentes fichados por delitos de carácter sexual y alguien reconoció a Vicente Pérez.

Entonces me pasó una duda por la cabeza: ¿podía ser Vicente Pérez el asesino nunca descubierto de Fiona? Deseché esta hipótesis, ya que el aludido tendría quince o dieciséis años en el momento del asesinato de Fiona y, aunque no era imposible su comisión, sí que resultaba muy rebuscado que hubiera tenido acceso a un vehículo para transportar el cadáver de Fiona hasta Cala D'Hort. Además, en este crimen no hubo, según todo indicaba, una motivación sexual. La única conexión remota entre ambos homicidios, aparte de la semejanza de las dos muchachas asesinadas, era la presencia de un camarero que habló con la víctima, en el primero de ellos, y con el verdugo en el segundo.

Miércoles, 23 de octubre de 2019

El secretario de la agencia de detectives Zarco & Cía. me señaló el despacho de Álex, que me esperaba con gesto nervioso. Pensé que había dado un bajón considerable en lo que se refería a su salud. Presentaba un aspecto demacrado y ojeroso. Yo sabía que había padecido esquizofrenia paranoide y, aunque durante una temporada pareció haber salido a flote, no cabía duda de que había vuelto a recaer. En algún sitio había leído que las enfermedades mentales no tienen cura, solo se alivian sus síntomas con medicación. También había perdido peso. Aunque no quería referirme a su estado anímico, la pregunta me salió sin tiempo a reflexionar:

—¿Qué tal estás?

—Bien, bien... —Sin solución de continuidad, añadió una frase que desmentía sus palabras anteriores—: Bueno, he tenido momentos mejores.

—Sí, todos tenemos nuestros días.

Esperé unos segundos, por si quería hacer algún comentario. A la vista de su silencio, continué:

—Te he pedido la cita porque quería que te encargaras tú de las entrevistas con los sospechosos del crimen de Fiona. Yo he hablado con alguno de sus amigos y otras personas que tuvieron relación con el caso, pero no me atrevo a interrogar a los posibles sospechosos. Tampoco sabría cómo enfocar las preguntas ni sé cómo reaccionarán, si querrán hablar o no del asunto...

—Si no recuerdo mal, había un sospechoso principal y, ahora, había aparecido otro.

—Sí, ya te comenté que la muerte violenta de la novia del segundo de los sospechosos me hizo dudar sobre si las investigaciones se habían realizado de forma correcta. Quizá no se resolvió el caso porque se centraron sobre el hombre equivocado.

—Sí. Todo es posible. ¿Has hecho algún avance con tus entrevistas?

Reflexioné un momento antes de resumir al detective mis conversaciones y exponer alguna de mis sospechas. Le conté que según Subirachs y una de las amigas de Fiona, Yolanda, cabía la posibilidad de que la víctima escondiera algún secreto, incluso que llevara una doble vida: formal y estudiosa de cara a sus padres, profesores y amigos, y más libertina con según quién. También le relaté mi entrevista con Jorge, el camarero, y, aunque aportara poca luz sobre el caso, le conté que este había tenido una relación circunstancial con el asesino de Dalt Vila.

—Sí que es casualidad —comentó abstraído. Sacó una pastilla de un blíster y la engulló con un sorbo de agua—. Es para el dolor de cabeza, últimamente no ando muy bien —explicó. Solo tragar la pastilla su gesto pareció calmarse, aunque pensé que ni siquiera había tenido tiempo de que le llegara al estómago—. ¿Con quién quieres que hable yo?

—He pensado que yo podría hablar con los padres y la hermana de Fiona y tú con los tres sospechosos, aunque uno casi se descartó desde el principio, y con los padres de Jordi. Al menos con el padre, que fue quien le proporcionó la coartada cuando dijo que fue él quien habló con Fiona la tarde de su desaparición. Si no, habrían pillado a Jordi en un renuncio. —Hice una pequeña pausa, dubitativo—. Con la madre puedo hablar yo. Según me dijiste los padres de Jordi estaban separados.

Zarco asintió con la cabeza.

—Sí. Me parece bien. De todas maneras, he estado dando vueltas al asunto y creo que si la Policía, en su momento, con todo en caliente, no pudo hallar pruebas que incriminasen a nadie, no creo que las vayamos a encontrar nosotros al cabo de dieciséis años.

—Tienes razón. Quizá no nos lleve a ningún sitio. En cualquier caso, podré escribir una novela sobre la investigación, aunque el

final lo deje abierto a especulaciones. Expondré los puntos que señalan a cada uno como posible autor y mi opinión personal. Por cierto, ¿te importaría grabar las conversaciones? Me gustaría escuchar lo que dicen de primera mano.

—Intentaré grabarlas... No te lo aseguro.

Viendo el aspecto alicaído del detective, me vi casi en la obligación de darle una salida. Desde luego, yo había decidido que no me citaría con ninguno de los tres sospechosos ni con el padre de Jordi; empezaba a sentir un cosquilleo extraño, un pequeño escalofrío; sin embargo, no era necesario que Zarco realizara las entrevistas en persona. Podía encomendar el trabajo a alguno de los detectives de la agencia.

—Si no te gusta el asunto, me parecerá bien si se lo dejas a alguno de los tuyos. No es necesario que lo hagas tú.

—No. Está bien. Me interesa. Siempre ha sido una de las cuentas pendientes de la Policía ibicenca y no estaría mal si contribuyo a su resolución. ¿Sabes? No pude entrar en la Policía y como detective privado tienes las manos atadas para investigar muchas cosas, pero si puedo ayudar a encontrar a un asesino, me daré por satisfecho.

Pensé que Zarco ya había ayudado a encontrar a un par de homicidas (al de la enfermera Demichellis y al de mi amigo, Miguel Tur) y que sus números superaban los de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado en la isla, en la que había varios casos sin resolver y que posiblemente no se esclarecieran nunca. Sí me sorprendió algo de lo que había dicho.

—¿Intentaste entrar en la Policía?

—Sí. —Esbozó un remedo de sonrisa—. No se lo he contado a nadie, en cierta manera me da vergüenza. Me presenté a los exámenes para inspector de Policía y aprobé las pruebas físicas y las de conocimientos, pero no superé el reconocimiento médico. En cuanto descubrieron que había padecido esquizofrenia me echaron para atrás. No se podían arriesgar.

—Pues creo que perdieron a un buen inspector —dije convencido.

—Al menos lo habría intentado —respondió resignado—. Siempre he odiado a las malas personas. A los que tratan a los

seres humanos como cosas, que son capaces de matar a un niño para extraerle los órganos o de cualquier otra barbaridad para obtener dinero... Y pensé que como inspector de la Policía tendría más medios para luchar contra los malos.

Pensé que Zarco, al igual que el sargento Colomar, era un policía vocacional, un adjetivo que yo creía reservado para las actividades artísticas o humanitarias. Zarco, dentro de lo que cabe, había hallado un sucedáneo en su trabajo. El sargento Colomar no había sido tan afortunado, solo había encontrado una forma de seguir adelante.

Con expectativas difusas acudí a la cita con los padres de Fiona. El refranero dice que el tiempo todo lo cura, y, aunque es cierto que el transcurso del tiempo mitiga penas y aflicciones, yo no estaba seguro de que ese «todo» incluyera hechos tan trágicos como los que habían vivido: la desaparición y asesinato de una hija que no había alcanzado la mayoría de edad, y sin siquiera el exiguo consuelo de que su autor fuera juzgado y condenado. Ciertamente un juicio no habría devuelto la vida a Fiona; sin embargo, la experiencia me había enseñado que los familiares sienten cierto alivio cuando ven que el criminal paga por sus actos. En este caso había quedado impune y, aunque descubriéramos al autor, no se podrían juzgar los hechos al haberse cumplido el plazo de prescripción. Aunque, a estas alturas, era la única paupérrima victoria que se podía lograr: demostrarle que no era más listo que el resto y que su maldad quedara al descubierto.

Los padres de Fiona se habían mudado a un adosado en una pequeña urbanización sita en las afueras de San Antonio al poco de morir su hija. Supuse que pretendieron evitar los recuerdos que les pudiera traer la vivienda que habían compartido con ella y las propias calles de la ciudad en la que la habían visto crecer.

Aparqué mi coche y apreté el timbre de la puerta metálica que daba acceso a la urbanización. Luego seguí sus indicaciones para encontrar el bungalow 18. A pesar de estar a finales de octubre, la tarde era cálida y me invitaron a tomar un té en el porche que daba a un reducido y agradable jardín rodeado de setos. John Clark era un hombre corpulento, con pelo cano y acusadas entradas. Eleonor Clark era menuda y pizpireta y llevaba una media melena teñida de rubio rojizo, que debía haber sido su color natural. Ambos tenían la tez morena y hablaban un español rudimentario con una

pronunciación defectuosa a pesar de que llevaban más de tres décadas viviendo en la isla. Su trabajo para una agencia de viajes británica solo les había puesto en contacto con clientes de esta nacionalidad y, entre sus amistades, también predominaban sus compatriotas. Era como si formaran un gueto dentro de San Antonio, con sus propios bares, urbanizaciones y centros de reunión.

—Es usted escritor —dijo el señor Clark, con su marcado acento.

—Sí —respondí—. Como le dije, estoy interesado en el caso de su hija. Nunca se resolvió. Me está ayudando un detective privado.

—Nosotros queremos ayudarle —intervino la señora Clark. Su pronunciación y vocabulario mejoraban bastante los del marido—. Me gustaría que se supiera quién fue el asesino. Que no *hay* dudas y que pudiéramos decirlo en su cara.

—Pues como ya les dije por teléfono, me gustaría hacerles algunas preguntas. Ya sé que ha pasado mucho tiempo...

—Sí, ha pasado tiempo, pero yo lo tengo todo tan claro como si es ayer —respondió Eleonor Clark con su peculiar uso de los tiempos verbales en el que predominaba el presente indicativo.

—¿Qué pensaban ustedes de Jordi?

—Pues pensábamos que era buen chico —dijo el señor Clark.

—Pero los guardias civiles nos dijeron que parecía el principal sospechoso —interrumpió su esposa, que llevaba la voz cantante—, nos dijeron que él *miente* y entonces piensas: ¿por qué alguien miente si es inocente y no tiene nada que ocultar?

Se me ocurrió algún motivo, por ejemplo, por miedo de resultar sospechoso si hubiera confesado su discusión con Fiona, como así resultó cuando salió a la luz. No dije nada y Eleonor Clark continuó hablando:

—Desde entonces, le noté raro. Creo que evitaba nuestra presencia. El día del funeral vino a darnos el pésame y estaba muy serio. Yo pensé que es normal. Después creo que nos evitaba. No volvió a vernos ni nada. Un día lo encontré por la calle y no pude evitarlo, *pregunto* si había matado a Fiona. Me miró como embobado y no contestó. Se dio la vuelta y se marchó lo rápido que pudo. Desde ese momento supe que era el culpable.

—¿Notaron algo que se saliera de lo normal en su hija antes de la desaparición? —Preferí omitir la palabra «homicidio», aunque

sabía que no evitaría que ellos la tuvieran presente en su mente—. Quiero decir si estaba nerviosa, pensativa o más seria que de costumbre

—Bueno, sí —respondió John Clark, escueto.

—La semana anterior Fiona se comportó de forma extraña —intervino la esposa—. No comía y tenía ojeras. Se le notaba triste. No nos quiso contar qué le ocurría. Así que decidimos visitar a una psicóloga. Fuimos dos veces y la psicóloga nos dijo que podía tratarse del inicio de una depresión. Fiona era una niña muy jovial, buena estudiante y deportista. Tenía amigos. No sabíamos lo que pasaba. Luego la prensa *publica* cosas que no eran verdad, que fumaba, que bebía, como si llevara una mala vida. Ya sé que tampoco es importante y que muchos jóvenes de su edad beben y fuman. Nosotros tampoco bebemos ni fumamos y le enseñamos a Fiona que eso no era bueno para la salud. Nunca encontré una colilla de tabaco. Sí que es cierto que a veces su ropa olía como a humo, pero es que en 2003 todo el mundo fumaba en los bares, restaurantes y en todos los sitios. Cualquiera que entraba a un local salía oliendo a tabaco. También dijeron que *tiene* amantes, aparte de su novio —remató Eleonor Clark, con gesto despectivo.

La noticia de la depresión de Fiona me impactó. En la prensa no había aparecido y tampoco se hacía mención en el expediente judicial. Quizá los investigadores no consignaron el hecho en los autos por no considerarlo relevante. Este descubrimiento me dio una nueva imagen de la fallecida, una persona con sus pequeños fallos o defectos, no la niña-mujer autosuficiente y sobrada de sí misma que parecía hasta ahora.

—¿A qué psicóloga acudisteis?

—Pues llamamos a tres. Como queríamos que la vea con urgencia, los dos primeros nos dijeron que no le podían hacer un hueco, pero María Planells sí se lo hizo. Es muy buena psicóloga y muy buena persona.

No lo podía creer. Aquello sí que era toda una sorpresa. María Planells era mi compañera de trabajo en la Oficina de Asistencia a las Víctimas. Los padres tenían razón: excelente psicóloga y persona. Podría preguntarle a ella, así que decidí no indagar más sobre el tema.

—¿Quién era su mejor amiga?

—Tenía muchas amigas. No sé si tenía una en especial, todas las chicas querían a Fiona.

—¿Se llevaba bien con su hermana?

—Sí —respondió sin pensarlo la señora Clark—. Discutían, claro, pero se querían mucho.

Se levantó, entró un instante a la casa y volvió al porche con una foto enmarcada que me mostró. En ella se veía a dos jóvenes rubias, una de ellas con el pelo tirando a rojizo. Estaban abrazadas y reían alegres, ignorantes de lo que la vida les tenía reservado. Hice un comentario trivial: «Sí que parece que se llevaban muy bien», o algo así, a la vez que me levantaba de mi silla. Pensé que no iba a obtener más información. Los padres habían idealizado a su hija después de su trágica muerte, la habían colocado en un pedestal de perfección que la ponía a salvo de los defectos humanos. Quizá no exista ser más perfecto que un hijo a los ojos de sus padres. Percibí que John y Eleonor Clark ponían sus últimas esperanzas en mis investigaciones y de pronto fui consciente de que el éxito o el fracaso de las mismas podría afectar a personas en quienes no pensé en el inicio. Mis pesquisas podían tener consecuencias insospechadas. Cada acción, por insignificante que parezca, transforma la realidad de forma irreversible; el efecto mariposa: una pequeña variación inicial dará lugar a un sistema completamente diferente de no haberse producido aquella. Aunque en aquel momento no era ni mucho menos consciente de las derivaciones que mis pesquisas tendrían en un futuro cercano y que yo sería el primero en lamentarlo.

Jueves, 24 de octubre de 2019

Había quedado con Laura Clark, la hermana de Fiona, en la terraza del Moreta. No sé si el hombre es un animal de costumbres; yo sí lo soy. El Moreta estaba en la plaza de Sa Graduada, frente al nuevo edificio de los Juzgados y, al igual que otras personas evitan en sus ratos de ocio los lugares cercanos a su centro de trabajo, a mí me traía sin cuidado. Era un bar agradable y céntrico, cercano a mi piso.

Laura tenía un cierto aire a su fenecida hermana, de quien había visto alguna foto. Aprecié un cuerpo bonito del que ella tapaba lo justo con una malla que se ceñía a sus piernas y un top que le cubría unos generosos pechos que parecían haber pasado por una sesión de cirugía. Llevaba una sudadera fina con la cremallera abierta a pesar de que el calor no era excesivo. Parecía el atuendo adecuado para ir al gimnasio. Sus labios exagerados daban la impresión de haber recibido una dosis de bótox. Desde luego, no era mi tipo de mujer, a pesar de que podía entender que resultara llamativa para muchos hombres. Su lenguaje corporal con ademanes excesivos no me atraía. Hablaba con un deje nasal e impostado que parecía ser tan poco natural como su anatomía retocada. Eso sí, su pronunciación y vocabulario españoles eran perfectos, en contraste con los de sus progenitores. Pidió una botella de agua a la camarera y mirando con cierto desprecio mi carajillo me explicó que solo bebía agua, que no ingería toxinas ni azúcares. No le pregunté qué comía, pero me imaginé la típica dieta de los amantes del gimnasio, con batidos de proteínas incluidos. Como si aquellos bebedizos fueran la panacea de la salud.

No me ofreció mucha información de Fiona, parecía idolatrarla, quizá fue el efecto que produjo la muerte de su hermana siendo ella una niña de catorce años. Para Laura, Fiona era la más guapa, la más inteligente y la más brillante de las mujeres del mundo. Sin embargo, me dio la impresión de que Fiona no compartía sus intimidades con su hermana, a quien quizá consideraba demasiado pequeña.

—¿Notaste algo raro en Fiona durante su última semana? Quiero decir, si se comportaba como siempre o estaba preocupada por algo.

—Pues sí, sabes, justo la semana antes había estado triste, pero no sabía el motivo. Yo tenía catorce años y nadie me contaba nada. Fiona era bastante alegre. Luego escuché que había discutido con Jordi unos días antes y pensé que este podía ser el motivo, aunque nunca creí que Jordi le importara tanto. Luego me enteré de que él era el principal sospechoso. Mis padres no querían que leyera el *Diario* ni viera la televisión, decían que las noticias sobre Fiona me podían afectar, pero yo sentía curiosidad y, cada vez que podía, echaba un vistazo a los periódicos o conectaba la televisión local por si daban alguna noticia sobre la muerte de mi hermana. Así me fui enterando de todo...

—Algunos decían que tu hermana llevaba una doble vida. Tú vivías con ella. ¿Qué opinas? Quiero decir si salía de noche, cuando tus padres dormían, o cosas así.

—A la gente ya sabes que le gusta hablar por hablar y que no respetan nada. Lo único que te puedo decir es que la gente es muy envidiosa. Y, claro, Fiona era muy guapa, ¿sabes? —Hizo una pequeña pausa y prosiguió—: A mí me costó mucho tiempo asumir su muerte. Estuve casi un año yendo a ver a una psicóloga... ..

—¿A María Planells? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

—Sí, la misma a la que había ido Fiona —respondió sin sorprenderse de que yo conociera el dato. En cierta manera, me dio la impresión de que se sentía orgullosa de haber compartido algo con su hermana, aunque fuera la psicóloga. La forma de hablar de Laura contenía un matiz de menosprecio que me molestaba, como si tuviera que mostrarme una verdad evidente a la que yo no era

capaz de llegar por mí mismo. Mantuve la calma, no quería discutir ni que nuestra conversación fuera tensa.

—¿Sabes por qué visitó tu hermana a María?

—Pues creo que estaba de bajón. No sé el motivo. Qué más da el motivo. Esto no tuvo nada que ver con su muerte.

Pensé que quizá Laura no era tan lista como ella pensaba. Parecía demasiada casualidad que una chica alegre y jovial, como todo el mundo definía a Fiona, tuviera una depresión pocos días antes de su desaparición. No le dije nada. No había empatía entre nosotros y creo que, en estos casos, es preferible hablar lo indispensable.

—Ir a un psicólogo no significa que estés loca, ¿sabes? —continuó Laura, que no esperaba respuesta a su pregunta. Yo asentí con un movimiento de cabeza—. En España, todavía existe este tabú. Y en Ibiza, todavía más. Parece una sociedad abierta, pero no lo es. Lo único que hay aquí es fiesta durante el verano. Luego volvemos a ser un pueblo tradicional.

Pensé que el prejuicio de visitar al psicólogo, o más bien de contar que habías ido, ya estaba superado, pero tampoco dije nada y cambié la conversación:

—¿Y qué opinión tienes de Jordi?

—¡Uf! —resopló—. Pues yo siempre le había visto como un poco pardillo y muy colado por mi hermana. Luego, cuando leí todo lo que dijo la prensa, empecé a dudar de él. La última vez que lo vi fue en el funeral, después no volvió a aparecer por nuestra casa. Algunos años más tarde lo vi por la calle y él fingió no verme, aunque estoy segura de que me había visto. Para mí, ¿sabes?, eso demuestra su culpabilidad.

—Bueno, quizá si creía que todos sospechabais de él sentía reparos en aparecer por vuestra casa o a hablar contigo —especulé, haciendo de abogado del diablo.

Esbozó una mueca de desagrado frunciendo los labios.

—Yo creo que si una persona es inocente no tiene que esconderse de nadie —afirmó con rotundidad. Pensé que Laura subestimaba la presión que pueden ejercer los medios de comunicación, hoy en día coadyuvados por las redes sociales, ese juicio social que cada uno lo interioriza de una forma diferente y que

puede hundir a una persona. Lo que para unos es solo una noticia con morbo, para quien la padece puede significar el desmoronamiento emocional.

—¿Conocías a los otros sospechosos? ¿A Pablo y al profesor de educación física?

—A Pablo, un poco. Era amigo de mi hermana, pero no venía mucho por casa. A Miquel, más. Daba también clase a mi curso y fue profesor mío ese año y el siguiente, ¿sabes? Luego pidió traslado a Valencia.

—¿Crees que pudo estar interesado en tu hermana? Me refiero a que tuviera un interés personal, al margen de su trabajo como profesor.

—¡Uf! Pues no sé. Fiona era muy guapa, como ya te he dicho. Miquel también y tenía un cuerpazo. Delgado pero musculoso. Yo creo que mi interés por el gimnasio fue gracias a Miquel. Todas las alumnas estábamos enamoradas de él. ¿Sabes?, un amor platónico de crías. Quizá lo suyo también fue un amor platónico, no sé. Pero la Guardia Civil descartó a Miquel pronto...

—Y Pablo, ¿crees que podía tener algún interés en tu hermana?

—¡Uf! No creo. Ha pasado mucho tiempo, claro. Yo lo recuerdo como un simple amigo.

—Bueno —dije al tiempo que hacía una seña a la camarera para que me trajera la cuenta—, no te entretengo más. Muchas gracias por hablar conmigo. Si recuerdas cualquier cosa, avísame.

—Sí. No sé si llegarás a alguna parte; espero que ese cabronazo no se vaya de rositas. —No hacía falta ser muy listo para saber que «cabronazo» se refería a Jordi. Parecía que cada uno creía en lo que quería creer. Laura consideraba a Jordi culpable por las noticias publicadas el *Diario de Ibiza* y *Última hora*, pero cuando los mismos diarios afirmaban o insinuaban que su hermana llevaba una doble vida, no les concedía ninguna credibilidad.

Viernes, 25 de octubre de 2019

A la mañana siguiente llegué a mi despacho temprano, a las 8:15, aunque la atención al público no comenzaba hasta las 9:00. Quería hablar con María y preguntarle si me podía facilitar algún dato sobre Fiona Clark. Saber exactamente en qué consistió su crisis de adolescente. En mi fuero interno se estaba generando la convicción de que mi investigación iba a tener un resultado positivo, que por fin se iba a esclarecer el crimen. Se había dado un cúmulo de casualidades importantes: la conversación con Marisa que encendió mi curiosidad, el hecho de que el abogado que llevó la defensa de la familia fuera mi amigo íntimo Raúl Ballesteros y, ahora, que la psicóloga que atendió a Fiona fuera mi actual compañera de trabajo. Ciertamente que en Ibiza se dice que nos conocemos todos; sin embargo, mi grado de cercanía con las personas que intervinieron en aquel proceso me parecía que rozaba lo paranormal. Aunque no me considero supersticioso, pensaba que aquella suma de coincidencias no podía deberse a un capricho del azar, estaba convencido de que tenía que confluir en algo. El destino me había elegido para resolver el caso, aunque en ese momento estaba más desorientado que cuando había comenzado la investigación con el convencimiento de que Pablo ocupaba el primer puesto en la lista de sospechosos. Quizá era «víctima» de coincidencias desgraciadas. Al igual que Jorge Martín, el camarero. Simplemente estaban en el lugar por el que pasó el asesino.

Fiel a su costumbre, María pasó a saludarme antes de entrar en su despacho, contiguo al mío. Si ella llegaba primero, el protocolo del saludo me correspondía a mí, asomándome a la puerta de su oficina para darle el «buenos días».

—No sabía que habías atendido a Fiona Clark. —Ella se sorprendió; nunca habíamos hablado de este tema y me pareció necesario dar una explicación—: Estoy investigando el caso. Quizá escriba una novela sobre el crimen.

—Sí, ¡pobre chica! Lo cierto es que no la traté mucho, tuvimos dos sesiones. Luego falleció, ya sabes.

—¿Por qué acudió a ti?

—Mmm. —Reflexionó antes de continuar—. Había tenido lo que parecía una depresión juvenil. La gente no suele tomarse en serio los problemas de los jóvenes, piensan que es algo de hormonas y que ya se les pasará. Desde luego, nada más alejado de la realidad. La depresión puede hundir a una persona en lo más hondo de un pozo negro, sea adulto o quinceañero. Y puede tener repercusiones en su vida presente y secuelas para el futuro.

—¿Y cuál era el motivo de la depresión? Si es que lo había —maticé. Sabía que esta enfermedad podía sobrevenir sin una causa externa.

—Mmm. Paco, esto queda entre nosotros, ¿vale? —preguntó con su voz cantarina—. Por supuesto, si escribes una novela no se te ocurra contar nada. Aunque la chica murió hace dieciséis años, el secreto profesional no tiene excepciones en este sentido. Y también por ética de cara a su familia. Te lo cuento como a un amigo.

—Claro —me apresuré a decir.

—Se trataba de una crisis desencadenada por un desengaño amoroso. Según me dijo, su novio la había dejado. Y a partir de ese momento estuvo dos días sin comer y casi sin dormir. Sus padres se dieron cuenta y vinieron a verme. Esto ocurrió ocho días antes de su desaparición. Como vi a la chica francamente mal y a ella le costaba confiar en mí, por lo que pude observar, le di otra cita para tres días después. La primera consulta fue un viernes y la segunda, el lunes siguiente. No creas que tengo memoria de elefante, lo recuerdo por lo que ocurrió después. —María cogió la grapadora que había sobre mi mesa con gesto distraído y prosiguió—: No es que pudiera diagnosticarse el asunto como depresión, claro. La chica solo llevaba un par de días mal, pero era mejor asegurarse y cogerla a tiempo...

—Y en la segunda sesión, ¿te dijo algo más?

—No. Solo que su novio la había dejado por otra y que se encontraba fatal. Me di cuenta de que me ocultaba algo, pero pensé que era mejor dejar que las cosas fueran saliendo en futuras sesiones...

—¿Y qué crees que ocultaba?

—Soy psicóloga, no adivina —respondió con malicia—. No puedo imaginar hechos que pudieron haber ocurrido, debo partir de lo que mis pacientes cuentan.

—O sea que no sacaste nada claro.

—Nada. Salvo que hubo un suceso en la vida de Fiona que la sacudió con fuerza. A veces el propio paciente desconoce el motivo de su depresión, puede deberse a desajustes químicos en su organismo. En este caso, aunque te repito que no se podía calificar de depresión en sentido médico, las alteraciones en su ánimo que sufría Fiona se debían a un suceso, a algo que le había ocurrido y que ella achacaba a la ruptura con su novio, aunque este tampoco es seguro que fuera el motivo real. Quizá sufrió un revés en otro ámbito de su vida y le daba vergüenza confesarlo.

—Resumiendo, que lo único que sabemos es que diez días antes de su muerte, en la vida de Fiona ocurrió algo significativo que la hizo hundirse, pero no sabemos qué fue.

—Exacto.

—Pues parece demasiada coincidencia que una chica a la que todo el mundo definía como alegre, jovial y con una elevada autoestima, sufriera un bajón tan grande pocos días antes de su desaparición.

—Sí, lo mismo pensé en su momento. A veces no conocemos a las personas. De cara al exterior aparentamos una cosa, proyectamos una imagen, pero a uno se le conoce en su casa, en su intimidad, cuando está solo. Ahí aparece el verdadero yo. En ocasiones, coincide con el que sale a la calle y se relaciona con los demás. En otras, nos acompaña un ser incómodo y que queremos esconder al resto del mundo.

Regresé a mi despacho y encendí el ordenador. Abrí el archivo con el esquema que había elaborado del caso en el que aparecían los nombres de sospechosos y testigos y también las fechas con los

hechos más significativos. Comprobé que la fecha de la desaparición de Fiona fue el sábado 19 de abril. Según le constaba a la Guardia Civil, la discusión con su novio, Jordi, sucedió el sábado anterior, día 12. Sin embargo, Fiona y sus padres visitaron a Marilina el viernes 11 de abril, y los síntomas de que algo le ocurría fueron detectados un par de días antes, el 8 o el 9, por lo que algo no cuadraba en el esquema. La ruptura con Jordi fue posterior a la consulta con la psicóloga, luego esta pelea no pudo ser la causa del estado nervioso de Fiona. Incluso cabía la posibilidad evidente de que la ruptura hubiera sido consecuencia de su crisis previa. ¿Existía un segundo novio con el que había discutido en estas fechas precedentes o el relato de la discusión con su novio escondía un suceso distinto? La hipótesis de otro hombre en la vida de Fiona iba cobrando forma en mi cabeza. ¿Quién podía ser? ¿Miquel? ¿Pablo? ¿Un cuarto hombre desconocido?

Miré la última persona de mi lista: Olga Sanchís, la madre de Jordi. Había descartado entrevistar al padre, Alberto Torres, ya que estaba demasiado implicado en el asunto. Había facilitado la coartada a su hijo y consideré preferible que se ocupara Zarco, más habituado a estos lances.

Olga Sanchís se había divorciado de su marido poco tiempo después de la trágica muerte de Fiona y de la investigación posterior. Regentaba un supermercado en la zona del West End, en San Antonio, localidad que en verano era invadida por turistas británicos en busca de la fiesta permanente. Una larga borrachera que duraba una semana, aderezada con los polvos que pudieran echar en la nube etílica. Luego volvían a la rutina diaria en su país, soñando con las vacaciones del próximo año.

Según la información que me había proporcionado Zarco, Olga Sanchís contaba cincuenta y cuatro años, por lo que en la fecha de los hechos debía tener treinta y ocho o treinta y nueve. Calculé que debió tener a Jordi con poco más de veinte años. Vi a una mujer de aspecto «juvenil» detrás de un pequeño mostrador a la izquierda de la entrada.

El supermercado era un local largo y estrecho en el que se podía encontrar un poco de todo (productos de higiene personal, limpieza del hogar, comida) y muchísimas bebidas alcohólicas, cuyas botellas y latas cubrían la mayor parte de las estanterías. Licores, vinos, cavas y decenas de marcas de cerveza, además de las preceptivas Coca-Cola, Fanta y zumos y tónicas para preparar los combinados.

Olga Sanchís me recibió con una amplia sonrisa. Bajo una ropa de buen tejido y corte sencillo se adivinaba un cuerpo bonito que desafiaba el paso del tiempo.

—Buenos días, me llamo Paco Marín, soy escritor y estoy investigando el caso de Fiona Clark.

Noté que su cuerpo y las facciones de su cara se tensaban por un instante.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó en un tono cansado no exento de cortesía. Parecía una mujer amable, aunque la sonrisa había desaparecido de sus labios.

—Ya sé que estoy removiendo viejas heridas —traté de disculparme—. Como le he dicho estoy investigando el asesinato de Fiona. Tengo nuevas pruebas o, más que pruebas, indicios que señalan que el culpable no fue su hijo.

—¡Eso ya lo sabía yo! Por mucho que la prensa y los guardias civiles intentaran acusar a mi hijo, yo sé que no lo hizo. Él es incapaz de hacer algo así y más a una chica a la que quería. Los policías se obcecaron con mi hijo y por eso escapó el verdadero culpable, porque no siguieron otras vías de investigación. —Olga Sanchís continuó hablando, parecía que tenía que dejar clara, una vez más, la inocencia de su hijo—: La que mandaba en su relación, por decirlo de alguna manera, era Fiona; Jordi era un perrito que iba a donde ella le decía...

—¿Es cierto que discutieron la semana anterior a la desaparición de Fiona?

—Sí. Eso parece. No era la primera vez que discutían, estaban un par de días sin verse y luego se reconciliaban. Llevaban casi dos años de novios y eran dos críos. Fiona, diecisiete, y Jordi, dieciocho.

—Parece que su hijo, en un primer momento, no contó nada de esa discusión.

—Ya le digo que era algo común. Discutían, se reconciliaban. Quizá por eso Jordi no lo consideró relevante.

—Su hijo estudiaba Derecho, ¿no?

—Sí, es abogado —respondió con cierto orgullo—. Entonces estudiaba en la Universidad de Barcelona. Venía a Ibiza los viernes por la tarde y regresaba el domingo. No llega a una hora de vuelo. Yo sé que no venía a vernos a sus padres, venía a ver a su novia, claro. Al menos, lo teníamos en casa a menudo. Aunque tenía

dieciocho años y ya empezaba a hacer su vida, era hijo único y las madres siempre tememos ese momento, cuando se van del nido.

Olga Sanchís era una mujer locuaz y confiada. Al menos, así se mostraba conmigo. Pensé que no me importaría seguir conversando con ella en otro lugar. Y no solo del asunto del crimen. Me transmitía confianza.

—Hubo un detalle en la investigación que hizo dudar a los investigadores...

—¿Se refiere a la llamada de teléfono? —espetó con desdén.

Asentí con la cabeza.

—Mire, el asunto fue ridículo, casi se podría calificar de chiste, salvo por el hecho de que estaban investigando la muerte de una muchacha... y por todo lo negativo que implicó para mi familia. —Meditó un instante, como poniendo sus pensamientos en orden y continuó hablando en un tono alto, como si quisiera que no me perdiera palabra y me quedaran las cosas claras—: La Guardia Civil sospechaba de Jordi solo porque era el novio de Fiona y ya se sabe que esos crímenes machistas están a la orden del día. Hace quince años no se hablaba tanto de este tema, pero también estaba ahí: el primer sospechoso de la muerte de una mujer era su marido, su novio o su amante. Sin embargo, el único indicio que tenían contra mi hijo era una llamada de teléfono a nuestra casa. Jordi dijo que no cogió el teléfono y mi exmarido ratificó su versión diciendo que fue él quien habló con Fiona. ¡Ahí se acaba el misterio! Una explicación sencilla, pero los guardias civiles estaban empeñados en responsabilizar a Jordi y uno de ellos hasta llegó a amenazarle con una pistola. ¿Se imagina? ¡Un loco de remate!

Asentí de nuevo, para mostrarle mi conformidad con sus palabras. Omití decir que el padre de Jordi acudió a las dependencias de la Benemérita después de enterarse de que la referida llamada era un indicio que hacía dudar a los investigadores sobre la sinceridad de su hijo. ¿Por qué no había hablado antes de esa llamada?

—¿Tiene usted alguna hipótesis o sospecha de lo que ocurrió?

—No. Todos especulamos, claro. Quizá fue un loco que se la encontró de camino a casa. Aunque no hubo relaciones sexuales,

según dijeron. Quizá la chica se defendió y la mató antes de que él consiguiera lo que quería. No sé. El caso es que ese asesinato no solo hundió a la familia de Fiona, también destrozó la nuestra...

La contemplé sin decir nada. Parecía que quisiera quitarse un peso de encima contando a un desconocido lo sucedido. O su versión de lo sucedido.

—Mi hijo estudiaba Derecho en Barcelona, como le he dicho, y nos visitaba cada fin de semana. A partir de ese momento dejó de venir a Ibiza, solo venía a vernos en Navidad y otra visita en verano. Decidimos que era lo mejor, que se relacionara con gente de fuera de la isla. Aquí tenía colgado el cartel de «sospechoso», o más bien el de «culpable».

»Yo tenía una botiga, esta que ve usted. Entonces era diferente, vendía productos del mercado payés y mis clientes eran gente del pueblo. De un día para otro dejaron de venir. Solo entraban dos o tres personas cada día, cuando antes del asesinato venían docenas. No daba para vivir, así que reconvertí el negocio en esto que ve usted: una tienda para guiris. Y no me quejo, al menos por el lado económico. Trabajo siete meses al año y gano el doble que con la botiga. Eso de que no hay mal que por bien no venga.

—Su marido y usted también se divorciaron poco tiempo después del crimen.

—Sí. Aunque no tuvo nada que ver. Las cosas ya iban mal y quizá la tensión del momento nos hizo estallar. Mi exmarido —pronunció el prefijo «ex» con especial énfasis— también salió perjudicado. Se había metido en política a instancias de los mandamases del PP en Ibiza y era concejal en San Antonio. Tenía aspiraciones y, lo que es más importante, padrinos. Pensaba llegar a senador o diputado, qué se yo. Quizá soñara hasta ser ministro, como Matutes. El caso es que, de un día para otro, todo se fue a pique. Era un apestado. No era rentable políticamente. Le invitaron a que dejara el partido y no tuvo más remedio que hacerlo. Su familia tiene muchas tierras y propiedades. Alberto se retiró y se ocupó de sus viñedos y de la producción de vino. No sé si conoce la bodega Can Moi.

—Sí, claro. Tiene unos vinos excelentes.

—Pues es de él. —Tras este inciso, continuó—: Bueno, pues lo que quería decirle es esto: el asesinato de Fiona también destrozó a nuestra familia. A mi hijo, a mi marido y a mí.

—¿Mantiene buena relación con su ex? —pregunté consciente de que esta cuestión tenía más que ver con mi curiosidad personal que con el caso que estaba investigando.

—Es inexistente desde hace tiempo.

Olga Sanchís me atraía. Tenía un cutis terso en el que solo se dibujaban unas ligeras arrugas cerca de los ojos y un cuerpo delgado y de apariencia fuerte, como si frecuentara el gimnasio. Yo estaba a punto de cumplir los cincuenta y dos y, aunque nuestra diferencia de edad era mínima, nunca en mi vida había sentido interés por una mujer mayor que yo. Tanya, mi ex, tenía poco más de treinta. Intenté acallar mis prejuicios. ¿Qué me importaba: la persona que tenía enfrente o la fecha de nacimiento que figuraba en el DNI? Me gustaba la naturalidad de Olga, sentía empatía, aunque supongo que esa naturalidad la mostraría con todo el mundo. Simplemente era así... y me atraía. Di un salto al vacío. Un vacío que, por otra parte, no tenía gran altura y yo no corría el riesgo de descalabrarme en la caída. Tan solo mi ego podría sufrir algún rasguño.

—¿Te gustaría que quedáramos un día para tomar un café?

—Me encantaría —respondió con rapidez, como si hubiera estado esperando la pregunta. Y vi un brillo alegre en su mirada.

Sábado, 26 de octubre de 2019

A mediodía quedé con Raúl Ballesteros en la terraza del Donibane para tomar una cerveza. Raúl levantó su botella y la acercó hacia mí. Le di un ligero golpe con la base de la mía a modo de brindis acostumbrado y exento de efusión. Ambos bebimos un largo trago. Era la desconexión con la rutina de los días laborales, nuestro momento de relax y de ponernos al día de las novedades semanales. Yo tenía mucho que contar. Le resumí los resultados de mis investigaciones y, al final de mi relato, le conté que me había entrevistado con Olga Sanchís y las sensaciones que la mujer me producía.

—Pues sí, parece un flechazo en toda regla. ¡Quién me lo iba a decir! —exclamó Raúl sonriendo—. Bueno, quizá esté bien. Ambos sois adultos sin compromiso, con la vida más o menos resuelta y sin pájaros en la cabeza. También podéis mantener una relación de amistad combinada con alguna noche de sexo.

—Ya se verá —respondí riendo al ver que mi amigo ya estaba planificando mi futura relación—. De todas formas, estoy contento. No sé si es un flechazo, pero sí que siento un interés por Olga que creía que ya era cosa del pasado. Creo que ha despertado algo en mí.

—Ya te digo que tiene toda la pinta de flechazo. Espero que te deje venir a tomar la caña del viernes.

—Esperemos que sí. Se lo preguntaré antes de hacerle alguna proposición seria.

—¿Y no te has planteado que puede ser la madre de un asesino? —preguntó Raúl, asumiendo el papel de abogado del diablo que tanto le gustaba. Era su peculiar sentido del humor.

—Podría ser, claro, no está descartado. A mí no me preocupa lo que pueda haber hecho su hijo.

—Quizá lo encubrió.

—Eso tampoco me parecería mal. Cualquier madre encubriría a su hijo. Sin embargo, de la conversación que mantuve con Olga, saqué la impresión de que ella está convencida de su inocencia.

—¡Vaya! —resopló Raúl, con gesto exagerado—, peor me lo pones. Cualquier madre estaría convencida de que su hijo es inocente. Y si tú descubres que es culpable y que no es el angelito que ella imaginaba, quizá se compliquen las cosas entre vosotros.

—Bueno, ya se verá. Estamos adelantando muchas cosas y construyendo castillos en el aire, como se dice. De momento no hemos quedado ni para tomar un café.

—Era broma. Te he visto tan ilusionado que no he podido evitar ser un poco aguafiestas —se justificó Raúl. A continuación, dejó su tono jocosos y adoptó una voz con un matiz neutro—: Hablando en serio, ¿tienes alguna idea formada sobre el asesinato de Fiona? ¿Sigues sospechando de aquel cuya novia se suicidó con posterioridad?

—No descarto nada de momento. Lo cierto es que ya he encontrado una información que no figuraba en los expedientes policiales ni en los autos del juzgado: que Fiona había sufrido una crisis nerviosa, por llamarlo de alguna manera, poco antes de su desaparición. Creo que hubo algún suceso en la vida de la joven que la descolocó y, no sé por qué motivo, no quería compartirlo con nadie. Ni siquiera con la psicóloga que la atendió. Según Fiona, su crisis se debía a que había discutido con su novio. Sin embargo, la discusión con Jordi nos consta que fue varios días después de la crisis. No concuerda la fecha con el motivo, salvo que hubiera otro «novio».

—Quizá el motivo fue otro, algo que le avergonzaba contar. A mí, la familia me comentó que había visitado a una psicóloga, pero no parecían darle importancia. Supongo que, ante la desaparición de Fiona, sus pequeños problemas psicológicos pasaron a ocupar un lugar secundario. Yo también pensé que se trataba de la típica crisis adolescente, no lo vi relevante en su momento. Sin embargo, ahora

que me lo has contado, creo que quizá debimos indagar más en este aspecto.

—Bueno, Raúl, tu trabajo no era investigar sino representar a la familia y velar por sus intereses en el juzgado.

—Sí, en parte tienes razón. Eso no me quita la sensación de que no lo hice todo lo bien que pude haberlo hecho. Era mi época de crisis matrimonial con Yolanda, poco antes de nuestro divorcio, Julieta tenía seis o siete años. En fin, a nivel personal estaba por los suelos y creo que esto también influyó en mi trabajo. No solo en el caso de Fiona, supongo que también el algún otro. —Hizo una breve pausa y con media sonrisa, añadió—: En aquella época tampoco conocía a Zarco ni era consciente de lo que puede aportar un detective.

—Bueno, no le des más vueltas. Si no hallaron al culpable fue porque la investigación policial no se hizo con la debida diligencia y no supieron encontrar ningún indicio físico que encauzara las sospechas en una dirección. Solo existieron suposiciones y palos de ciego.

—¡Qué me vas a contar!, lo sé. O sea que tú ya has acabado tu labor de investigador y ahora le toca a Zarco —dijo Raúl repitiendo la información que yo le había facilitado unos minutos antes.

—Sí, por lo que se refiere a interrogatorios de los implicados, ya he acabado. Me daba miedo seguir con las entrevistas, pensando que podría estar hablando con un asesino en un momento dado. Y lo malo es que yo no sabría que era un asesino —concluí con una media sonrisa.

—Sí. Vaya, es un asunto serio. Y me alegro de que te hayas dado cuenta de ello. Al principio me dio la impresión de que estabas jugando a los detectives y a los escritores de misterio. Como ese escritor de la serie de televisión que ponían hace unos años. Este es un crimen real y el asesino también lo es.

Cuando llegué a mi apartamento, me senté frente al escritorio y dibujé un esquema en un folio. El nombre de Fiona estaba en medio del papel, a su alrededor escribí el nombre de los tres sospechosos y añadí un signo de interrogación (?) para aludir la posible presencia de un cuarto hombre, otra persona en la vida de la joven. Luego escribí la palabra «depresión». ¿Con qué sospechoso ligaba mejor esta palabra? ¿Quién de los cuatro podía desencadenar una crisis emocional en la muchacha? Descarté a Pablo, según los testimonios le unía una simple amistad con Fiona. También descarté a Jordi, pues a pesar de ser el novio, parecía demasiado enamorado de Fiona, venía cada semana a verla y no lo consideraba capaz de provocar un desequilibrio anímico en la joven. En todo caso, habría ocurrido a la inversa. Así que marqué con un rotulador amarillo fosforescente el nombre de Miquel y el signo «?», el desconocido.

Miquel Sempere era profesor de educación física del instituto Quartó de Portmany en el que estudiaba Fiona. Este había sido su primer destino y sus antiguas alumnas lo describían como joven y muy guapo. El candidato ideal para convertirse en el amor platónico de una joven. O en amor carnal, quién sabe. Quizá Fiona quiso llegar más lejos y él la rechazó. Quizá Miquel no supo resistirse a los encantos de una alumna que, a pesar de su minoría de edad, tenía cuerpo de mujer.

Decidí desconectar de la investigación, necesitaba un poco de relax para que los pensamientos atropellados se calmaran y ordenaran en mi mente. Miré el reloj del teléfono móvil y vi que marcaba las 19:34. Olga Sanchís me dijo que cerraba el supermercado a las ocho. Decidí enviarle un wasap preguntándole si le apetecía tomar una caña cuando acabara de trabajar y sugerí el Golden Budha, un café-restaurante ubicado al final del paseo de la

costa en San Antonio. Diez minutos después recibí su respuesta. Me decía que sí, que podíamos quedar a las ocho y media allí.

Me lavé un poco la cara, me rocié el cuello con el vaporizador del frasco de colonia, subí a mi Chevrolet Kalos, que había sustituido a mi cómodo Mercedes clase A, y conduje en dirección a San Antonio. Si no había tráfico se tardaba unos veinte minutos en llegar. Aparqué cerca de la puerta y entré en el Golden Budha. Era una local enorme, con grandes mesas de madera y una terraza espaciosa que, en aquella época del año, se resguardaba con puertas correderas, cuyas paredes de plástico transparente protegían del frío a la vez que permitían disfrutar de las magníficas vistas al mar. Ocupé una mesa en la terraza y le dije a la camarera que todavía no quería tomar nada, que estaba esperando a una persona. Aún no eran las ocho y media. Me distraje un momento mirando en el teléfono móvil cómo iban las ventas de mis novelas en Amazon. No iban mal, no me podía quejar. Al rato apareció Olga por una de las puertas de la terraza y se dirigió a mi mesa. Me levanté y nos saludamos con un beso en la mejilla. Ella pidió un vino blanco y yo una cerveza Alhambra.

Pensé que nuestra existencia está llena de curiosas casualidades. Somos como una cáscara de nuez en la corriente de un caudaloso río. La vida nos puede llevar a cualquier parte. Lo mismo a una playa paradisíaca que a un sumidero. Cuestión de suerte, nada más. Allí estaba sentado, frente a una mujer a quien había conocido el día anterior mientras investigaba un crimen. Entonces es cuando te pones a pensar: mi investigación había comenzado por la conversación con Marisa, si esta no se hubiera producido no habría existido investigación y no habría conocido a Olga. O sea, me hallaba allí sentado por una conversación con Marisa que había tenido lugar un par de semanas antes. En fin, pensamientos que no conducían a ningún lado, salvo a corroborar las tesis filosóficas de Spinoza. El destino se reduce a infinidad de causas y efectos.

—Tú no eres ibicenco, ¿verdad?

—No. Soy nacido en Cantabria, luego viví mucho tiempo en Benidorm y luego en otros lugares de la península. Vine a Ibiza

pensando estar un par de años y luego pedir traslado a otro lugar, pero esto me enganchó.

—Sí, esto engancha, aquí se vive bien —aseguró Olga esbozando una amplia sonrisa—. Yo llevo toda mi vida aquí.

—Pues tu nombre tampoco es muy típico de esta isla.

—No. Mi padre nació en Alicante. Y su madre, o sea mi abuela, se llamaba Olga; parece que en honor a una princesa rusa de alguna novela o porque a mi bisabuelo, después de seis hijas, le quedaban pocos nombres para escoger.

—Es un nombre bonito —respondí—. ¿Has vuelto a tener pareja desde que te divorciaste? —Sabía que era una pregunta muy directa, casi brusca, para plantearla de sopetón; sin embargo, Olga no mostró sorpresa y la contestó de forma natural. Una naturalidad que me estaba conquistando.

—He conocido a otros hombres, pero nunca hemos llegado más allá de un simple rollo. ¿Y tú? Yo de ti no sé nada.

—Pues mi última novia me dejó por otra mujer. Ahora viven juntas en Madrid y han tenido una niña. Nos llevamos bien y, de vez en cuando, nos llamamos o nos enviamos un wasap.

—Ja, ja, qué curioso. —Olga rio—. Y disculpa mi risa, es que me parece muy curioso que una mujer esté con un hombre y luego se vaya con una mujer. Supongo que te impactaría.

—Pues sí. Pero si me das a elegir, casi prefiero que se haya ido con otra mujer que con un hombre. —Por un instante recordé el dolor que me produjo la separación de Tanya, ese dolor que se mezcla con la tristeza y que te parte por dentro. Estuve un mes postrado, con dificultades para concentrarme y problemas para conciliar el sueño. Luego pasó todo y reinicié mi vida. Me levanté y salí del pozo en el que había caído. Conocí a varias mujeres, e incluso me ilusioné con una. Aunque esta historia fue breve y el flechazo acabó tan de repente como había llegado, me di cuenta de que mi capacidad de amar, de sentir y desear no había muerto. La vida siempre se abre camino, la función debe continuar, *the show must go on*.

—Sí, y también es bonito si os lleváis bien —añadió Olga—. Alberto y yo apenas nos hablamos desde que nos divorciamos. Se puede decir que nuestra relación es inexistente. Por una parte, casi

mejor; por otra, da un poco de pena que no podamos hablar. Quizá lo de romper todos los lazos sea un medio de defensa para no sufrir por la ruptura. No lo sé. El caso es que no tenemos ninguna relación.

Olga se mostraba abierta, confiándome sus sentimientos, lo que me producía una sensación agradable. Ella intentaba gustarme y esa actitud me mostraba, sin necesidad de otras palabras, que yo le gustaba a ella. Aunque no me atraen las personas que se pasan la velada hablando de sí mismas, con Olga era distinto. Ella no trataba de impresionarme, sino de mostrarse tal como era. Se mostraba cristalina, con virtudes y defectos. Me confesó haber atravesado una etapa de promiscuidad poco tiempo después de su divorcio, pero que ahora ya no buscaba rollos de una noche, sino alguien con quien compartir otros momentos aparte del sexo. En ese instante yo ya sabía que acabaríamos entre sus sábanas, como así fue.

Me gustó hacer el amor con Olga. Fue una situación de entrega por parte de ambos más allá de la atracción física y no importaba que nuestras carnes hubieran perdido la dureza y la tersura de la juventud. Olga me excitaba más que cualquier veinteañera. Todo fluía y nos dejamos llevar por la corriente del placer.

Me invitó a quedarme en su casa a pasar la noche. Aunque por una parte deseaba volver a mi apartamento y quedarme a solas conmigo mismo, me daba pereza coger el coche a esas horas, además era sábado y al día siguiente no debía madrugar para ir al trabajo, así que acepté quedarme y, un instante después, me quedé frito. Por primera vez en mucho tiempo, dormí toda la noche de un tirón.

A la mañana siguiente me desperté antes que ella y fui a la cocina a preparar una cafetera. Abrí y cerré varios armarios hasta que encontré el paquete de café y el azúcar. Puse una taza con un poco de leche en el microondas y cuando me disponía a dar el primer sorbo apareció Olga en la puerta de la cocina. Serví otro café con leche y nos sentamos a la mesa. Le dije que había disfrutado mucho con nuestra velada erótica y quedamos en volver a vernos. Le di un suave beso en los labios como despedida y cuando yo estaba a punto de salir a la calle, Olga me dijo una frase que me pilló desprevenido:

—Paco, yo en tu lugar no investigaría el crimen de Fiona. Creo que no vas a descubrir nada nuevo y es mejor dejar las cosas como están.

Sus palabras me sorprendieron y conduje hasta Ibiza dándole vueltas en mi cabeza. No habíamos hablado en toda la tarde y noche anteriores del caso. Yo me propuse no decir una sola palabra sobre la investigación; era un riesgo (que no pensaba correr) de estropear una velada que se prometía agradable, como así fue. Y ahora, en el momento de partir, me dejaba caer esta frase que sonaba como un consejo agorero. ¿Por qué Olga no quería que investigara el asunto si, según afirmaba, estaba convencida de la inocencia de su hijo? ¿No sería mejor encontrar al verdadero culpable y que se eliminaran las sospechas sobre la implicación de Jordi? Quizá ella prefería mantener la calma conseguida, dando por buena la situación actual, antes que revivir una situación de ingrato recuerdo en la que toda su familia resultó damnificada. Otra posibilidad era que pensara que la investigación podía interferir en nuestra vida personal, en una relación cuyo inicio ambos encarábamos con ilusión.

Lunes, 28 de octubre de 2019

A las ocho y media, de camino a mi oficina, recibí un wasap de Zarco: *A continuación te envió un archivo de voz con la conversación que mantuve por teléfono con Miquel, el profesor de Educación Física. Como verás no fue una conversación muy larga. Aparte, Xicu ha realizado interesantes averiguaciones sobre él. Sin embargo, tiene una coartada muy sólida para ese día. Y por la forma en la que se cometió el crimen y abandonaron el cadáver descartado que fuera obra de un sicario contratado por un tercero, Miquel o quien fuera.*

Xicu era el pirata informático que trabajaba para Zarco, en una actividad por completo ilegal, y me preguntaba qué es lo que podía haber descubierto. Cuando estaba entrando en el edificio de los juzgados me llegó un segundo wasap con un archivo de voz. Esperé a llegar a mi despacho, cerré la puerta y pulsé el botón para reproducir el audio. Zarco había grabado la conversación con la aplicación de su teléfono móvil. Escuché los pitidos intermitentes de la llamada. Miquel descolgó el teléfono y preguntó desganado:

MIQUEL: «Diga...».

ZARCO: «Hola, soy Álex Zarco y le estoy telefoneando desde Ibiza...».

Noté un silencio que me pareció tenso. Volví a escuchar la voz de Zarco.

ZARCO: «Quería hacerte unas preguntas sobre lo que recuerdas del caso de Fiona Clark».

MIQUEL: «¿Y quién es usted?».

ZARCO: «Soy detective privado y estoy investigando este caso».

MIQUEL: «No sé nada de ese asunto. Los guardias me interrogaron porque alguna amiga de Fiona les dijo que entre ella y yo había habido algo. No eran más que fantasías de adolescentes».

ZARCO: «¿Qué opinión tenías de Fiona?».

MIQUEL: «Mire, mi opinión no creo que importe en este asunto. El caso es que mataron a la chica y yo ignoro quién fue ni qué motivo pudo tener. Por suerte, yo estaba en Valencia cuando ocurrió. Solo sé lo que en su momento leí en la prensa y eso lo puede encontrar en la hemeroteca».

ZARCO: «Pero tú eras su profesor, tenías un contacto diario...».

Se hizo un silencio y deduje que Miquel había colgado el teléfono y Zarco había interrumpido su discurso. Segundos después me llegó un nuevo wasap de Zarco con un archivo de voz. Lo abrí con curiosidad y escuché la voz adormilada de Zarco:

«Hola, Paco. Como habrás escuchado, no conseguí demasiada información de Miquel Sempere. Le volví a telefonar unas horas después por si se había calmado y se mostraba más comunicativo, pero no descolgó el teléfono. Por otro lado, como te dije, Xicu consiguió entrar en su ordenador personal y descubrió archivos muy interesantes. Parece que es bastante aficionado al porno, lo que no sería ilegal. Pero uno de los archivos parece que ha sido grabado en el vestuario de un colegio. Se ve a unas chicas muy jovencitas duchándose. Bien podrían ser alumnas tuyas y él tener el morbo de verlas desnudas y bromeando y contándose sus cosas. Quizá hasta hablando de él. Quién sabe. Incluso se me ha ocurrido la posibilidad de que esta «afición» no fuera nueva, Fiona lo descubriera y lo chantajeara. Esta podía ser una fuente de ingresos para la ropa de marca y móviles que me comentaste. No le he preguntado nada sobre este tema porque imagino que lo primero que habría hecho sería deshacerse de todos los archivos que lo incriminaran. Si acaso, sería mejor pillarlo desprevenido. Hasta el momento, Miquel era el menos sospechoso de los tres porque había pasado el fin de semana en Valencia, como demostró aportando los billetes del *ferry* de Balearia y corroboraron sus padres. Sin embargo, me he tomado la molestia de comprobar los horarios de vuelos de aquel día, sábado 19 de abril de 2003, y he verificado que había un Valencia-Ibiza el sábado a las 19:30 horas, con lo que llegaría a Ibiza antes

de las ocho, ya que el trayecto no dura ni media hora. Luego había el domingo por la mañana un Ibiza-Valencia a las 8:45, con lo cual Miquel podía aparecer a las 9:30 en su casa vestido de chándal y diciendo que había salido a hacer *footing* o poniendo cualquier otra excusa. En fin, yo no lo descartaría. El hecho de que me haya colgado también parece sospechoso. Una persona que no tiene nada que ocultar estaría deseosa de probar su inocencia, creo yo. Aunque claro, también tiene sus vicios inconfesables, por llamarlos de alguna manera hasta que descubramos algo más. Lo cierto es que el viaje a Valencia le daba la coartada perfecta y podía volver a la isla entre tanto. Me consta que la Guardia Civil no investigó esta posibilidad, se contentaron con ver las tarjetas de embarque de Balearia y preguntar a los padres de Miquel si había estado en su casa el fin de semana... Otra cosa que quería decirte es que no te menciono, te dejo en el anonimato. Me parece mejor que nadie sepa de ti. Bueno, espero que los demás sean más habladores».

Le envié otro wasap dándole las gracias y volví a recuperar el folio en el que había dibujado un esquema con los nombres de Fiona y de las personas que la rodeaban y de alguna manera habían intervenido en la investigación del crimen. Me planteé qué haría yo si fuera culpable de una muerte y al cabo del tiempo, cuando todo parecía olvidado, se presentara un detective entrometido buscando información sobre el caso. No hablar podría parecer extraño, y si hablabas corrías el riesgo de incurrir en una contradicción o facilitar una pista de forma inconsciente al investigador. Ninguna de las dos opciones me parecía indiciaria de su culpabilidad o inocencia. También dependería del grado de saturación del individuo con el caso o cómo afectó este a su existencia, a su día a día. Me iba percatando de que este crimen había truncado alguna vida más, aparte de la de la víctima. Repasé la lista de sospechosos y rodeé el nombre de Miquel con un rotulador amarillo fosforescente, con lo que quería indicar que no lo eliminaba de la relación de posibles autores, aunque la contingencia de que hubiera participado en el crimen se me antojaba remota. La preparación de una coartada tan elaborada me parecía más propia de una película; en la vida real, la gente no utilizaba subterfugios tan artificiosos.

Por otro lado, aparecía otro elemento incriminatorio: las películas porno. No era delito su visionado, pero surgía la duda de si el propio Miquel había grabado el vídeo en las duchas del vestuario de las chicas. En cualquier caso, aunque se quedara en el simple visionado para su placer o excitación, parecía una afición peligrosa trabajando con alumnas de edades próximas a las protagonistas del vídeo. ¿Hasta dónde llegaban los límites? ¿Eran simples fantasías que le excitaban y pertenecían en exclusiva a su imaginación o había llegado más lejos con tal de hacerlas realidad? ¿Se había enterado Fiona de esta debilidad y lo había chantajeado? ¿Había participado de alguna otra manera Fiona en la obtención de estas imágenes? La grabación del vestuario, según Zarco, era actual. No había pruebas de que la hubiera realizado Miquel, aunque supongo que esto se podría comprobar. Y si tuvo alguna grabación de Fiona o que esta le hubiera ayudado a conseguir, la habría borrado mucho tiempo atrás, salvo que el morbo del visionado fuera tan irresistible para él que hubiera conservado los vídeos. Esto sería algo difícil de descubrir si no incurría en un descuido.

Eché otro vistazo a la lista. Junto al de Miquel quedaban los nombres de Pablo y Jordi, y el signo de interrogación (?) que representaba a un posible cuarto hombre.

Me senté frente al ordenador y empecé a consignar las pesquisas realizadas en forma de novela. ¿Y si le dejaba leer el borrador a uno de estos amigos que siempre adivinan el asesino antes de acabar el libro? Me reí de mi absurda ocurrencia. Debía desconectar un poco de la investigación. Era como si el espíritu de Fiona aún planeara en el ambiente e impregnara a todos quienes indagaban en el misterio de su muerte. Lo cierto es que cuando imaginaba el rostro de Fiona siempre la veía sonriendo. Despreocupada, ignorante de la celada que se cernía sobre ella.

—¡Eres tímido! —me dijo Olga y añadió con sonrisa maliciosa—: Salvo en algunos momentos...

—Sí, quizá lo sea —respondí. Aunque no estaba seguro de ser tan tímido, no era la primera vez que me lo decían y ¿para qué iba a llevar la contraria a alguien sobre un tema tan insignificante?

—Eres tímido pero extrovertido, es una curiosa mezcla.

—Supongo que alguna gente me considera tímido porque no me gusta llamar la atención.

—¿Y qué piensas de mí? —preguntó con expectación poco disimulada. Olga estaba animada, estábamos a final de octubre y había cerrado su supermercado para guiris ese mismo sábado. Ahora tenía por delante cinco meses de vacaciones.

Su pregunta me pilló desprevenido y resoplé en mi interior. Acabábamos de echar un polvo, un buen polvo, incluso lo podría calificar de superlativo, y me parecía bien hablar un poco; sin embargo, no quería estrujarme la cabeza para buscar los halagos que Olga quería escuchar. También habría resultado agradable permanecer un rato tumbados en silencio. Me gustaba estar a mi aire, lo que se podía calificar también como egoísmo o falta de empatía. Hice un esfuerzo.

—Creo que tú eres una mujer que tiene las cosas claras, con mucho carácter y muy positiva. Siempre sacas lo mejor de cada situación. Y cristalina, te muestras como eres. Y, aparte de eso, muy sexy.

Olga sonrió complacida. Supongo que en especial por la referencia a su atractivo físico. Es lo que imaginé que quería escuchar: que me atraía, que me excitaba, algo más tangible que la inteligencia, la bondad y otras virtudes más abstractas y poco mensurables. Y era verdad que me enardecía de una manera que no recordaba. Sentía que Olga estaba enamorada de mí, se

entregaba sin reservas y eso eliminaba todas mis prevenciones y encendía mi pasión. Además, salvo las preguntas a las que yo tenía que responder de la forma correcta, me atraía su forma de ser. Independiente, cariñosa y con una sonrisa que iluminaba la habitación. Había ampliado mis horizontes y mi limitada mirada hacia las mujeres.

—Te quiero —dije, aunque no estaba seguro de la profundidad de mis sentimientos. Ella no respondió con palabras, apretó su cuerpo desnudo contra el mío.

Al cabo de un rato me vestí, cogí una lata de cerveza de la nevera y salí a la pequeña terraza del dúplex a fumar un cigarrillo. No era primera línea, pero a cierta distancia se veía el mar. Aunque eran las cinco de la tarde, aquel fin de semana habían cambiado la hora y el sol estaba a punto de ponerse en el horizonte. Me sentía bien. Hacía más de ocho meses que no estaba con una mujer. Yo me vanagloriaba de ser autosuficiente, poder vivir en soledad, sin compañía femenina, incluso consideraba que, debido a mis aficiones (deporte, lectura, escritura, pintura), necesitaba estar solo, pero lo cierto es que cuando encuentras a una mujer con la que congenias es una sensación más placentera y enriquecedora que la simple comodidad de estar contigo mismo y con tus múltiples *hobbies*.

Con medio siglo de vida a mis espaldas, me jactaba no de conocer a las mujeres, sino de haber aprendido todo lo que no se debía hacer o decir, lo que ya superaba a la media de varones. El método del ensayo y error había dado sus frutos al cabo de miles de fracasos. Si un día tu pareja aparecía de mal humor, no debías intentar entenderlo o razonar, simplemente aceptarlo; la causa podía estar oculta incluso a los ojos de ella: temas hormonales, a punto de llegar la menstruación, a punto de llegar a la menopausia, crisis de autoestima que convertía los granos de arena en montañas, o cualquier otro motivo. Había que aceptarlo e intentar apoyarla, no ignorarlo. Es decir, justo lo contrario de lo que yo había hecho durante toda mi vida.

—Ya he leído tu primera novela —dijo Olga desde la puerta de la terraza interrumpiendo mis reflexiones sobre el mundo femenino. Le había regalado los ejemplares de mis dos novelas policiacas en

nuestra primera cita y había leído *El caso Demichellis* en un par de días. Yo sabía que la rapidez de lectura iba en proporción al interés por el autor, lo que me halagó—. Me gustó mucho, muy entretenida. En especial me gustó el detective, Zarco.

—En realidad, el personaje está basado en Álex Zarco. Añadí poco de mi cosecha. Creo que es un detective original. Un detective vulnerable, una persona llena de inseguridades, fobias y trastornos psicológicos.

—Además, bebe Cola Cao en lugar de whisky —añadió Olga riendo—. Pues es genial, diferente. Fue lo que más me gustó de la novela. Mañana empezaré la segunda. ¿Tienes intención de escribir sobre el crimen de Fiona? —formuló la pregunta de forma casual.

Pensé responder que no, evitar que este caso interfiriera en nuestra relación, sin embargo, sabía que había muchas posibilidades de que acabara escribiendo sobre el crimen en cuestión, en forma de novela o como investigación real, y no quería mentir. Busqué una respuesta vacía, que no me comprometiera.

—Aún no sé si escribiré algo. Si te incomoda que siga con la investigación, dímelo y la dejo.

—No. Yo no te puedo decir lo que debes hacer. —Recordé que unos días antes me había aconsejado que me apartara del caso, pero no dije nada—. Solo que no creo que a estas alturas vayas a descubrir nada nuevo y quizá sea revivir recuerdos ingratos para la familia de Fiona...

—En ese caso, el mal ya está hecho. Hablé con los padres y con la hermana.

—¿Y qué tal?

—Bien. Ha transcurrido mucho tiempo y creo que la herida ya ha cicatrizado. Me dio la impresión de que aún confiaban en que se pudiera descubrir al culpable. Yo creo que les produciría un efecto beneficioso.

—Posiblemente, pero en caso contrario, ¿no pueden volver a sentir frustración?

—No lo sé. De cualquier manera, todo tiene su riesgo, tanto lo que hacemos como lo que dejamos de hacer. La realidad no se adapta a nosotros, somos nosotros los que tenemos que aceptar la vida como viene. No hay otra.

Se acercó y me besó en el cuello. Yo no estaba receptivo. Habíamos hecho el amor una hora antes y, a mi edad, dos polvos tan seguidos serían un acontecimiento milagroso. Le di un beso en el cuello.

—¿Te apetece que vaya a comprar y cocine algo para la cena? —pregunté, con fingida ingenuidad—. Compraré también una botellita de vino.

—Vale —respondió sonriendo. Supongo que la idea de una cena y una velada romántica la habían animado—. Si quieres, te puedo dejar la llave y coges una botella de vino del supermercado.

—No hace falta, respondí. De todas formas, tengo que pasar por el Lidl, así que la compraré allí.

Martes, 29 de octubre de 2019

A la mañana siguiente me llegó otro wasap remitido por Zarco a mi teléfono móvil: *Te envío entrevista realizada al padre de Jordi, Alberto Torres*. Unos segundos después recibí un archivo de voz. Me había dicho que editaría las grabaciones y me las entregaría juntas en un lápiz de memoria USB. Sin embargo, yo prefería que me las adelantara vía wasap para ver o, mejor dicho, escuchar los avances de la investigación. Alberto Torres, al margen de su evidente relación con la investigación que nos traíamos entre manos, poseía para mí un interés añadido: era el ex de Olga. Sentía curiosidad por escuchar sus palabras.

Pulsé la punta de flecha y comenzó la reproducción del audio. Se escuchaba un ruido de fondo intermitente, daba la impresión de que estaba en una calle por la que transitaban vehículos; en alguna ocasión se oía algún golpe seco y fuerte, como si el micrófono del teléfono se hubiera golpeado contra algo. Aunque las voces no eran nítidas, se identificaban con facilidad. Distinguí la de Zarco sobre el ruido de fondo.

ZARCO: «Hola, buenos días, mi nombre es Álex Zarco, ¿podría hablar un momento con usted?».

Me percaté de que Zarco se había presentado con su nombre y apellido, sin mencionar su profesión ni el objeto de la entrevista.

ALBERTO TORRES: «¿De qué quería hablar?».

Me dio la impresión de que se ponía a la defensiva.

ZARCO: «Soy detective privado y estoy investigando el crimen de Fiona Clark...».

Un par de segundos de silencio, como si el interlocutor estuviera meditando la respuesta.

ALBERTO TORRES: «¡Uf! Ha pasado mucho tiempo de este asunto...».

ZARCO: «Sí, pero todavía no se ha resuelto».

ALBERTO TORRES: «Ni se resolverá nunca, se lo digo yo. Lo único que le puedo decir es que mi hijo no tuvo nada que ver».

Una nueva pausa, en esta ocasión Zarco parecía pensar la mejor forma de encarar la situación.

ZARCO: «¿Y no le gustaría que se resolviera y quedara limpio el nombre de su hijo?».

ALBERTO TORRES: «A mi hijo y a mi familia ya nos fastidiaron la vida hace tiempo. Que se hallara ahora al culpable no arreglaría el mal que nos hicieron. Ya no tiene importancia. Aquello pasó y pasó».

Alberto Torres no parecía un hombre con facilidad de palabra, a pesar de haberse dedicado un tiempo a la política. Hablaba con un tono pausado y tranquilo.

ZARCO: «Podía ser la manera de que aquel que fue el responsable del crimen pagara por ello y que aquellos que sospecharon de su hijo se tuvieran que morder la lengua».

ALBERTO TORRES: «Ya le digo que no serviría de nada».

ZARCO: «Solo le quería hacer dos preguntas».

Se hizo otro silencio que no supe cómo interpretar. Supuse que Zarco miraba a Alberto Torres, calibrando la posibilidad de que respondiera a sus preguntas. Se escuchó de nuevo la voz del detective.

ZARCO: «¿Qué opinión tenía usted de Fiona?».

ALBERTO TORRES: «Una chica normal, buena chica, no sé qué quiere que le diga».

Pensé que era una opinión muy pobre para referirse a la joven que fue novia de su hijo y que murió en infaustas circunstancias.

ZARCO: «Usted dijo que el día en que desapareció Fiona, ella llamó a su domicilio y habló con usted. ¿Recuerda de qué hablaron?».

ALBERTO TORRES: «No lo recuerdo bien. De cosas normales. Ella preguntó por Jordi y le dije que no estaba».

ZARCO: «La llamada que quedó registrada duraba varios minutos...».

ALBERTO TORRES: «Pues ya le digo, hablamos de las cosas que habla la gente, que si tal y que si cual».

Alberto Torres estaba saliendo con evasivas y en ese momento tuve la impresión de que quizá no había hablado con Fiona y que solo intentara ofrecer un aval a las declaraciones de su hijo.

ZARCO: «¿No notó nada raro en Fiona?».

ALBERTO TORRES: «No».

La negación sonó rotunda, como si estuviera cansado de un interrogatorio en el que se había visto metido a su pesar y que se estaba alargando en exceso.

ZARCO: «¿Por qué, al inicio de las investigaciones, no dijo a la Policía que había hablado con la joven? ¿No cree que era una información importante para la reconstrucción de los hechos?».

ALBERTO TORRES: «¡Mire, señor, ya hemos acabado la conversación! ¡He sido demasiado amable con usted!».

La voz de Alberto Torres sonó irritada. Debíó pensar que Zarco quizá quisiera pillarle en algún renuncio en el que no incurrió cuando habló con la Guardia Civil.

Ahí finalizaba la conversación. Vi en mi teléfono móvil que había otro archivo de voz remitido por Zarco. ¿Había conseguido algo más? Lo reproduje, impaciente:

«Hola, Paco. Ya has escuchado la entrevista con el padre de Jordi. No sé si tú has sacado tus propias conclusiones. Te voy a comunicar las mías. Desde luego, da la impresión de que esconde algo. Está claro que no es un hombre hablador; sin embargo, cuando le pregunté qué opinaba de Fiona, no me respondió. ¿Conoces a algún padre que no tenga una opinión de la novia de su hijo, para bien o para mal? Dice que tampoco recuerda su conversación con Fiona el día de su desaparición. Yo creo que un suceso así te la grabaría a perpetuidad en la memoria, aunque hubieras hablado de algún recurso socorrido y trivial, como el tiempo. Algo no encaja en su declaración, demasiado imprecisa y escurridiza. Estoy seguro de que trata de encubrir a su hijo. Hasta el

momento es la única persona que miente y quizá debamos tirar del hilo comenzando por él».

Consideré acertadas las impresiones de Zarco tras su conversación con Alberto Torres. A mí me había provocado la misma sensación. Parecía reticente y que trataba de encubrir a su hijo, pero el problema seguía siendo el mismo: ¿cómo conseguir que reconociera su mentira después de transcurridos dieciséis años si la Guardia Civil no lo consiguió en su momento? Si no encontrábamos otra prueba iba ser difícil acusar a Jordi, aunque de nuevo los indicios lo señalaran como culpable. Si su padre trataba de protegerlo, de facilitarle una coartada, debía ser porque lo consideraba el causante. Nadie mentía de forma gratuita.

Miércoles, 30 de octubre de 2019

Por la mañana me llegó la tercera grabación de Zarco. Contenía la entrevista con Pablo, sospechoso inicial al ser el último que estuvo con Fiona la tarde de su desaparición y cuyas posibilidades de autoría habían ganado enteros en mi mente con las revelaciones que hiciera Marisa sobre el suicidio de la novia de aquel. Pulsé el botón de «Inicio» y traté de escuchar con la máxima atención. En primer lugar, sonó la voz de Álex Zarco:

ZARCO: «Buenos días, mi nombre es Álex Zarco. ¿Es usted Pablo Bermúdez?».

La voz del detective sonaba despreocupada, como quien pregunta la hora o por una dirección a un extraño con el que se cruza por la calle.

PABLO: «Sí, soy yo».

Respondió con cierto recelo, supuse que imaginándose a un agente comercial de una compañía de seguros o telefónica. Aunque estos suelen telefonar en lugar de abordarte a la salida de tu casa o del trabajo.

ZARCO: «Soy detective privado y estoy investigando la muerte de Fiona Clark».

PABLO: «Ya se lo dije a los policías en su día: no sé nada de ese asunto».

La voz de Pablo sonó tajante y Zarco mostró un tono conciliador.

ZARCO: «Lo sé. Pero ¿no le gustaría ayudar a descubrir quién fue?».

PABLO: «Lo he deseado toda mi vida. Que descubrieran al culpable y la gente se olvidara de mí. No ha ocurrido así. Y cada uno pensará una cosa; que fui yo, que fue su novio, ¡quién sabe!».

ZARCO: «Ayúdeme. Ha estado viviendo fuera de Ibiza durante algunos años, ¿no?».

PABLO: «Sí. Tuve que irme. No aguantaba a la gente murmurando y pensando mal sobre mí».

ZARCO: «¿Y no cree que irse de Ibiza le señalaba aún más como culpable?».

PABLO: «Me la traía floja. Con tal de ir a un sitio en el que no me conociera nadie, ya me valía».

ZARCO: «Usted, según he leído, tenía novia en aquella época».

PABLO: «Sí. Y vino conmigo a Asturias».

ZARCO: «¿Siguen viviendo juntos?».

Preguntó Zarco, inocente.

PABLO: «No. Ella falleció el año pasado».

ZARCO: «Lo siento. Tan joven. ¿Algún accidente?».

PABLO: «Sí. Un accidente. ¿Qué cojones tiene esto que ver con Fiona?».

Respondió irritado, como queriéndose quitar a Zarco de encima. El detective cambió el tema de conversación.

ZARCO: «¿Conocías a Jordi, el novio de Fiona?».

PABLO: «Sí, claro. No éramos íntimos, pero le conocía. Él era mayor que nosotros y estaba estudiando en Barcelona».

ZARCO: «¿Qué impresión tenías de él?»

PABLO: «No sé. Era un tipo que no se relacionaba mucho con el resto de amigos de Fiona. Era un año mayor y estudiaba Derecho. Todos pensábamos que era un poco creidito y nos miraba con desprecio, como si estuviera un peldaño por encima de nosotros, no sé, como si no le interesáramos y solo nos soportara por ser amigos de su novia».

ZARCO: «¿Crees que pudo tener algo que ver con el asesinato de Fiona?».

Hubo unos segundos de pausa antes de que se escuchara la respuesta.

PABLO: «Ni idea. Mis amigos lo consideraban el sospechoso número uno, pero creo que fue por lo que publicaron los diarios y lo que comentaba la gente. Todos pensábamos que estaba muy enamorado de Fiona. No sé qué pensar».

Otra breve pausa, como para coger aire o pensar sus palabras, y continuó hablando: «Aunque ya se sabe que cuando alguien está muy enamorado puede convertirse en obsesión. Y del amor se pasa al odio en un periquete. No sé qué pensar. A mí también me consideraron sospechoso. ¡La gente! ¡Vaya mierda!».

ZARCO: «Alguien me comentó que tu novia se suicidó».

Escuché que el detective dejaba caer aquella bomba con naturalidad. A mí me pilló desprevenido y se me aceleraron las pulsaciones. Se hizo un silencio de mayor duración que los anteriores. Para Pablo Bermúdez la impresión debió ser mayor que para mí y le imaginé mirando a Zarco con hostilidad.

PABLO: «¡¿Qué pretende?! ¡Hace un momento fingió no saber nada de mi novia y ahora me dice que ha oído que se suicidó! ¿Intenta echar más mierda sobre el asunto? ¡Estoy hasta los cojones de todos ustedes! Los que no tienen ni idea de nada y opinan de todo...».

Saltaba a la vista que Pablo había perdido los papeles y pensé que su actitud hostil no iba a proporcionar ninguna respuesta. ¿Había pretendido Zarco llevarle a ese extremo o había calculado mal el resultado de su exabrupto? Hasta el momento era la única persona que se había dejado llevar por la ira, lo que también podía resultar revelador.

ZARCO (en tono conciliador): «No quería molestarlo. Si su novia se suicidó, usted no es el responsable».

PABLO: «¿Y por qué me preguntó por ella si ya sabía lo sucedido?».

ZARCO: «A veces, las informaciones que recibimos no son exactas, hay que verificarlas».

PABLO: «Pues sí, se suicidó. Ahorcamiento, por si le interesa. La policía de Oviedo me interrogó. Supongo que pensarían que al ser su pareja era el sospechoso número uno. Pero no todos los hombres somos asesinos».

Pensé cuantas probabilidades existirían de que en la vida de una persona ocurrieran, por pura casualidad, dos sucesos trágicos de estas características. Seguí escuchando la voz de Pablo:

«En el momento del suicidio, yo estaba con un amigo tomando una cerveza».

ZARCO: «No interprete mal mis palabras. No quería decir que usted fuese sospechoso. Era solo un dato que tenía que comprobar».

PABLO: «¡Son todos iguales! ¡Menuda chusma de mierda! Los que investigaron la muerte de la pobre Fiona en su momento y los que la han intentado investigar después para colgarse una medalla. No crea que es usted el primero que viene a tocarme los cojones. Han venido periodistas, investigadores. Y al final, nadie ha descubierto nada. El asesino les ha tomado el pelo a todos».

La grabación con la conversación entre Zarco y Pablo Bermúdez se cortaba ahí. No significaba que no hubieran hablado algo más. Quizá algunas palabras de disculpa o de despedida por parte del detective que no aportaban ningún dato a la investigación en curso.

Como era también costumbre, recibí otro archivo de voz con la opinión de Zarco: «Hola, Paco. Te envío mis impresiones, como siempre. Hay cosas que no se aprecian en un audio, como los gestos, las miradas. Es cierto que es muy sospechosa la coincidencia de dos muertes de mujeres jóvenes con las que Pablo tuvo relación, pero, como siempre, llegamos a un callejón sin salida. Está claro que tuvo tiempo de despedirse de Fiona y luego interceptarla en otro punto del recorrido, o esperarla cerca del portal de la chica y abordarla a su regreso. Sabemos que ella estuvo un rato en un bar. Ahí es donde se pierde la pista. Parece casi seguro que no quedó allí con Pablo, ya que se acababa de despedir de él. Y fíjate que digo «casi seguro», porque no quiero dar nada por seguro en este caso. Sin embargo, hay una frase que me ha llamado la atención, cuando ha dicho que el asesino nos ha tomado el pelo a todos. Daba la sensación de que se jactaba de su inteligencia, de haber evitado ser descubierto por todo el aparato policial y judicial. Bueno, estas son mis impresiones. Solo me queda hablar con el sospechoso principal. No quiero adelantar acontecimientos, pero tengo una ligera idea de cómo pudieron ocurrir los hechos. Tengo que confirmarla».

Otro vuelco de corazón. ¿Zarco tenía una hipótesis? ¿Se iba a esclarecer el crimen después de dieciséis años? Resistí las ganas de marcar su número de teléfono y pedir que me informara de una

forma concreta sobre cómo pensaba que podía haber sucedido el crimen y, por supuesto, quién consideraba que pudiera ser el autor. ¿Pablo, con quién había hablado ese mismo día? ¿Jordi, cuyo padre se empeñaba en encubrirlo? Las apuestas parecían igualadas. Sabía que Zarco no era amigo de baladronadas ni le gustaba fantasmear, por lo que si decía que tenía una idea de cómo pudieron ocurrir los hechos, aunque la matizaba con el adjetivo «ligera», yo confiaba en que pudiéramos resolver el crimen. Un cosquilleo de satisfacción me recorrió la espina dorsal, mezclado con presentimiento adverso que no sabía explicar, como el presagio de una desgracia o la amenaza de un infortunio.

Jueves, 31 de octubre de 2019

—¡Vaya!, ¿no eras tú el que escribió eso de que el amor está sobrevalorado o la vida en pareja está sobrevalorada? —me preguntó Raúl con tono de burla mientras tomábamos una cerveza en la terraza del Donibane.

—Y es cierto que lo pensaba, pero ya ves, estoy dispuesto a reconocer mi error. El amor es el único sentimiento capaz de sacar lo mejor de una persona. Al menos en mi caso es así. ¿Sabes?, cuando te enamoras y eres correspondido, olvidas esas inseguridades que tenemos todos los humanos, te sientes pletórico, capaz de comerte el mundo.

—Vaya, no pareces el Paco de hace unos meses. Sí, quizá te hacía falta volver a enamorarte. Desde que estuviste con Tanya no te había vuelto a suceder, creo.

—Crees bien. Tanya fue mi último amor y, una vez que cumplí los cincuenta, estaba convencido de que eran sentimientos propios de una época ya pasada. Olga me ha despertado la ilusión y me ha demostrado que soy capaz de sentir el cosquilleo y la emoción del amor. En resumen, que la vida no se acaba a los cincuenta.

—Es curioso que el último amor de ambos fueran chicas rusas —Raúl se refería a Irina, de quien se había enamorado mientras investigábamos el asesinato de su marido—. Bueno, en tu caso habría que decir el penúltimo amor.

—Sí, la vida está llena de casualidades. ¿Sabes algo de Irina?

—No. La última vez que hablé con ella me dijo que pensaba marcharse de Ibiza e instalarse en otra ciudad, quizá París. Me ha costado mucho quitármela de la cabeza. Pensé a menudo que me

había comportado como un idiota por mi desconfianza. Quizá tendría que haberlo apostado todo por nuestra relación. No sé. Si hubiera visto una señal, por pequeña que fuera de que aún sentía algo por mí, me habría arriesgado... pero no vi nada, salvo una fría indiferencia.

—Era normal que te mostraras desconfiado, Raúl. Se daban todas las circunstancias para ello. Incluido el asesinato de su marido.

—En ocasiones hay que asumir el riesgo y jugársela. Es lo que has hecho tú ahora con Olga.

No entendí a qué se refería Raúl. Yo no había asumido ningún riesgo con Olga, o no tenía conciencia de ello. Entre ella y yo percibía esa química que se da entre dos personas, me sentía atraído y quería estar junto a ella, casi la necesitaba. Y notaba que ella sentía la misma atracción.

—El otro día, cuando nos despedíamos, me soltó una frase que me descolocó —dije, cortando el vuelo a mis pensamientos y recuperando el pragmatismo. Quería saber la opinión de mi amigo—. Me aconsejó que no siguiera investigando el caso de Fiona. No sé si con estas palabras, pero el sentido era este...

—Me parece lógico. Quizá piense que, según lo que averigües, vuestra relación se puede ir al traste. Imagina que descubres una prueba sobre la implicación de su hijo.

—Ella mantiene su inocencia y, cuando lo dice, yo creo que está convencida. Sin embargo, no sé cómo explicarlo, me da la impresión de que sabe algo más y que, por algún motivo, no quiere que salga a la luz.

—¿Por qué no le preguntas a ella directamente? Exponle tus dudas, a ver qué te responde.

—Sí, podía ser una opción. Aunque tampoco quiero forzar las cosas y que acabemos distanciándonos por algo que, en el fondo, es ajeno a nosotros dos.

—¿Y no has pensado mandar la investigación a paseo? Total, el crimen está prescrito, y para escribir una crónica de lo sucedido puedes usar tu imaginación como hiciste en tus dos novelas anteriores.

—Esto es distinto, Raúl. No sé cómo explicarte esta sensación de estar a punto de descubrir a un asesino que se ha ocultado durante dieciséis años y que no ha pagado por su delito. Y, aunque sé que no irá a la cárcel, hay otras formas de pagar. Muchas de las personas relacionadas con este caso se han visto salpicadas. Y que saliera la verdad a la luz ya sería suficiente. Los padres de Fiona, por ejemplo, se sentirían mejor. Y aquellos que fueron sospechosos sin motivo.

—Pero ¿has descubierto algún dato nuevo o son solo las ganas lo que te motiva?

—Zarco tiene alguna pista. En la última conversación que tuvimos, me dejó entrever algo. Quería verificar alguna información que poseía antes de darme detalles.

—¿No te dio ningún nombre?

—No. Habló de verificar datos. La única pista que tengo es que esto me lo dijo justo después de hablar con Pablo, que es quien en un inicio me pareció que podía tener alguna implicación...

—Sí, ya me contaste lo de su novia. Y parece que el cerco se estrecha. Lo que te puedo asegurar es que Zarco es bueno en su trabajo. Las dos veces que ha colaborado conmigo, o yo con él, según se mire, ha hecho un trabajo increíble, tanto en el caso Demichellis como en el de Miguel Tur.

—Sí. Y lo cierto es que no eran sencillos. Sin su intervención, lo más probable es que hubieran pasado a engrosar los archivos de casos sin resolver de la Policía de Ibiza.

Raúl levantó su botella de cerveza y la inclinó en mi dirección. Yo cogí la mía y brindé con él.

—¡Por el amor! —dijo en tono desenfadado. Y yo no supe si hablaba en serio o en broma. Levanté mi botella y brindamos.

—Por el amor —dije siguiendo la chanza de Raúl. Aunque en el fondo de mis palabras no existía el sarcasmo.

Sábado, 2 de noviembre de 2019

El fin de semana lo pasé con Olga en su dúplex de San Antonio. Por la tarde hicimos el amor. Ella conseguía el orgasmo con facilidad y lo repetía varias veces. Nuestras emociones son el mejor afrodisiaco. La mente y el corazón siempre mandan sobre el cuerpo. A veces me inyectaba una dosis de realismo y pensaba que quizá el amor incondicional que me profesaba se debía a que ella se veía cercana a la vejez y me consideraba su último tren hacia la felicidad en pareja. O una huida de la soledad.

Yo me sentía bien a su lado. Me gustaba verla sonreír, sus gestos, sus ademanes, su forma de hablar. Aunque empecé a echar el freno cuando ella me dio muestras de pretender acapararme, de exigir atención continua y limitar mi tiempo para mí mismo, que yo considero tan necesario. Un rasgo de mi carácter que supongo tuvo su peso en el fracaso de otras de mis relaciones anteriores. Quizá yo fuera una de esas personas que no saben vivir en pareja, a pesar de que la mayor parte de mi vida adulta había tenido una mujer a mi lado.

Se cubrió con un fino camisón y se dirigió a la cocina. Tenía la calefacción encendida y el ambiente era cálido y agradable para estar con poca ropa.

—¿Quieres un café? —me preguntó. Ella tomaba varias dosis de cafeína a lo largo del día. Cada uno tiene un vicio, claro. Le respondí que quería tomar un cortado con una gotita de leche. Me puse el pantalón del pijama y las zapatillas y me acerqué a la cocina.

—Me gusta mucho el sexo contigo —dije—, hacía tiempo que no disfrutaba tanto.

—¡A mí también me encanta! Ya ves, dos maduritos disfrutando como locos.

—Lo de la edad es solo un dato sin importancia. Ya te lo he dicho muchas veces. Lo fundamental es sentirse vivo, disfrutar pequeños instantes.

—¿Sabes que ayer vi a mi ex? Hacía un montón de tiempo que no lo veía. Parece que hay un detective que fue a verlo para preguntarle sobre el asunto de Fiona. Supongo que es el que me dijiste que contrataste tú para las investigaciones. Me preguntó si había venido a verme a mí. Yo le dije que no, que a mí solo había venido a verme un escritor bastante atractivo.

—Lo de atractivo me lo estarás diciendo de broma, ¿no?

—Ja, ja, ja —rio Olga—. Sí, tienes razón, no se lo dije a mi ex, lo que no quiere decir que no lo piense. —Dejó de reír y adoptó un aire sereno—. Ya te dije que mejor que dejaras el asunto de Fiona. Para mí y para mi familia fue un asunto doloroso. No solo por la muerte de la chica, sino por todo lo que vino después: las sospechas sobre mi hijo, y sobre mi marido y sobre mí como encubridores.

—Olga —respondí yo, tratando de ser conciliador y ganarla para mi causa—, me dijiste que estás convencida de la inocencia de Jordi. ¿Qué sería mejor que demostrar esa inocencia de una vez por todas? Y para ello haría falta encontrar al verdadero culpable. Zarco tiene alguna sospecha y yo confío en él. No es un fanfarrón o un hombre que le guste alardear.

—No creo que vaya a descubrir nada nuevo después de dieciséis años. Lo único que va a hacer es remover la porquería y que vuelvan a surgir las sospechas sobre Jordi. Es algo que ya daba casi por olvidado y ahora vuelve a aparecer. Es como si el fantasma de Fiona persiguiera a mi familia.

—Bueno, Zarco está a punto de concluir su investigación. —dije a modo de disculpa y aunque esta afirmación era verdad, no le dije que el único que faltaba por interrogar era Jordi, su hijo—. En un par de días todo habrá acabado y os dejaremos tranquilos ya para siempre.

—Sí, para siempre, hasta que a otro se le ocurra que puede descubrir lo que pasó o un periodista quiera recordar el caso cuando se cumplan veinte años del suceso. ¡Esto no va a acabar nunca!

Por un instante sentí lástima por Olga y un pequeño cargo de conciencia por el sufrimiento que le había provocado yo sin pretenderlo. ¿Y si telefoneaba a Zarco y le decía que lo dejara todo como estaba? Que tirara sus grabaciones y sus apuntes a la basura y nos olvidáramos del asunto. Fue un pensamiento fugaz, luego recapacité; solo quedaba una entrevista y daríamos por cerrado el caso. Con o sin resultados.

El ruido de la cafetera italiana soltando el vapor nos avisó de que el agua había subido y el olor a café recién hecho inundó la cocina.

Lunes, 4 de noviembre de 2019

Por la noche recibí el esperado audio de wasap remitido por Zarco. Sin necesidad de descargarlo, sabía que contenía la conversación que había mantenido con Jordi y fantaseé con la posibilidad de que el detective hubiera encontrado una nueva contradicción evidente y demostrable en sus declaraciones o una grieta que diera paso a una presunción más allá de la simple sospecha. Esta sensación de posible triunfo chocaba con mi inquietud sobre la manera en que el descubrimiento de la verdad, y según cual fuera esta, afectaría a mi relación con Olga.

Zarco en su informe me proporcionaba un dato que ya conocía de boca de Catalina Riera: Jordi Sanchís alteró el orden de sus apellidos al poco de que sus padres se separaran, poniendo en primer lugar el de su madre. Había acabado la carrera de Derecho y ejercía la abogacía en Ibiza. Se había especializado en la rama penal y, según Raúl, no lo hacía mal. Viniendo de mi amigo, esta expresión contenía un piropero, ya que no regalaba elogios entre sus compañeros de profesión y solía quejarse de la incompetencia de sus colegas.

Toqué con el dedo la punta de flecha del wasap y se inició la reproducción. Había sonido de fondo, como en otras ocasiones, lo que indicaba que la entrevista había tenido lugar en la calle, aunque Zarco no indicaba el lugar exacto. Posiblemente lo especificara en su informe final, ya que me constaba su meticulosidad.

ZARCO: «Buenos días».

JORDI: «Bu-buenos días».

Respondió Jordi, con un ligero tartamudeo. Tras un pequeño silencio que quizá buscaba despertar curiosidad u otra reacción en

su interlocutor, Zarco añadió:

«Soy detective privado y estoy investigando el asesinato de Fiona Clark».

JORDI: «No-no sé nada de ese asunto. Ya se lo dije en su día a la Guardia Civil. ¡No sé nada de lo que pasó! ¡Déjeme en paz!».

Aunque la voz de Jordi sonaba con aplomo, se trababa al iniciar las frases. Le costaba arrancar.

ZARCO: «Usted fue el principal sospechoso, ¿no le gustaría que se descubriera al verdadero asesino de una vez por todas?».

En este momento dudé si Zarco estaba convencido de que Jordi no había matado a Fiona y por ello hablaba a Jordi de descubrir al verdadero culpable. También cabía la posibilidad de que señalara en otra posible dirección solo para que su interlocutor se relajara y continuara una conversación que parecía incomodarle y que quería zanjar de prisa.

JORDI: «¿Cre-cree que a la gente le importa la verdad? ¡La verdad no les importa! Quieren a un culpable a toda costa, al primero que caiga. Y ese fui yo. ¿Sabe? Me ofrecí voluntario para dar muestras de ADN. Ningún juez lo acordó. Yo solito me presenté en el cuartel de la Guardia Civil y les dije que tomaran muestras. ¿Cree que si tuviera algo que esconder me presentaría voluntariamente?».

Quizá fuera inocente después de todo o más listo de lo que pensábamos y sabiendo que no habían encontrado muestras de ADN en la escena del crimen debido al tiempo transcurrido hasta el hallazgo del cadáver, las lluvias caídas y la mala recogida de pruebas por parte de la Policía científica, se había presentado voluntario para facilitar unas muestras que a la postre resultarían inservibles por carecer de una evidencia con la que contrastarla.

ZARCO: «Por eso mismo se lo estoy diciendo, confío en su inocencia y la información que me facilite podría ayudarme a sacar la verdad a la luz», Zarco continuaba con el tono empático de su discurso. «Quizá me pueda facilitar algún dato del que ni usted mismo sea consciente de lo útil que puede resultar».

Tras un breve silencio en el que imaginé a Jordi Sanchís decidiéndose por seguir la conversación o largarse, habló.

JORDI: «Mi-mire, a mi esa historia me perjudicó mucho en su momento y me podría volver a perjudicar. Nadie quiere saber nada de un sospechoso de asesinato. Aunque se trate de un sospechoso al que no incrimina ninguna prueba, sino meras suposiciones y las ganas de los guardias civiles de colgarse una medalla. Si le parece, hacemos una cosa: hablaré con usted ahora y luego se irá y no me volverá a molestar.

ZARCO: «Se lo garantizo. No le volveré a molestar».

JORDI: «Bien, ¿qué quiere saber?».

ZARCO: «¿Cómo era la relación entre Fiona y tú? ¿Teníais planes de futuro? ¿Habíais hablado de ello?».

JORDI: «E-e-éramos muy jóvenes. Yo estaba muy enamorado, venía cada fin de semana desde Barcelona solo para verla. No habíamos planeado el futuro, pero mi idea era casarme con ella. Su muerte fue un *shock* para mí. Luego la gente decía que yo estaba raro. ¡No te jode! ¡Habían matado a mi novia!».

ZARCO: «Según he oído, os peleasteis unos días antes de que Fiona desapareciera».

Me di cuenta de que Zarco pasaba al tuteo, quizá más acorde con el tono de confianza que adquiriría la conversación

JORDI: «Sssí».

No fue un «sí» rotundo. Alargó la ese inicial como si dudara, como si le costara trabajo que la afirmación saliera de su boca. Yo no sabía si consecuencia de su tartajeo o de su reticencia a responder.

ZARCO: «¿Cuál fue el motivo de la discusión?».

JORDI: «Un poco lo de siempre. Yo quería mucho a Fiona y a ella le gustaba tontear con otros chicos. Eso hacía que me subiera por las paredes. Le había visto sonreír a un chico que la saludó, pero no era una sonrisa normal, sino una sonrisa cómplice, como si hubiera algún secreto entre ellos, no sé explicarlo. Yo conocía a Fiona...».

ZARCO: «Lo entiendo».

Pequeña pausa.

ZARCO: «¿Y sabes por qué te telefoneó el día de su desaparición?».

El detective no preguntó de forma directa si él había contestado a la llamada de Fiona, quizá para que Jordi pasara por alto el verdadero objeto de la pregunta. Zarco mantenía su actitud amistosa. Cuando solo interroga uno es mejor ser el poli bueno.

JORDI: «No lo sé. No tengo ni idea de qué quería. Fue mi padre quien habló con ella. Cuando la Guardia Civil me dijo que había llamado a mi casa, yo fui el primer sorprendido. Cuando discutíamos, Fiona nunca daba el brazo a torcer, esperaba que fuera yo el que pidiera perdón. Incluso pensé que podía tratarse de un truco de los guardias civiles. Luego mi padre confirmó que se recibió la llamada en casa y que él cogió el teléfono».

ZARCO: «¿Qué tal te llevas con tu padre?».

JORDI: «Se podía decir que no muy bien, nos vemos poco. Siempre ha sido un hombre muy distante. Cuando se divorció de mi madre, yo me quedé a vivir con ella. Yo ya tenía diecinueve años y sabía entender las cosas. Sabía por qué mi madre había decidido divorciarse de él. Siempre fue un putero».

Estas afirmaciones coincidían con lo que Olga me había comentado de los motivos de su ruptura. El calificativo empleado por Jordi parecía mostrar el concepto que tenía de su progenitor.

ZARCO: «¿Y con tu madre?».

JORDI: «Mu-muy bien. Ella sufrió mucho con la muerte de Fiona y todo lo que ocurrió después. Al poco se divorció de mi padre. Y yo estuve varios años sin apenas pisar la isla. Solo lo imprescindible. No es que nos veamos a menudo; procuro llamarla de vez en cuando o quedo algún día para comer con ella. Pero no sé esto qué relación puede tener con el asesinato de Fiona».

Jordi había expresado en voz alta las palabras que estaban cruzando por mi pensamiento. Quizá Zarco me aclarase qué pretendía saber con estas preguntas. Tal vez buscaba que su interlocutor se relajara y colar entonces una pregunta con intención. «Entre col y col, una lechuga», que diría el refranero.

ZARCO: «Después del tiempo que ha pasado, ¿tienes alguna idea de qué pudo ocurrirle a Fiona?».

JORDI: «Mi-mire, pensé mucho en el caso. Yo amaba a Fiona y cuando murió, su pérdida me hundió. La gente me veía triste, irascible, raro, y les dio por acusarme de algo que no hice. En aquel

momento, esto era lo que menos me preocupaba, mi pesadilla era haberla perdido para siempre, saber que nunca la volvería ver... Y, claro, su trágica muerte».

Un breve silencio. Zarco no habló y Jordi continuó. Se trababa cuando empezaba a hablar, pero luego seguía de carrerilla.

JORDI: «Pensé que pudo tratarse de alguien que intentó abusar de ella, que la cosa salió mal y la mató. Según los forenses y los diarios, no existió agresión sexual. Luego, mis dudas y resquemores se dirigieron a los otros dos sospechosos: a su profesor de gimnasia y a Pablo, que fue el último que la vio viva. Con el paso del tiempo, estas sospechas se fueron desvaneciendo. Quizá yo trataba de buscar a un culpable para focalizar mi dolor y mi rabia en él; a la postre no saqué nada en claro, solo di palos de ciego, como los policías que investigaron el caso».

ZARCO: «¿Recuerdas algún detalle que te llamara la atención en aquella época? ¿Algo fuera de lo normal o alguien que actuara de forma diferente a como solía hacerlo?».

JORDI: «No. Ya le digo que yo no estaba centrado. No recuerdo nada fuera de lo normal. Tampoco estaba en condiciones de fijarme en pequeños detalles».

ZARCO: «Ha sido de mucha ayuda. Y, como dijimos al principio, no le molestaré más».

JORDI: «Espero que averigüe algo».

El archivo con el audio concluyó con las palabras de Jordi. Mientras lo reproducía, había recibido otro wasap de Zarco con otra grabación. Lo escuché.

«Hola, Paco. Como habrás visto, más que las posibles pistas que me pudiera facilitar Jordi, he tratado de comprobar si podía ser sospechoso del crimen y tengo que reconocer que estoy como al principio, aunque, como ya te dije, hay una idea que va tomando forma en mi cabeza. Tengo que realizar algunas comprobaciones antes de adelantar mis conclusiones».

Miré mi teléfono móvil para ver la hora. Indicaba las 22:34. Demasiado tarde para telefonar a Zarco, esperaría al día siguiente por la mañana. Necesitaba hablar con él y que me informara hacia donde dirigía sus sospechas. Parecía que estábamos como al principio, aunque Zarco no era de los que lanzan faroles y, si tenía

una sospecha, podría cuajar en breve; sin embargo, yo desconocía el rumbo que tomaban las conjeturas del detective.

Martes, 5 noviembre de 2019

A la mañana siguiente recibí una visita inesperada en mi despacho. Marta, la jueza del Juzgado de Instrucción número 1, apareció con un café en un vaso de cartón.

—Hola —saludó desde la puerta—. ¿Estás ocupado?

—No, pasa —Me levanté y nos dimos dos besos en la mejilla a modo de saludo. Marta y yo habíamos frecuentado el trato, junto con otro grupo de amigos, hacía muchos años y, aunque nunca fuimos íntimos y ahora apenas nos veíamos fuera del juzgado, manteníamos una relación de cierta confianza.

—Acabo de ir a la máquina de café y se me ha ocurrido hacerte una visita —dijo, justificando su presencia.

—Perfecto —respondí—. Me alegro de verte.

Tras unos breves comentarios sobre lo bien que estaba mi nueva oficina, a pesar de lo pequeña, alguna pregunta sobre si había visto a tal o cual amigo, y si estaba escribiendo algo, a lo que contesté con evasivas, salió el motivo que la había llevado a mi despacho.

—Me han dicho que estás investigando el caso de Fiona Clark. ¿Piensas escribir sobre el tema?

—¿Quién te lo ha dicho? —respondí con una pregunta.

—No lo puedo contar, ¿es cierto? —contraatacó.

—Sí, me pareció una idea original investigar un caso real y reflejar los pasos en una novela.

—Desde luego, no puedo decirte lo que tienes que hacer, pero conozco a alguna de las personas que estuvo relacionada con este asunto y creo que mejor sería que lo dejaras correr. No vas a sacar nada en limpio y sí vas a remover los sentimientos de muchas personas, en especial de los familiares de la muchacha.

—Bueno, creo que ya hemos acabado las entrevistas. Solo me queda ordenar la información y tener una charla con el detective que me ha ayudado.

—Pero si escribes sobre el tema y lo publicas, puedes hacer igual de daño.

—Mi intención no es hacer daño a nadie —me justificué—. Intentaré exponer las investigaciones de una forma objetiva, aportando datos y, si incluyo alguna opinión al respecto, bien del detective o mía, dejaré claro que lo es.

—Sí, Paco, no dudo de tu criterio. Solo quería darte otro punto de vista por si no lo habías tenido en cuenta. ¿Tienes una papelera? —preguntó mientras cogía el vaso de cartón y se levantaba de la silla.

—Sí —me levanté y tendí la mano para que me pasara el vaso.

Nos despedimos y permanecí pensativo. Solo Ballesteros, Zarco y yo, además de las personas implicadas, conocíamos el objeto de mis investigaciones y no creía que Raúl o Zarco le hubieran dicho nada del tema a Marta. Ergo se lo había contado alguno de los implicados. Tampoco entendía qué interés pudiera tener Marta en que mi investigación no prosperara o, al menos, no hiciera públicas mis indagaciones.

A las 19:00 horas me cité con Zarco en El Garaje, un amplio y cómodo bar-restaurant sito en la calle Aragón, cercano a mi casa. Yo me hallaba con las mismas incógnitas que al principio de la investigación y esperaba que Zarco me aportase alguna luz sobre el asunto, aunque fuera en forma de hipótesis de trabajo o de mera elucubración. En ocasiones, pensaba desanimado que el asunto no iba a llegar al resultado que yo había esperado y, aunque podría plasmar las investigaciones en forma de relato periodístico, si quería escribir una novela tendría que inventar el final. Salí de mi portal y caminé los treinta metros que lo separaban de El Garaje para llegar a la hora acordada. Ocupé una de las mesas del interior, allí había menos gente que en la terraza, y pedí una cerveza a la camarera. A las 19:10 me extrañó que Zarco no hubiera aparecido, ya que la puntualidad para él llegaba al grado de obsesión. Solía presentarse a las citas incluso antes de la hora acordada.

Quince minutos después pedí mi segunda cerveza y decidí enviarle un wasap para recordarle nuestra cita, aunque daba por seguro que él no se había olvidado y quizá un imprevisto de última hora motivaba su retraso. También pensé que, en caso de que no pudiera acudir, me habría avisado del contratiempo. Escribí en la pantalla de mi móvil: «Álex, estoy en El Garaje», y envié el mensaje. A las 19:30 comprobé en mi teléfono que había recibido el mensaje, ya que aparecían las dos rayitas, pero no se habían teñido de azul, lo que indicaba que no lo había leído. Decidí telefonearlo.

—¡Diga! —respondió una voz de mujer.

—¿Álex? —pregunté.

—Álex no se puede poner en este momento. ¿Qué quería?

—Había quedado en que nos veríamos esta tarde...

—¿Es usted un cliente?

—Sí —respondí con cierta duda.

—Veo, por el nombre que ha salido reflejado en la pantalla, que es usted Paco Marín...

—Sí.

—¿Podía usted pasar por la comisaría?

—¿Qué? —A pesar de haber escuchado las palabras con claridad, formulé la pregunta de pura estupefacción.

—Por la comisaría de Ibiza. Pregunte por la inspectora Ferrer. Le estaré esperando.

—¿Ha ocurrido algo?

—Cuando venga le informaremos.

La comisaría no quedaba lejos de El Garaje. Tenía que ir hasta el final de la avenida Isidoro Macabich, cruzar el puente y ya estaba. Diez minutos caminando sin prisa. Pagué las cervezas y me dirigí hacia allí. ¿Qué coño había pasado? ¿Habían detenido a Zarco? Quizá alguno de los implicados lo había denunciado por acoso o algo así. Yo sabía que un detective privado no podía investigar delitos perseguibles de oficio, pero este caso estaba prescrito y cerrado hacía mucho tiempo para los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado, por lo que no se estaría entrometiendo en una investigación. Deduje que la posible detención de Zarco debía estar relacionada con el caso de Fiona, ya que, de lo contrario, no

tendría ningún sentido que la inspectora Ferrer quisiera verme. En fin, pronto saldría de dudas. Caminé a un paso más rápido de lo acostumbrado y llegué a la comisaría. Crucé el *hall* y pregunté a un policía que estaba detrás de un mostrador por la inspectora Ferrer. Me indicó que su despacho estaba en la primera planta, la tercera puerta a la derecha según subía las escaleras.

Llamé a la puerta, que se hallaba cerrada, y la misma voz que había escuchado al teléfono me indicó que pasara.

—Adelante —escuché al otro lado de la puerta. La abrí y me asomé. Vi a una mujer alta y delgada, con el pelo rubio recogido en una coleta. Rondaría los cuarenta y poseía cierto aire masculino, quizá por la necesidad de mimetizarse con un entorno de predominancia varonil. Se levantó de su silla en un gesto de educación y me invitó a sentarme al otro lado de la mesa de su despacho. A pesar de su amabilidad, su semblante permanecía serio.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté.

—Si no le importa, señor Marín, le haré unas preguntas y luego le explicaré qué es lo que ha ocurrido.

—Bien. Pero no acabo de entender por qué estoy aquí...

—No se preocupe, se lo explicaré. —Su tono era afable pero no estaba exento de autoridad, como cuando se dice algo a un niño pequeño. Sin solución de continuidad, preguntó—: Me dijo usted que era cliente de Álex Zarco. ¿Por qué lo contrató? ¿Qué es lo que quería averiguar?

—Soy escritor —respondí con calma—. Había decidido escribir una novela o un artículo largo sobre el crimen de Fiona Clark, no sé si lo recuerda.

—Sí, claro. Fue muy mediático. Uno de los casos que quedó sin resolver en la isla. ¿Le dijo el detective si tenía que verse hoy con alguna persona relacionada con ese caso?

—No. Se había citado conmigo esta tarde, a las siete, para entregarme el informe y comunicarme alguna de sus impresiones.

—Sí. Encontramos el informe al que se refiere en su despacho.

—No entiendo, ¿han hecho un registro en el despacho de Zarco? ¿Ha ocurrido algo?

—No ha sido un registro. Entramos después de descubrir el cadáver...

—¿Cadáver?! —pregunté atónito—. ¿Qué cadáver?

—Álex Zarco ha sido asesinado esta tarde, a las 16:30. Por lo que me ha dicho, se disponía a verle a usted al cabo de unas horas.

No me lo podía creer. La muerte es así. A veces viene de repente y se lleva a alguien sin previo aviso. Algún conocido, algún amigo, algún familiar. Ahora estás y al rato siguiente dejas de estar entre los vivos. Puede ser un accidente de tráfico u otro suceso. No te previene con una enfermedad o un ingreso en el hospital y a uno siempre se le queda cara de no entender lo ocurrido. Esa cara debía tener yo.

—En su despacho encontramos un sobre con información escrita sobre el caso de Fiona Clark y un dispositivo USB con varios audios que contenían entrevistas. Lo hemos revisado todo y no parece que alguien relacionado con este caso tuviera motivo para matar a Zarco. Quizá su muerte esté relacionada con alguna otra de sus investigaciones.

—¿No había unas conclusiones al final del expediente? —pregunté recordando que Zarco me había hablado de alguna sospecha cuya identidad no llegó a desvelar.

—No. Solo están las entrevistas y sus transcripciones, aparte de datos sobre la fecha, lugar y hora en que se celebraron. No hay conclusiones.

Pensé que quizá Zarco pretendiera informarme de viva voz aquella tarde sobre sus conjeturas. Al fin y al cabo, sin pruebas concluyentes no podía arriesgarse a reflejar suposiciones en un expediente que pudiera llegar a las manos de cualquier persona.

—A ver —prosiguió la inspectora Ferrer con un suave tono de voz—, explíqueme con todo detalle en qué consistió su investigación.

Relaté lo sucedido desde el inicio y aporté más información de la necesaria. Cualquier detalle podía tener relevancia. Le hablé de mi trabajo en la Oficina de Asistencia a las Víctimas del Delito y por qué había empezado a considerar que Pablo pudiera estar implicado en la muerte de Fiona. Cómo contacté con Zarco para que localizara a las personas vinculadas con la investigación. Las entrevistas que

celebré con los testigos y por qué, cuando empecé a acercarme a los sospechosos, decidí dejarlo en las expertas manos de Zarco. Le conté todo lo que recordaba, salvo que yo me había liado con una de las personas relacionadas indirectamente con el caso, Olga Sanchís.

—¿Cómo lo mataron? —pregunté.

—Al parecer dos disparos a quemarropa en la puerta de su agencia de detectives. No hay testigos. Algún vecino afirma que oyó las detonaciones de los disparos sobre las 16:30, por eso hemos fijado la muerte a esa hora. Pensamos que no es un asesino profesional. De ser un sicario, habría utilizado un silenciador y habría recogido los casquillos. Los vecinos no pueden precisar ningún detalle más. Cabe la posibilidad de que Zarco conociera al asesino, ya que abrió la puerta de su oficina. Esto no pasa de ser una mera suposición, claro. Al fin y al cabo, estaba en su despacho profesional que es un lugar abierto al público.

»Todo indica que el asesino no entró en la oficina, a pesar de que la puerta estaba abierta. Los papeles de Zarco estaban ordenados, los cajones cerrados, ningún objeto fuera de lugar.

—Si fuera alguien que pretendía evitar ser descubierto, ¿no sería lógico que hubiera echado un vistazo en el despacho de Zarco? Al menos, por encima.

—No se sabe. Tal vez quería escapar lo más rápido posible, antes de que algún vecino se asomara al rellano para curiosear. Tampoco podemos descartar que se trate de alguien ajeno a un caso actual, alguien a quien perjudicó Zarco en el pasado y que buscara vengarse del detective.

Esta hipótesis de la venganza a tiros no me convencía, pero permanecí en silencio. Agradecí a la inspectora Ferrer que me facilitara tanta información, ya que no estaba obligada a ello. Supongo que lo hizo en correspondencia con mi actitud colaborativa. Yo no me había escondido nada (salvo lo de Olga) y ella lo había percibido.

—También encontramos un folio en el que aparecían los nombres de los tres que fueron sospechosos del crimen de Fiona. Junto al nombre de Jordi está escrita la letra *D* y la palabra *NO*;

junto al nombre de Miquel y junto al de Pablo, aparecía la letra Z. ¿Sabes qué significa?

—Ni idea —respondí, aunque mi cabeza empezó a elucubrar. A simple vista, parecía que el NO descartaba a Jordi. ¿La Z señalaba a los otros dos? ¿Qué significaba? ¿Qué tenían en común Pablo y Miquel? Por otro lado, si el asesino fue uno de los tres, el único que se diferenciaba del grupo era Jordi y la negación podía significar que careciera de coartada o de otro elemento que implicara su inocencia. Por lo que, *a sensu contrario*, sería el señalado.

—En cualquier caso, tenga usted cuidado —dijo la inspectora—. Todavía no sabemos qué hay detrás de este asunto y, si se tratara de alguien relacionado con el caso de Fiona, bien podía tenerle enfilado también a usted.

—Si pretendía meterme miedo, lo ha conseguido.

—Solo pretendía prevenirle para que esté atento. ¿Quiere que le acompañe un agente hasta su domicilio?

—No, no hace falta —respondí automáticamente.

—Este es mi teléfono móvil. —Me tendió un pósit en el que había garabateado su nombre y un número de nueve cifras que comenzaba por un 6—. Si se acuerda de algo no dude en llamarme.

De vuelta a mi casa, iba pensando por qué cojones le había dicho a la inspectora que no necesitaba que me acompañara un policía. Eran las nueve y media de una noche oscura, sin luna. La iluminación en la avenida Isidoro Macabich era buena, una luz blanca que permitía ver con claridad, pero en cuanto enfilé por las calles perpendiculares hacia la calle Aragón, la luz de las farolas, difuminadas por una ligera neblina, se tornó amarillenta y mortecina. Había pocos transeúntes y, de cuando en cuando, giraba la cabeza para asegurarme de que no me seguía nadie. Escuché el ruido de una moto y me di la vuelta, preparado para emprender la huida; se trataba de un repartidor de pizzas. Me faltaba cruzar una de las calles y estaría en mi portal. Escuché otro ruido de motor y a cierta distancia divisé una *scooter* que se acercaba a bastante velocidad. El conductor iba cubierto por un casco integral y vestía un anorak negro. En la mano derecha, con la que manejaba el acelerador, me pareció distinguir un objeto. No sé si fue fruto de mi imaginación, el

objeto me pareció una pistola. No estaba para plantearme cosas. Comencé a correr a toda velocidad los pocos metros que me separaban de mi portal. Por suerte la puerta permanecía abierta. Mientras subía las escaleras del primer piso escuché que la moto pasaba de largo. Abrí la puerta de mi vivienda y la cerré con llave. Me metí en mi dormitorio y telefoneé a la inspectora Ferrer. Antes de que se estableciera la llamada, pulsé el botón para colgar. Al fin y al cabo, no había visto nada que pudiera denunciar. Había visto acercarse a un hombre conduciendo una moto y el pánico se había apoderado de mí.

Viernes, 8 de noviembre de 2019

El velatorio de Zarco en el tanatorio de Pompas Fúnebres Ibiza fue poco concurrido y, salvo por la muerte del detective, que era el hecho que nos reunía allí, lo calificaría de agradable. Habían venido Tanya, mi ex, y su actual pareja, Raquel López Demichellis, que fue compañera de facultad y buena amiga de Álex Zarco. Ambas lucían una resplandeciente treintena que auguraba una esplendorosa madurez. Yo me hallaba hablando con Raúl y con Olga, quien, ante mi sorpresa, había aceptado acompañarme al tanatorio. También habían asistido los cuatro detectives que trabajaban para Zarco, Xicu (el *hacker* que colaboraba con la agencia de detectives) y el secretario, que formaban un corrillo aparte, y un par de octogenarios, que imaginé debían ser vecinos o amigos de los difuntos padres de Zarco. El detective había sido hijo único y los familiares más cercanos eran una tía y sus dos hijos, quienes apenas mantuvieron relación en vida con el detective, que se hallaban sentados en unas sillas en una esquina de la sala. El féretro con el cuerpo se hallaba en el centro. A través del cristal se podía ver al detective vestido con traje y corbata y con la cara maquillada para evitar la lividez cadavérica. Cuando aparecieron por la puerta Tanya y Raquel las miradas de los asistentes se dirigieron en esa dirección. Se acercaron a nosotros y nos besamos en las mejillas. Les presenté a la que podía calificar como mi «novia» y no me pasó inadvertida la mirada radiográfica que intercambiaron Tanya y Olga. Entre ellas mediaban un par de décadas y yo era el punto el común. Las dos eran mujeres atractivas. Y qué felices seríamos, pensé, si nos conformáramos con nuestras virtudes y defectos y evitáramos compararnos con los demás.

—¿Vuestra niña? —pregunté a Tanya y Raquel.

—La hemos dejado con una amiga que tiene otro niño —respondió Tanya—. No pensamos que fuera un ambiente apropiado para una niña de dos años y medio.

—¿Cuándo cumple los tres? —pregunté.

—El veinte de junio —respondió Raquel con una amplia sonrisa.

Aunque mi pregunta había sido inocente, mi mente no pudo evitar hacer cálculos. Yo me había liado con Tanya a finales de septiembre de 2016, cuando apareció de improviso en la presentación de mi primera novela, y la niña había nacido el 20 de junio de 2017. O sea que, por fechas, existía la posibilidad de que fuera hija mía, como ya habíamos hablado Raúl y yo en alguna ocasión, medio en broma medio en serio. Quizá Tanya había preferido tener una hija mía antes que recurrir a un donante anónimo. Si sucedió así, no me hizo confidente y, bueno, mejor dejar las cosas como estaban.

Me dirigí al cuarto de baño a evacuar la vejiga y a la salida me encontré con Tanya e intercambiamos impresiones.

—Me gusta tu novia —dijo.

—Sí, a mí también. Lo cierto es que estoy ilusionado como no lo estaba desde hacía tiempo.

—¡Me alegro de verdad, Paco! Mereces ser feliz.

—Eso es algo que todos merecemos —respondí entre risas.

—No todos —replicó Tanya con una mueca sonriente—. Y tú lo mereces especialmente.

Nos acercamos al pequeño grupo formado por Raúl, Olga y Raquel y escuché la voz de esta última.

—¿Se sabe algo más? —Se daba por entendido que se refería a la muerte de Álex Zarco.

—No —respondí—, lo que os conté por teléfono. La Policía sospecha que puede estar relacionada con algún caso que investigaba o que investigó en el pasado. También especulan con que pudiera tratarse de alguien relacionado con el crimen de Fiona Clark, tal como os dije.

—Ahora mismo es una prioridad para la Policía de Ibiza —intervino Raúl— y también para los detectives de su agencia. Han dejado de lado sus asuntos para centrarse en el asesinato de su

jefe. En teoría no pueden investigar asesinatos, pero me consta que están recabando información sobre el suceso.

—¿Y no hay cámaras de vigilancia? —pregunté—. En las películas siempre buscan grabaciones en las cámaras de controles o cosas así y descubren algo.

—Las únicas cámaras podían ser las de Pull & Bear o del Banco Santander que se hallan próximas al edificio en el que está la oficina de Zarco, y no sé si enfocan hacia la calle. En cualquier caso, a estas cámaras solo tendrá acceso la Policía.

—Por preguntar no se pierde nada. —Me giré y vi a Ángel, uno de los detectives que trabajaba en la agencia de Zarco. Rondaba los treinta años, uno arriba o abajo. Tenía un cuerpo delgado, que se intuía atlético bajo su traje gris oscuro, y llevaba el pelo negro engominado y peinado hacia atrás.

—Hola, Ángel —saludé. Nos habíamos conocido mientras él ayudaba a Zarco en la investigación de la muerte de Miguel Tur—. ¿Qué tal?

Yo sabía que mi pregunta no tenía mucho sentido, era de las que se formulan por el mero hecho de hablar, por no permanecer con la boca cerrada.

—Pues, ya ves. Todos nos sentimos fatal. Álex era más que un jefe, era un colega y amigo, casi un hermano mayor. Queremos ayudar en lo que sea posible para atrapar a quien le mató. —Me miró a los ojos y continuó con aplomo—: Creemos que puede estar relacionado con el caso de Fiona, que es el único en el que estaba ocupado los últimos días. Sin embargo, hemos repasado la documentación escrita y los audios y el único que despierta dudas es Alberto Torres, el padre de Jordi. Parece que miente para encubrir a su hijo.

—La inspectora Ferrer, de la Policía Nacional, también opina que podría estar relacionado con el caso de Fiona —dije yo—. Zarco me comentó hace un par de días que tenía un sospechoso, pero no llegó a desvelarme su identidad y, en ese caso, creo que estamos igual que hace dieciséis años. Sospechas, conjeturas, y nada que se pueda probar.

—Sí. Aunque esto es muy reciente. Si la Policía interroga a los que fueron sospechosos en su momento, para comprobar sus

coartadas el día que mataron a Álex, creo que podrían dar un gran paso. Y si no lo hacen, lo haremos nosotros por nuestra cuenta —aseguró Ángel, tajante—. Si fue el mismo que mató a Fiona, esta vez no se va a salir con la suya.

—La inspectora también apuntó, como posibilidad, que pudiera tratarse de una venganza... —insinué; aunque no me pareciera muy creíble.

—Me inclino a pensar que fue alguien que se sentía acorralado y relacionado con el caso de Fiona, que es en el que estaba trabajando Álex en las últimas semanas. Para matar de esta manera no basta alguien cabreado, hace falta sentirse acorralado y el asesino de Fiona ya había matado con anterioridad. Álex también ayudó a enchironar a dos tipos, que quizá podrían buscar venganza, pero aún siguen presos, que yo sepa.

—Entonces, ¿qué pensáis hacer? —intervino Ballesteros, que había estado pendiente de la conversación.

—En principio, vamos a esperar que los nacionales muevan ficha —respondió Ángel—, no queremos entorpecer nada ni meternos donde no nos llaman. Ya digo que creo que el caso puede resultar sencillo si comprueban las coartadas de los que pudieran ser sospechosos en el crimen de Fiona. Luego solo se trataría de reunir pruebas. De momento, nosotros buscaremos en el ordenador de Álex, por si tuviera alguna información que no plasmó en el expediente, y preguntaremos a los vecinos del inmueble.

Ángel giró la cabeza hacia donde se hallaban la tía y los primos de Zarco y dijo en voz baja, con desprecio:

—No se preocuparon de Álex en vida, pero supongo que ahora vienen a ver si pueden sacar algo. Aunque Álex me informó que había redactado testamento y que la agencia nos la dejaría a quienes trabajamos allí...

—¡Ah! —exclamé gratamente sorprendido—. Me parece estupendo que vosotros continuéis con la agencia. A la tía le quedará el piso, que con los precios que tienen en Ibiza no es poca cosa.

Ángel y yo guardamos silencio, cada uno rumiando sus pensamientos y sacando sus conclusiones. Recordé a Zarco con tristeza. El niño raro que no se interesaba por el fútbol y a quien su

madre vestía con pantalones de tergal en lugar de vaqueros, lo que lo convertía en blanco de las burlas de sus compañeros. El joven que había padecido esquizofrenia paranoide y problemas de identidad sexual. El adulto que había encauzado su vida convirtiéndose en detective privado.

—Nunca pensé que mi vida pudiera llegar a estar rodeada de tantos crímenes —dijo Raquel. Su hermana había muerto asesinada siete años atrás y Zarco, amigo y compañero de la facultad de Psicología, que investigó y resolvió aquel caso, moría ahora en circunstancias similares. Había personas cuya vida estaba envuelta en la tragedia. Y, ahora que lo pensaba, mi vida también estaba salpicada por diversos asesinatos. El de Ana López Demichellis me llegó de forma indirecta, por mi amigo Raúl, que también intervino en la investigación de aquel crimen. Luego el homicidio de mi vecino, Miguel Tur. Y ahora Zarco, a quien conocía y con el que mantenía relación en las últimas semanas, muerto de dos disparos a quemarropa. Demasiados crímenes en la vida de una persona. Pensé en Pablo, de quien había sospechado en un inicio por una circunstancia similar.

Tanya se acercó a Raquel, la abrazó y le dio un suave beso en la nuca con gesto cariñoso. Yo me fijé en la manera en que Olga miraba a Tanya, una mezcla de admiración y odio, como si fuera una rival. En realidad, Tanya ya formaba parte de mi pasado y Olga no tenía de qué preocuparse, pero los humanos somos así, en la mayoría de las ocasiones nuestro peor enemigo es nuestra imaginación, que nos crea miedos e inseguridades.

En el umbral de la puerta del tanatorio vi recortarse una figura que quedaba en sombra contrastando con la claridad exterior. La silueta me resultó familiar y en cuanto dio un paso hacia el interior del vestíbulo reconocí a la inspectora Ferrer. Vestía un vaquero oscuro, camisa blanca y cazadora de cuero marrón oscuro. Me pregunté si no era una intromisión de la policía en la privacidad de los allegados, aunque para investigar debían inmiscuirse en la vida de muchas personas. Aquello de la tortilla y los huevos.

—Parece que no era un hombre muy popular —dijo la inspectora cuando estuvo a mi lado. Yo me había separado un poco de nuestro pequeño grupo para salir a su encuentro.

—Zarco era peculiar —dije recordando las múltiples extravagancias y manías del detective—. No se relacionaba con mucha gente.

—Bueno, era una posibilidad remota que el asesino quisiera echar un vistazo y ahora ya está descartada.

—¿Es cierto el dicho de que el asesino siempre regresa a la escena del crimen?

—En muchos casos es así. Y nos consta que, también en muchos casos, asisten al funeral... siempre que puedan pasar desapercibidos. No sería el caso aquí.

—Lo de volver a la escena del crimen lo entiendo, por si hubieran dejado alguna pista o se les hubiera pasado algo por alto, pero ¿qué sentido tiene asistir al funeral?

—No lo sé. Supongo que habría que meterse en la mente del criminal. Quizá quieran verificar lo que han hecho o el dolor que han causado o que pueden pasar desapercibidos. O simple curiosidad morbosa. O un poco de todo lo que acabo de decir.

Pensé que la mente humana es al tiempo simple y compleja, llena de certezas y contradicciones, de luz y oscuridad.

—Voy a dar una vuelta —dijo la inspectora Ferrer—. Cabe la posibilidad de que esté en un bar cercano desde el que se pueda ver la puerta de la funeraria, tomando un café con tranquilidad.

—Suerte —respondí. Aunque pensé que los crímenes no se resolvían de una manera tan sencilla. Y estaba seguro de que la inspectora compartía mi pensamiento.

Conducía mi Chevrolet por la autovía de San Antonio, camino a casa de Olga, que iba sentada a mi lado. Primero me preguntó por la mujer que había estado hablando conmigo. Supuse que se tranquilizaría cuando yo la identificara como inspectora de policía, pero no fue así. Comenzó a formular preguntas para las que yo carecía de respuestas precisas. ¿Qué hacía allí? ¿Sospechaba de alguno de los presentes? ¿De qué habíamos hablado? Le respondí, desganado, que ella solo hacía su trabajo.

—Son dos chicas muy jóvenes y guapas —dijo Olga, cambiando de tema.

Interpreté que trataba de tirarme de la lengua y descubrir si yo aún sentía algo por Tanya. Yo le había contado a Olga que Tanya y yo nos habíamos separado hacía seis años, cuando se fue con Raquel, y que, con posterioridad, habíamos mantenido un pequeño encuentro sexual no premeditado, al menos por mi parte. Eso había ocurrido más de tres años atrás, con ocasión de la presentación de mi primera novela, y desde entonces no nos habíamos vuelto a ver. No entendía las inseguridades de Olga, yo le había dado muestras suficientes de que estaba enamorado de ella. Al menos, eso creía. Por un momento pensé hacerme el tonto y preguntar a quiénes se refería. La respuesta estaba clara y la duda habría resultado absurda, así que reconocí lo evidente.

—Sí, son muy guapas, igual que tú —dije.

—Y con veinte años menos...

—Yo no te cambiaría por ninguna mujer, ya lo sabes.

—Si no fueses conduciendo te daría un beso —contestó sonriendo.

—Me lo apunto para cuando lleguemos. —Pensé que había salvado el escollo con bastante habilidad y cambié de conversación

—: No se me va de la cabeza la muerte de Zarco. Lo cierto es que yo también estoy asustado, incluso me estoy volviendo paranoico. El otro día pensé que me perseguía una moto....

—¿Qué ocurrió?

Le conté con detalle cómo pensé que un tipo me seguía en una *scooter* y entré corriendo en mi portal.

—Cualquiera que me viera correr así, pensaría que me perseguía un fantasma —intenté bromear.

—¿No se lo has comunicado a la Policía?

—No. ¿Qué les iba a decir? Ni siquiera puedo asegurar que existiera un peligro real, quizá solo fue una alucinación mía.

En ese momento recordé la frase de Olga que me había llamado la atención unos días atrás: «Paco, yo en tu lugar no investigaría el crimen de Fiona. Creo que no vas a descubrir nada nuevo y es mejor dejar las cosas como están». Le pregunté por qué motivo me había dicho aquellas palabras.

—Para mí siempre fue una historia muy dolorosa por muchos motivos: la muerte de la chica, las sospechas sobre mi hijo y todo lo que ya te conté que vino después. No quería reabrir la herida cuando ya pensaba que estaba cerrada. Aunque, por lo que veo, es una herida que no se cerrará nunca.

—Si la muerte de Zarco está relacionada con ese caso, creo que descubriremos al culpable. —Miré de reojo a Olga y comprobé que su cara mostraba un leve gesto de preocupación. Quizá no estaba tan segura de la inocencia de su hijo como pretendía aparentar.

—Quiero que conozcas a Jordi. —Sus palabras me pillaron por sorpresa. No había nada extraño en conocer al hijo de la mujer con la que estás saliendo, pues, a pesar de que nuestra relación se había iniciado hacía poco tiempo, ambos pretendíamos que fuera duradera y podía considerarse que formábamos pareja. Lo que sí me producía cierta desazón era verme frente a frente con un posible asesino—. Ya le he hablado a él de ti.

—Espero que bien.

—Pues no, le he dicho la verdad —bromeó Olga. Me gustaba su sentido del humor.

Sábado, 9 noviembre de 2019

Sabía que no podía negarme a conocer a Jordi. Olga me consideraba lo suficiente importante en su vida como para introducirme en su familia; también me decía que Jordi y yo congeniaríamos y quizá quisiera despejar sus dudas al respecto. Jordi trabajaba de abogado y ejercía su profesión en Ibiza, pero en mi oficina entraban pocos abogados y yo solo conocía a los más antiguos, con quienes coincidí cuando trabajaba en el Juzgado de Instrucción número 2; a los que se habían dado de alta en el ejercicio de la profesión en los últimos diez años apenas los había tratado. Sin embargo, la cara de Jordi Sanchís no me resultaba extraña del todo, quizá nos hubiéramos cruzado por los pasillos del edificio de los Juzgados. Olga hizo las presentaciones, nos sirvió un par de cervezas, que ambos bebimos en la botella, y al cabo de unos minutos nos invitó a sentarnos en la terraza de la casa, bajo el agradable sol del mes de noviembre, mientras ella iba a la cocina a continuar con la preparación de la comida. Jordi tenía unas marcadas entradas en su pelo moreno y, a pesar de sus treinta y cinco años, la amenaza de una calvicie prematura se cernía sobre su cabeza. Hablaba con un ligero tartamudeo, que ya conocía por la grabación que me había enviado Zarco, y me pareció fruto de su carácter retraído. Aunque parecía un joven que sabía caminar por el mundo y que había alcanzado éxito en su profesión, inspiraba un poco de lástima. La conversación derivó, de forma casi inevitable, en el caos que imperaba en los juzgados de Ibiza.

—¡Te-tengo denuncias puestas en enero y febrero y todavía no se ha incoado ningún procedimiento! ¡Ha pasado casi un año! —

exclamó más con perplejidad que con enfado, como si no pudiera dar crédito a la situación.

—Ya lo sé —respondí—. El otro día vino una víctima a mi oficina a preguntar por una denuncia que había puesto hacía seis meses, llamé al juzgado y me dijeron que todavía tienen todos los procedimientos paralizados. Y era un tema especialmente grave, una agresión sexual. A las víctimas les cuesta mucho enfrentarse a un procedimiento de este tipo. Y encima se dilata en el tiempo hasta el infinito. Lo cierto es que no lo entiendo; la actividad judicial está paralizada desde el incendio de los juzgados en enero. Se detuvo porque no había salas de vistas disponibles para celebrar juicios ni dependencias óptimas, lo que era cierto. Ahora ya tenemos un edificio nuevo y las cosas no han cambiado, se mantiene la inactividad, no se reabre ningún expediente.

—Po-por un lado, creo que se han acostumbrado a no hacer nada, tanto jueces como funcionarios. También pienso que tienen miedo de levantar la suspensión porque, si ya antes los asuntos judiciales iban con retraso, imagínate ahora que llevamos un año sin tramitar nada, salvo los juicios rápidos y las causas con preso o muy urgentes. El día que abran el grifo, los juzgados se van a inundar.

—Sí, es un verdadero caos. Muchos de los juicios leves van a prescribir. Y, para mucha gente, cuando le dan la razón al cabo de cuatro o cinco años, el asunto ya no les interesa y solo quieren que acabe de una vez y olvidarse del tema, pasar página. Como la mujer que te he dicho antes.

—Claro. Las cosas deberían hacerse a su tiempo. Una justicia retardada es poco justa. La verdad es que es una auténtica calamidad, pero aquí nunca pasa nada. También a los abogados que nos dedicamos a penal nos está perjudicando la situación de retraso, ya que, si no se tramitan procedimientos, la gente no necesita nuestros servicios y así no cobramos.

—¡Sí, vaya desastre! —exclamé. Nunca me había parado a ver la situación desde el punto de vista de los profesionales, solo lo había contemplado desde el lado de las víctimas y de los perjuicios que se les estaban causando.

Jordi sonrió, como si recordara una situación graciosa.

—Eso sí, como la mayoría de mis clientes son los «malos», y ellos lo saben, no tienen nada que ganar, así que encantados con los retrasos. A alguno, con un poco de suerte, le prescribe el delito. Me dijo mi madre que estudiaste Derecho...

—Sí. Acabé la carrera y me preparé oposiciones. Nunca me planteé ejercer como abogado, no creo que llevara bien el estrés de la profesión.

—Sí, tú lo has dicho, estrés por todos los lados. Plazos que has de cumplir y clientes que no te dejan en paz ni de día ni de noche. Lógico que estén preocupados si les puede caer una pena de seis o nueve años de prisión, pero también tienen que entender que con telefonearte cada dos horas no adelantan nada. En fin, ya lo dijo un amigo: «El peor enemigo de un abogado es su cliente». Aunque, bueno, yo con la mayoría de los míos me llevo bien. Y, lo que es más importante, pagan cuando toca.

La opinión de Jordi, con matices cínicos, coincidía con la mayoría de abogados que conocía, incluido mi amigo Raúl Ballesteros. Consideraba a los delincuentes, traficantes de armas, de droga, incluso homicidas, como personas normales con las que se podía ir a tomar un café. No había remordimientos: el abogado hacía su trabajo lo mejor que podía y la máxima meta era la absolución de su cliente.

—Lo-lo que no soportaría es defender a un pederasta, a un asesino de niños o a un violador. Prefiero a un terrorista —dijo, dejando claros los límites de su ética—. Bueno, tú en tu oficina estás bien, supongo —afirmó, dando por segura la respuesta.

—Sí. No me quejo. Hoy en día sería incapaz de trabajar como gestor en un juzgado de Ibiza. Creo que me sentiría frustrado con tanto retraso y tanto trabajo pendiente.

Olga nos avisó de que la comida estaba lista, pasamos al interior, donde reinaba la penumbra, y nos sentamos a la mesa del comedor en la que había tres platos y una gran bandeja de pescado. Había preparado un *bullit de peix*, un plato típico ibicenco; se servía de primero el pescado con patata hervida y alioli, y después el arroz a banda hecho con el caldo del pescado. Me encantaba este plato. Lo acompañamos de un delicioso vino blanco que entraba como si

fuera agua, aunque más rico y espirituoso. Cuando menos lo esperaba, Jordi me sorprendió con una afirmación que tenía un ligero carácter interrogativo. Me había percatado de que Jordi tenía la costumbre de formular preguntas con enunciados afirmativos.

—Mi madre me ha dicho que estabas investigando el asesinato de Fiona.

—Sí —respondí—. Lo estaba investigando junto con un detective al que han matado hace unos días. No sé si lo has leído o escuchado algo sobre el tema.

—Sí, claro. Zarco estuvo charlando conmigo el lunes pasado y los diarios no hablan de otra cosa. Incluso vi la noticia en las noticias de la uno.

Me di cuenta de que, tras un tartamudeo inicial, Jordi llevaba un buen rato hablando sin atorarse al comienzo de la frase.

—Sí. La noticia ha tenido mucha repercusión.

—¿Y piensas que este homicidio pueda estar relacionado con la investigación que llevabais sobre Fiona? Ese crimen ya estaba prescrito y el asesino no tendría que temer repercusiones legales.

—Sí, tienes razón. El asesino no tendría que temer ir a la cárcel, pero sí que todo su entorno supiera lo que hizo. Su mujer, sus hijos, su familia y amigos sabrían la clase de hombre que es —dije sin reflexionar. Justo cuando acabé de hablar caí en la cuenta de que Jordi era uno de los sospechosos, el sospechoso principal.

—¿Y no tienes miedo de que el asesino también quiera ir a por ti? Al fin y al cabo, la investigación la llevabais entre los dos.

Me pareció detectar una ligera mueca burlona en la comisura de sus labios y por un instante pensé que estaba jugando conmigo al gato y al ratón. Y yo era el ratón.

—Yo no me ocupé de interrogar a los posibles sospechosos y, según me dijo Zarco, él no les habló de mí.

—Paco, estamos en un pueblo —intervino Olga—. Y de la misma manera que nosotros sabemos que Zarco trabajaba para ti, también lo saben amigos de Fiona, su familia... O sea que el asesino también podría estar al corriente.

—Bueno —dije yo intentando quitar importancia al asunto, aunque no las tenía todas conmigo—, si hubiera querido matarme, ya lo podría haber hecho.

Vi que Olga y Jordi sonreían complacidos ante mi aparente falta de preocupación. Jordi, por un lado, me parecía incapaz de cometer un crimen, tal como aseguraba su madre. Se mostraba franco y abierto y hablaba sin recelo. Sin embargo, aquella mueca sonriente con la que me había mirado mientras me preguntaba si yo no tenía miedo me erizaba el vello.

Lunes, 11 noviembre de 2019

Llegué a mi oficina en los juzgados de Ibiza temprano y me senté frente al ordenador. Quería dibujar un esquema del desarrollo de los hechos. Pensé que si Zarco había elaborado una conjetura sobre cómo ocurrió el asesinato de Fiona, yo, que disponía de los mismos datos e informaciones que él, también podría reconstruirla y llegar a alguna conclusión. Debía seguir la línea temporal de las averiguaciones y entrevistas que realizó el detective.

A media mañana telefoneé a la inspectora Ferrer, que me había dado pie para hacerlo y con quien había llegado al acuerdo de intercambiar información de forma confidencial. Le hablé de mi reunión con Jordi y de las impresiones contradictorias que me había producido. Le comenté un pequeño detalle que se me había olvidado: que, además de las grabaciones de las conversaciones que mantuvo Zarco con los implicados, yo poseía unos breves comentarios que el detective añadió en caliente, tras celebrar las entrevistas.

—Sí —respondió la inspectora—, estos comentarios los tenemos también nosotros. Zarco los guardó junto con las entrevistas y ya he escuchado que él tenía una teoría de cómo pudo ocurrir el homicidio de Fiona, pero no da ningún detalle y tampoco veo el elemento que desencadenó sus sospechas, el detonante. Lo único que se aprecia es que ese comentario lo realizó después de su conversación con Pablo. Sin embargo, no podemos asegurar que sospechase de Pablo. Quizá este dijera algo que le hizo atar cabos o solo fue una casualidad que le viniera la iluminación en ese momento. No sé. He escuchado su conversación cuatro veces y no he podido encontrar la causa.

»También escuchamos comentarios sobre material pornográfico que se encontró en el ordenador de un profesor — prosiguió la inspectora— y un vídeo que pudo ser grabado por el mismo. Desde luego, se investigará. Claro que las pruebas obtenidas de esta manera no las podríamos utilizar para pedir una orden de entrada y registro contra él.

—Ya —dije mientras pensaba en la que le podía caer a Xicu. El *hacker* había ayudado a resolver varios crímenes, pero también era cierto que se había pasado por el forro el derecho a la intimidad y el secreto de las comunicaciones consagrados en la Constitución Española. Aunque la inspectora no se había referido a él, estaba seguro de que no se le había escapado el detalle de la ilegalidad de sus actividades. Parecía una mujer concienzuda y minuciosa en su trabajo.

—¿Y se sabe algo del asesinato de Álex Zarco? —pregunté.

—De momento, hemos procedido a preguntar a los que fueron sospechosos del asesinato de Fiona: Miquel, Pablo y Jordi. Miquel afirma haber estado en Valencia, dice que desde que se marchó de la isla no ha vuelto, pero debemos comprobar el listado de pasajeros en Balearia y en las compañías aéreas que volaran a Ibiza en esas fechas. Jordi afirma haber estado en los juzgados hasta las tres, luego fue a casa a comer y a las cuatro y media ya estaba en su bufete. También tenemos que comprobar si alguien lo vio y se acuerda. Según dice, paró a tomar un café en Can Terra. Pero ha pasado casi una semana y es difícil que el camarero lo recuerde. Sea un cliente habitual o no. Además, si tomó el café a cualquier otra hora que no fuera cercana a las 16:30, que es cuando dispararon a Zarco, la coartada no serviría de nada. Y ¿cómo se va a acordar un camarero si fulanito fue ese día y a qué hora con exactitud? Imposible de demostrar.

—Ya. Bueno, quizá si el camarero entró a trabajar a las cuatro y coincidió con la llegada de Jordi, podría quedar más o menos fijada la hora. De todas formas, es complicado demostrar la inocencia, de ahí que exista el principio de *in dubio pro reo*.

—Con Pablo ocurre algo parecido —prosiguió la inspectora haciendo caso omiso a mis divagaciones—, estuvo comiendo y, según afirma, fue a trabajar al aeropuerto sobre las cinco. Tuvo

tiempo suficiente para cometer el crimen, pero no parece probable que alguien mate a otro de camino al trabajo y llegue allí como si nada. Salvo que encontremos una cámara o un testigo que sitúe a alguno de los sospechosos cerca del lugar del crimen a la hora en que se cometió, nos hallamos en la misma situación que al principio.

—¿No habéis detectado ninguna contradicción en los interrogatorios o habéis visto a alguno de ellos más nervioso?

—A veces se pone más nervioso el que es inocente y no se espera un interrogatorio policial que el culpable, que lo tiene dentro de sus previsiones y ha pensado en la posible coartada y las posibles respuestas. Y ten en cuenta que, si realmente el asesino es el mismo que el de Fiona, ya superó con éxito su primer examen hace dieciséis años y ahora tiene más edad y más tablas. En cualquier caso, para poder investigar las cuentas de cada uno de ellos y ver quién pudo comprar una pistola en los últimos tiempos, necesitaríamos una orden judicial, y para obtener la orden judicial, necesitamos algún indicio de sospecha que presentar al juez.

—O sea, la pescadilla que se muerde la cola.

—Sí, algo así. También estamos indagando quién de ellos pudo comprar un arma. A simple vista, parece que el abogado es el que más fácil lo tendría. Muchos de sus clientes seguro que sabrían cómo conseguir una. Aunque, claro, también se arriesgaría a que el cliente en cuestión atara cabos.

—Quizá quien mató a Zarco ya tenía el arma desde hacía tiempo.

Colgué el teléfono y abrí el documento de Word en el que guardaba los nombres de las personas implicadas con el caso de Fiona y comencé a repasar las notas y ver si existía alguna prueba sólida a la que aferrarme. Jordi fue el sospechoso principal. Tuvo tiempo, podía tener motivos y se apreciaron contradicciones en alguna de sus declaraciones. ¿Qué significaban la letra *D* y la palabra *NO* que había escrito Zarco junto al nombre de Jordi? ¿Lo excluían o lo señalaban?

Miquel tenía la coartada de hallarse fuera de la isla, aunque esta, según Zarco, no había sido confirmada por la Policía. Se había comprobado una llamada por parte de él a Fiona el mismo día de su desaparición. ¿Había mantenido una relación amorosa con una

alumna menor de edad? ¿Había descubierto Fiona su afición por grabar a las chicas en las duchas del vestuario? ¿Habría comprobado el detective la lista de pasajeros en los vuelos de dieciséis años atrás?

Pablo, el tercer sospechoso, solo tenía en su contra la circunstancia de que su novia hubiera muerto de forma violenta, al parecer un suicidio, pero las casualidades existen y podía tratarse de una de estas. También fue el último hombre, que se supiera, que vio a Fiona con vida. Meras coincidencias que podían darse en cualquier ámbito de la vida, como cuando te encuentras a aquel vecino o antiguo compañero de colegio durante un viaje a Nueva York o a Buenos Aires.

Repasé el resto de la lista: los padres y la hermana de Fiona, Jorge Martín (el camarero que vio a Fiona en su bar, que también tuvo un esporádico encuentro con el asesino de Dalt Vila), Yolanda Guasch (la amiga de Fiona que pensaba que esta no era trigo limpio), Joan Subirachs y Catalina Riera (los dos periodistas que cubrieron la noticia), Alberto Torres y Olga Sanchís, los padres de Jordi. Y el signo «?» que representaba al cuarto hombre. ¿Alguien del entorno de los anteriores?

Entonces lo vi todo claro. Mi cerebro juntó las piezas en el orden adecuado y el puzle encajó a la perfección. Claro que solo era una teoría y carecía de pruebas. Pero estaba convencido de que tenía que haber ocurrido así, no podía ser de otra manera. Un pequeño detalle que se nos había pasado a todos por alto. Cogí mi móvil y marqué el teléfono de la inspectora Ferrer. No lo cogió. Insistí un par de veces, necesitaba hablar con ella. Siguió sin atender mi llamada. Marqué el teléfono de la agencia de detectives, que aún seguía llamándose Zarco & Cía., y pedí al secretario que me pasara con Ángel. Expliqué mis sospechas y convino conmigo en que la mejor solución era comunicárselo a la Policía y que ellos, si lo estimaban oportuno, actuaran de la forma que consideraran más conveniente. Los detectives privados no podían inmiscuirse en una investigación por un homicidio y, en caso de obtener alguna prueba, cualquier abogado con un mínimo de experiencia conseguiría la nulidad de la misma. Ángel me dijo que él se

encargaría de comparecer en la comisaría y hablar con la inspectora Ferrer o quien estuviera al mando de la investigación.

Subí a mi coche y conduje hasta la casa de Olga, a quien había avisado de mi visita mediante un mensaje vía wasap. Ella se había mostrado contenta de verme y me recibió con su amplia sonrisa. Desconocía las noticias que le llevaba. Y yo ignoraba cuál podía ser su reacción. Decidí comenzar tanteando la situación y hasta dónde llegaba el conocimiento de los hechos por su parte. Intercambiamos las típicas frases de saludo y ponernos al día de las últimas novedades. Yo carecía de noticias, salvo la bomba que me disponía a soltar y prefería esperar el momento oportuno para dejarla caer. Olga había comenzado a redecorar y amueblar una de las habitaciones de su casa, que otrora la ocupara Jordi, para convertirla en un estudio. Dado que Olga no tenía grandes inquietudes intelectuales, más allá de la lectura de alguna novela, y no pasaba mucho rato frente a la pantalla del ordenador, me entraron dudas sobre si aquel estudio podía ser un lugar de trabajo para mí en tiempos venideros. La idea me incomodó. No me gustaba que alguien planificara mi futuro sin contar conmigo. Claro que ella tampoco me había dicho que aquella habitación estuviera destinada para que yo escribiera allí mis novelas. Así que no hice ningún comentario, me limité a echar un vistazo a las paredes del estudio con una indiferencia más fingida que real.

—Zarco me dijo que estaba a punto de descubrir al culpable —dije cambiando de conversación, como si estuviera pensando en voz alta—. ¿Recuerdas que te lo dije?

—Pues no muy bien —respondió Olga—. Ya sabes que es un tema del que no me gusta hablar.

—Sí, lo sé. Lo que quería saber es si comentaste algo a tu exmarido cuando vino a verte.

—Pues no lo recuerdo. Ya te digo que hablamos del tema. Sin embargo, no recuerdo qué dijimos. —Me dio la impresión de que Olga contestaba con evasivas, evitando dar una respuesta clara a mis preguntas—. Él me habló de un detective que le había visitado y me preguntó si había venido a verme a mí.

—¿Hacía mucho que no veías a tu ex?

—Sí. Tendría que hacer memoria para saber cuándo nos vimos por última vez. Quizá habían pasado ya tres o cuatro años.

—¿Y no te pareció extraño que viniera a verte?

—Bueno, en principio me sorprendió, sí. Quizá estuviera preocupado por el hecho de tener que volver a pasar otra vez por lo mismo.

—O sea que la visita de Zarco tuvo el suficiente impacto como para sacarlo de su rutina...

—¡No sé adónde quieres ir a parar! —Olga alzó la voz, casi gritó—. Ya te dije que para mí y mi familia todo el asunto de Fiona fue muy desagradable y nos trajo consecuencias nefastas. ¡No teníais derecho a curiosear en nuestras vidas! Y si ha muerto ese detective, quizá se lo buscó él mismo.

Olga hablaba con rabia y la conversación había llegado a un punto de crispamiento en el que ya no podía ocultarle mis sospechas.

—¿Alberto es zurdo? —pregunté.

—¡Sí! —contestó irritada.

Se disponía a añadir algo en el momento en que la interrumpí con mi descubrimiento.

—Creo que Alberto es el asesino de Zarco. Y el de Fiona.

Olga se quedó petrificada. Miré su rostro, que mantenía una expresión hierática que no supe cómo interpretar. Desde luego, mi revelación la había asombrado en extremo. Me miró, cansada, como desde muy lejos, como si estuviera mirando al pasado, a lo que ocurrió dieciséis años atrás.

—¿Y... y? —balbuceó sin articular la palabra.

—Estoy seguro de que fue él —continué. Me veía obligado a darle una explicación convincente de mis sospechas—. Zarco me dijo que tenía un sospechoso. Cuando me lo dijo ya había hablado con tu ex. Y también me dijo que era el único que le había mentido durante la entrevista. Pensábamos que mentía para encubrir a Jordi, pero ¿y si mentía para ocultar su propio crimen? Alberto estaba preocupado por la visita de Zarco y vino a verte y, en el transcurso de la conversación, es fácil que le dijeras que quizá esta vez sí se resolviera el asesinato de Fiona, o que Zarco tenía alguna sospecha

de cómo ocurrió, no sé, alguna cosa que hizo que Alberto, por primera vez en muchos años, sintiera miedo.

—¿Quieres decir que le mató por algo que yo dije? — preguntó Olga, que parecía haberse repuesto de la sorpresa inicial.

—No, Olga, no lo interpretes así. Y no te culpes. Si mató a Zarco es porque es un asesino y tenía miedo de verse descubierto, de que todo el mundo supiera que era el monstruo que acabó con Fiona. El crimen ya había prescrito, pero a él no le quedaría otra que irse de Ibiza, aquí ya no podría vivir, no podría salir a la calle sin ser señalado. Su prestigiosa bodega también se resentiría. Incluso cabía la posibilidad de que alguien con afán de notoriedad intentara algo más violento sintiéndose respaldado por la opinión popular.

—Fiona era la novia de nuestro hijo, ¿qué motivo podía tener Alberto para matarla? ¿Por qué iba a hacer una barbaridad semejante?

—Pues he estado atando cabos —dije con cautela. Quería exponerle mi hipótesis de una forma clara y comedida—. Fiona era, a simple vista, una chica alegre, con una vida ordenada y sana, pero hay indicios de que esta era la fachada que mantenía y que quizá hubiera otra Fiona diferente. Según la última persona que la vio, el camarero del bar de San Antonio, Fiona tomó un chupito. También se encontraron colillas de cigarrillos con su ADN cerca de su moto. Sí, esto no es delito, son tonterías, pero no coincide con su imagen de chica modosita y sin vicios. Una amiga suya, Yolanda, que se la encontró por la calle el día de su desaparición, me dio a entender que Fiona no era trigo limpio, que escondía cosas y quizá llevaba una segunda vida. Según ella, Fiona le había insinuado que se veía con un hombre adulto.

»La semana antes de su desaparición, Fiona padeció una crisis psicológica, una especie de depresión, aunque no tuvo tiempo de someterse a tratamiento dada su desaparición. El fin de semana anterior a su desaparición —mientras hablaba me di cuenta de que reiteraba la palabra «desaparición», en lugar de crimen o asesinato — Fiona discutió con Jordi, pero su crisis nerviosa se había iniciado unos días antes, por lo que esta pelea no fue el motivo desencadenante de su trastorno.

Hice una pausa antes de proseguir:

—Hasta aquí los hechos comprobados. Y ahora vienen mis conclusiones —dije como si se tratara de una puesta en escena. Intenté ordenar mis pensamientos para exponerlos con claridad—: Supongamos que Fiona tenía una aventura con Alberto, el padre de su novio, y este decidió cortar con ella. Una amiga me contó que Fiona llevaba ropa de marca y móviles caros. Ni sus padres ni Jordi podían permitirse estos caprichos; Alberto, sí. Para Alberto fue una aventura pasajera, sexo con una chica joven y atractiva, él sabía que aquello no podía continuar. Cuando se lo dijo a Fiona, esta se vino abajo y se sumió en una depresión o crisis anímica, o lo que sea; al fin y al cabo, no era más que una adolescente enamorada; y también decidió romper con Jordi, a quien quizá veía como el obstáculo para que Alberto quisiera estar con ella.

»Existe otro detalle importante: la llamada telefónica. Todo el mundo pensó que Jordi mentía cuando dijo que no había hablado con Fiona aquella tarde y que Alberto había dicho que fue él quien atendió la llamada solo para buscar una coartada para su hijo. Pero quizá no ocurrió así, cabe otra posibilidad: Jordi dijo la verdad, él no recibió la llamada. Además, si Fiona quería hablar con él ¿por qué no le llamó a su móvil al no encontrarlo en casa? Fiona quería hablar con Alberto y posiblemente este no le cogería las llamadas a su móvil, por lo que ella decidió llamarle a su domicilio. Según los registros la llamada duró varios minutos y, según dijo Alberto, él no se acordaba de qué hablaron. Supongo que la chica le amenazaría con hacer pública su relación, con suicidarse o cualquier otra barbaridad. A él le entró pánico, vería peligrar su familia, su carrera política. Ahora sabemos que esas cosas terminaron al poco, pero en aquel momento él no lo sabía. En fin, un cúmulo de datos que hacen sospechar de tu ex. La noche en que desapareció Fiona, un camarero la vio tomando un chupito y el camarero tuvo la impresión de que estuvo esperando a alguien que no apareció. Creo que se había citado con Alberto. Él quizá espero afuera del bar para no ser visto y la convenció para que subiera a su coche. El resto nos lo podemos imaginar.

Observé la cara de Olga, que me miraba con expresión tranquila. Quizá se había distanciado lo suficiente de su exmarido para que no le importara saber que era un asesino y que había

tenido una aventura con la novia de su hijo, una muchacha de diecisiete años. Quizá sintiera la tranquilidad de saber que aquella historia acabaría de una vez por todas.

—¿Qué vas a hacer?

—Yo, nada. He intentado hablar con la inspectora que lleva el caso; no me ha cogido el teléfono y se lo he comunicado a Ángel, uno de los detectives de la agencia de Zarco, que me ha dicho que hablaría con ella. Si la inspectora ve indicios de culpabilidad, supongo que interrogarán a Alberto y posiblemente pidan una orden de entrada y registro al juez de guardia. Habrá que esperar.

Aquella noche no hicimos el amor. Nuestra cabeza, al menos la mía, estaba en otra parte. Revisé las cerraduras de la puerta de entrada y comprobé que las ventanas estuvieran cerradas. Ya no existía un asesino en abstracto; fuera de aquella casa se escondía un criminal con nombre y apellidos y que, ahora que lo había descubierto, tenía un motivo para atentar contra mi vida. Haber comunicado mis sospechas a Ángel y que quizá en estos momentos ya lo supiera la inspectora Ferrer me quitaba el valor de la exclusividad. El secreto compartido convertiría en inútil mi muerte. Claro que Alberto podía desconocer esta circunstancia y considerarme un peligro.

Olga se dio una ducha en el baño de su habitación. Observé su cuerpo en el que la piel había perdido la tersura de la juventud y se comenzaban a dibujar las arrugas de la madurez. Pensé qué ocurriría dentro de diez años, cuando ella ya fuera una mujer de sesenta y cuatro años y, lo más probable, que no tuviera interés en el sexo. Intenté sacar estos pensamientos de mi cabeza y centrarme en el presente, no pensar en otra cosa que estar allí con ella. Me quedé dormido.

Martes, 12 de noviembre de 2019

Me desperté a las 7:00 de la mañana, siguiendo mi costumbre de madrugar y disfrutar de la calma de estas horas tempranas, y me preparé un café con leche y unas tostadas con mantequilla y mermelada. En contra de su costumbre, Olga apareció en la puerta de la cocina cuando me disponía a dar mi primer bocado a la tostada empapada en café. Ella solo madrugaba los días especiales o en los que alguna preocupación le rondaba la cabeza. Este debía ser de los últimos.

—Buenos días —saludó con una voz suave y adormilada.

—Buenos días —respondí—. Has madrugado mucho. ¿No te apetecía quedarte un rato más en la cama?

—No. Después de lo que me contaste anoche, no he dormido muy bien. ¿Qué piensas hacer?

—Iré a trabajar como cualquier otro día, qué remedio. Creo que ya he hecho lo que tenía que hacer. A las nueve intentaré telefonar de nuevo a la inspectora para ver si ha decidido hacer algo o mis sospechas le parecen meras elucubraciones.

—¡Uf! A mí me resulta difícil de creer que Alberto estuviera implicado. No sé, tenía sus defectos como hombre y como marido, pero no me lo imagino asesinando a una chica de diecisiete años.

—Que era su amante —añadí con malicia. Me arrepentí al instante. Si Olga lo estaba pasando mal, no era necesario echar más leña al fuego—. Pronto saldremos de dudas.

Apuré la taza de café con leche y me pasé una servilleta por los labios. Le di un suave beso en los labios a Olga a modo de despedida.

—Cuéntame cuando sepas algo —dijo.

Pasé por mi apartamento, me duché, me puse ropa limpia y me dirigí caminando al nuevo edificio de los juzgados que quedaba cerca de mi casa. Esperé a que el reloj de mi ordenador señalara las 9:00 y telefoneé a la inspectora Ferrer.

—Dime —respondió con aire autoritario. No tenía punto medio, o se mostraba suave o seca. Aquella mañana, por su tono, resultaba evidente que había dejado la dulzura en su casa.

—Buenos días, ¿habló Ángel, de la agencia de detectives, contigo?

—Sí. Ya me informó de tus sospechas y las estuve valorando y sopesando.

—¿Y qué opinas?

—Creo que es una elucubración más. Bien podría haber ocurrido como tú dijiste, pero sin una prueba no vamos a ninguna parte.

—Quizá no existan pruebas para imputarle el crimen de Fiona, dado el tiempo transcurrido; sin embargo, el de Zarco, que es más reciente, creo que se podría investigar con éxito. Simplemente comprobando si tiene coartada.

—Sí. Durante estos días te agradecería que no hicieras nada y nos lo dejaras a nosotros.

Entendí que era una forma de decirme que no metiera mis narices en los asuntos de la Policía y que no pensaba informarme si había tomado alguna decisión al respecto. Me pareció un feo detalle por parte de la inspectora. Hasta el momento habíamos compartido nuestra información, fieles a nuestro pacto no escrito. Incluso le había proporcionado la identidad del asesino de Zarco y de Fiona. Me pareció una fea manera de tratarme. Quizá no fuera casualidad y, llegados a este punto de la investigación, quisiera atribuirse ella todo el mérito de la captura de un asesino y la resolución de dos crímenes, uno de los cuales formaba parte de la leyenda negra de Ibiza. Yo era un estorbo en su camino hacia la gloria mediática. Me despedí con sequedad y colgué.

A mediodía quedé con Raúl Ballesteros para tomar un aperitivo en El Zaguán. Aunque no solíamos quedar hasta el viernes y aún estábamos a martes, necesitaba compartir con él mis últimos descubrimientos. Ballesteros era una persona ecuánime y un

abogado experimentado y me proporcionaría un punto de vista sensato sobre la situación.

Le vi en una mesa al fondo del local frente a una botella de cerveza. Pedí otra y le confié todas mis sospechas desde el inicio, tal como había hecho con Olga y con Ángel.

—No es una historia descabellada —respondió—. Es cierto que Alberto Torres tenía fama de mujeriego, incluso se rumoreaba que tuvo un rollo con una jueza de Ibiza. Los guardias civiles pensaron que mintió para respaldar la versión de su hijo, pero ¿y si no fue así? Si simplemente calló en un inicio porque la conversación con Fiona podía comprometerle. Luego, cuando vio que las cosas se ponían muy difíciles para Jordi, en medio del linchamiento mediático, habló para proporcionarle la coartada. Pero no mintió como todos pensamos, sino que dijo la verdad: él había hablado con Fiona.

»También es cierto que se divorció al poco de ocurrir el crimen de Fiona. Puede que la mujer sospechara algo. Sin embargo, volvemos a lo de siempre, sin una prueba de cargo no hay nada que hacer. Al margen de que el homicidio ya ha prescrito.

—Ya. Es lo mismo que me ha dicho la inspectora. Lo que no está prescrito y será más fácil de demostrar es el asesinato de Zarco.

—Desde luego, la inspectora tiene buena fama en el cuerpo...

—Sí, parece competente. Un poco brusca a ratos —respondí recordando nuestra última conversación— y parece que es la típica trepa, pero tiene algo. Incluso te diría que es una mujer con un extraño atractivo.

—Yo puedo imaginármela de dominatriz. Los accesorios ya los tiene: la placa, las esposas, la porra. Vaya, Paco, ¡acabas de enamorarte y ya te estás fijando en otra! ¡Claro que si te va el morbo! —exclamó Raúl con esa especie de sentido del humor que se quedaba a mitad de camino.

—Pues te vas a reír si te cuento la verdad. En estos momentos ya no sé lo que siento por Olga. Cierto que estaba muy ilusionado con ella. Sin embargo, ayer me entraron dudas. No veo futuro.

—Dicen que la mayoría de nuestras preocupaciones son por sucesos que luego nunca se producen. No hace falta que pienses

en el futuro, yo de ti no me planteaba nada, *carpe diem*, vive el momento. Si dentro de unas semanas ves que ya no sientes nada por ella, se lo dices y podéis continuar como amigos.

Sabía que Raúl intentaba ayudarme, pero esa filosofía de autoayuda cuyos preceptos (*carpe diem*, vive el presente, el futuro no existe, fluye, *be water my friend*, etcétera) aplicaba la gente cuando no tenía problemas y de los que se olvidaba cuando le sobrevení­a cualquier nimiedad, me producía cierto rechazo.

—No me gustaría hacerle daño.

—No, claro. Solo te digo que seas sincero con ella, no mantengas una mentira por no hacerle daño.

—No sé, a veces pienso que tengo que desconectar de todo esto, salir de Ibiza y olvidarme de investigaciones y de posibles asesinos. Unas vacaciones...

—No te gires —me dijo Raúl con voz baja, esbozando una sonrisa falsa—. En la barra hay un tipo que no ha dejado de mirarte.

—Quizá lo conozca —respondí—. Voy a levantarme, iré al baño y a la vuelta me fijo, como quien no quiere la cosa. ¿Cómo va vestido?

—No tiene pérdida, es el único hombre solo que hay en la barra. Joven, con vaqueros y sudadera azul oscuro.

—Okey —Me levanté, fui al baño. Pensé que si aquel individuo quería atacarme el baño sería el lugar idóneo, así que permanecí unos segundos junto a la puerta y regresé a la sala principal de El Zaguán. Miré fugazmente hacia la barra y vi a un hombre de treinta y pico años, a quien no conocía. Ni siquiera de vista. Era alto y de complexión atlética, con el pelo negro rizado y un rostro agraciado. Me senté frente a Raúl, dando la espalda a la barra y al individuo misterioso.

—No lo conozco —dije—, ¿por qué crees que me observa?

—No ha parado de mirar. No lo hace fijamente, claro, pero de vez en cuando gira la cabeza hacia ti. Además, ¿qué hace un tipo solo en la barra de un bar a mediodía y tomando una botella de agua? A ese tipo le pega más estar en un gimnasio que en un bar. Al menos a estas horas.

Me estaba poniendo nervioso. ¿Podía haber contratado Alberto Torres a un sicario para que acabara con Zarco y conmigo? Eso le

proporcionaría la coartada adecuada. Salvo que se detuviera al sicario, claro. A pesar de mi miedo creciente, tuve la suficiente lucidez para pensar que allí no iba a atacar contra mí, a cara descubierta y con varios testigos presenciales. Podíamos alargar nuestra estancia en el establecimiento, hasta que el individuo considerase que se estaba exponiendo demasiado y decidiera abandonar el local. Como contrapartida, si el extraño salía a la calle y pretendía atacar contra mí, podía hacerlo en cualquier parte y yo ya no lo tendría controlado. Hice un gesto imperceptible a Raúl y saqué mi teléfono móvil del bolsillo del pantalón. Marqué el número de Ángel, que me respondió a la segunda llamada.

—Hola, Ángel —susurré—. Estoy en El Zaguán con Raúl Ballesteros y creemos que hay un tipo que me está siguiendo.

—Voy para allá —respondió. Me sorprendió que no hiciera indagaciones para calibrar nuestras sospechas. Dio por sentado que podían ser ciertas—. ¿Cómo es el tipo?

Le di una descripción del individuo.

—Estaré en cuatro o cinco minutos —dijo Ángel—. No entraré para que no se fije en mí. Esperaré afuera. En cuanto llegue te envío un wasap. Contéstame y luego salís con tranquilidad y camináis durante un rato hacia otro bar. No hace falta que sea el bar de al lado. Podéis ir a Can Terra, por ejemplo, que siempre hay gente.

Le expliqué el plan a Raúl con voz queda. Al cabo de unos minutos recibí el mensaje de Ángel: *Estoy. He pedido refuerzos*. Le respondí con un *OK* que adorné con un icono de una mano con el pulgar hacia arriba. Pedimos la cuenta, nos levantamos evitando mirar al individuo, que permanecía en la barra, salimos a la calle y nos dirigimos con paso lento hacia Can Terra. Contuve mis ganas de girar la cabeza para comprobar si nos seguía. Unos minutos después llegamos al establecimiento, que estaba animado como de costumbre. Nos acodamos en la barra y pedimos dos tintos.

—¿Te ha explicado Ángel cuál era su plan? —preguntó Raúl.

—No. Creo que ni siquiera ha tenido tiempo de preparar uno. En cuanto le llamé respondió que venía para El Zaguán. Me dijo que había pedido refuerzos, supongo que habrá acudido algún otro

agente de la agencia. No sé si pretenden seguir al individuo para ver cuáles son sus intenciones, o no le darán tiempo a tanto.

—Quizá sea un periodista.

—¿Y por qué un periodista iba a estar interesado en mí? Creo que poca gente conocía que yo estaba investigando con Zarco, salvo los implicados a los que entrevisté. Según me dijo Zarco, él no dijo que trabajaba para mí a las personas que interrogó.

—Bueno, el director de periódico, Subirachs, sabía que estabas investigando. Quizá se lo comentó a alguno de sus periodistas. También podría ser que este individuo que nos sigue trabaje para Alberto Torres. ¿Cómo se enteró este de tu relación con Zarco?

—Alberto Torres fue a hablar con su ex, con Olga, parece que estaba algo preocupado por la visita del detective, y ella le habló de mí.

En ese momento sonó mi teléfono y vi en la pantalla el nombre de *Ángel Detective*. Descolgué y escuché la voz de Ángel al otro lado de la línea. Hablaba con atropello.

—¡La cagamos, Paco! ¡Era un poli! —exclamó con precipitación—. Vinieron Pepe y Toni. Comprobamos que os seguía hacia Can Terra. Toni y yo nos pusimos a su altura y Pepe se quedó detrás, sin que el tipo lo viera, por si tenía que intervenir. Le dijimos que trabajábamos en seguridad privada y que se tenía que identificar. Nos respondió que no debía identificarse ante dos particulares, que nosotros no éramos nadie para pedirle el DNI y que aquello era una detención ilegal. Tenía razón, claro, pero no podíamos dejarle escapar, podía ser el responsable de la muerte de Zarco, así que llamé a Luisa, la inspectora Ferrer —explicó con prontitud, sin que me pasara desapercibida su familiaridad con la inspectora—, para que procediera ella a identificarlo, si lo estimaba oportuno y, si era preciso, a detenerlo. Me preguntó si era un tipo alto, fuerte y moreno con el pelo rizado. Le contesté que se ajustaba a esa descripción. Entonces, para mi sorpresa, me pidió que le pasara el teléfono al individuo para hablar con él. Hablaron unos instantes y luego el tipo nos sacó con disimulo un carnet profesional y una placa de policía. Nos dijo que estaba encargado de protegerte cumpliendo instrucciones de la inspectora. Y luego, claro, como buen poli tenía

que quedar por encima de nosotros, los simples aficionados. Nos vaciló un rato, que de no ser por la inspectora nos habría empapelado por detención ilegal y no sé qué coñas más. En fin, no le prestamos atención y le pedimos disculpas, para que la cosa se calmara, como solemos hacer siempre con los polis. Dijo que tenía que volver a la comisaría y se fue caminando con aire muy digno. Supongo que no le habrá hecho gracia que le destapáramos. Se supone que el seguimiento debe hacerse sin que el sujeto se percate. Bueno, ahora ya lo sabes.

—¡Vaya! —suspiré aliviado—. Me das una alegría doble: que nadie intentaba atentar contra mí y que, además, tengo un guardaespaldas. ¿Le preguntaste a la inspectora si se sabía algo de Alberto Torres?

—No, lo último que me dijo es que le había puesto vigilancia. Creo que no había solicitado la intervención telefónica. Supone que actuó en solitario y que no iba a hablar con nadie del crimen.

—O sea que cree que mi teoría es cierta.

—Al menos la considera posible. «Cierta» quizá sea un calificativo demasiado rotundo.

—Bueno, con que la tenga en cuenta, ya me vale.

Colgué el teléfono y seguí conversando con Raúl. De mi cabeza no se iba una pregunta: ¿qué intención tenía la inspectora al ordenar que me siguieran? ¿Pretendía protegerme o mantenerse a tanto de mis averiguaciones? No podía ocultar que mi concepto de la inspectora había variado a peor desde aquella mañana y ya no me fiaba de ella.

Miércoles, 13 noviembre de 2019

A la mañana siguiente regresé a la rutina, después del susto del día anterior. En mi oficina se mantenía la monotonía diaria, ajena a los sucesos que rodeaban mi vida en las últimas semanas. Apenas entraban una persona o dos al día a realizar alguna consulta relacionada con algún procedimiento judicial. Muchas veces la denuncia que había puesto no se había ni siquiera registrado, debido a la paralización sufrida por los juzgados de Ibiza tras el incendio y cuya inactividad se mantenía, aunque yo desconocía los motivos. En otras ocasiones recibía a ciudadanos que no eran víctimas, tenían algún problema con el alquiler o con el trabajo y no entraban en el estricto concepto de perjudicados por una acción delictiva, aunque pudieran padecer situaciones injustas. Si mis conocimientos alcanzaban, les informaba de los recursos que tuvieran a su alcance o, si no tenía claro el camino a seguir, telefoneaba a Rafa, un amigo, letrado de la Administración de Justicia, que me resolvía dudas jurídicas.

A las 13:00 horas salí de la oficina y me dirigí a la máquina de café que había al final del *hall* para sacar mi tercer cortado del día. Puse la tarjeta en el sensor cuando escuché una voz familiar que se dirigía a mí.

—Buenos días. —La inspectora Ferrer me miraba con gesto grave a pesar de que sus labios se torcían en una especie de sonrisa.

—¡Ah! ¡Hola! ¿Quieres un café?

—No, gracias. Un poco tarde para mí. ¿Hay algún sitio donde podamos hablar?

—Sí, claro. Vamos a mi despacho.

Mi oficina no era demasiado amplia, quizá tuviera diez o doce metros cuadrados como máximo, aunque la sensación de espacio reducido se mitigaba gracias a una ventana que llegaba hasta el suelo y daba al parque de Sa Graduada. Ocupé mi silla habitual y la inspectora se sentó al otro lado de la mesa.

—Encargué que te siguieran para protegerte y para tener posibilidad de atrapar al asesino si intentaba atacarte —se justificó.

—No tiene importancia, lo agradezco —respondí con un tono que desmentía mis palabras y dejaba patente mi escepticismo. Aún tenía presente nuestra última conversación, en la que la inspectora se había mostrado distante y arisca—. Si me hubieras informado, habríamos evitado el malentendido. ¿Hay alguien siguiéndome ahora?

—Más que seguirte, yo diría protegerte. Sí lo hay. Pero no venía para hablar de esto.

Miré a la inspectora con gesto expectante. ¿Qué me quería contar?

—¿Le contaste tus sospechas a alguien más, aparte de a Ángel? —preguntó.

—Pues no. Se lo conté solo a Ángel. Luego sí lo comenté con Olga, la ex de Alberto Torres, y ayer lo comenté con mi amigo Raúl Ballesteros, el abogado. Lo que no sé es a quién se lo pudo contar Ángel, supongo que a los demás detectives de la agencia...

—Han asaltado a Alberto Torres en su casa. O ha sufrido un grave accidente. Todavía no sabemos cómo ocurrió. —La noticia me pilló desprevenido y no pude evitar abrir la boca por el asombro. La inspectora continuó con los detalles—: Habíamos decidido que lo mejor era poner vigilancia, al menos durante veinticuatro o cuarenta y ocho horas. Cabía la posibilidad de que durante este tiempo intentara deshacerse de alguna prueba o que intentara ponerse en contacto con alguien, no sé. Así que envié a un hombre que permaneció vigilando su casa desde las siete de la mañana...

—Si estaba vigilado, ¿cómo pudieron agredirlo?

—A las tres de la tarde, fue relevado por otro agente —continuó la inspectora, haciendo caso omiso a mi pregunta—. Todo indicaba que Alberto Torres se hallaba en el interior de la casa, ya que su vehículo estaba estacionado en la puerta; sin embargo, cuando se

hizo de noche no se encendió ninguna luz en la vivienda, ni interior ni exterior. El agente me telefoneó pidiendo instrucciones. Le dije que enviaría a otro compañero. Que llamaran a la puerta, se identificaran y pidieran a Alberto Torres que los acompañase a la comisaría. Destaparíamos nuestra vigilancia, pero hacía horas que había anochecido y resultaba extraño que no hubiera encendido ninguna luz. No sabía qué podía estar ocurriendo.

»Los agentes llamaron a la puerta y no recibieron respuesta. Echaron un vistazo a través de los ventanales y vieron el cuerpo de Alberto Torres en el suelo, cerca del sofá del salón. Pudieron abrir la puerta de entrada con una tarjeta, al no estar echada la llave, y comprobaron que estaba inconsciente. En la esquina de una cómoda descubrimos rastros de sangre y cabellos. Y junto a su cabeza, en el suelo, había una gran mancha de sangre. Suponemos que se golpeó con el mueble y perdió el conocimiento. No sabemos si sufrió una agresión o fue un golpe accidental. Sobre la mesa del salón había un vaso con whisky. Quizá se emborrachó. Vete a saber».

Permanecí pensativo. Parecía demasiada casualidad que Alberto Torres hubiera sufrido un accidente fortuito en el preciso momento en que lo estaban investigando. Si alguien le había agredido, ¿qué sentido tenía aquello?

—¿Y dónde está ahora? ¿Sigue inconsciente?

—No. Está en el hospital y ha recuperado el conocimiento. Perdió un poco de sangre, pero no tiene ninguna lesión grave. Dice que no recuerda lo ocurrido, o sea cómo se dio el golpe en la cabeza. Lo último que recuerda es que se sirvió un whisky con hielo. Por otro lado, aproveché para preguntarle lo que hizo el pasado martes día 5, el día en que asesinaron a Zarco, y tiene una buena coartada. Estuvo comiendo con un par de agricultores que le suministran uvas para la producción de su vino. Según dice, estuvieron desde las dos hasta las cinco y media en Can Alfredo. Lo verificaremos, aunque no parece que mintiera. Sería absurdo, siendo tan fácil de comprobar.

Finalizó su explicación y me miró.

—¿Y sospecháis que le puede haber agredido algún detective de la agencia de Zarco? —pregunté.

—Pues fue mi primera idea. Tú le habías contado tus sospechas a Ángel y tenían un motivo.

—No veo que encaje. En el caso de que se trate de una agresión, no hubo forcejeo y todo apunta a que Alberto Torres conocía a su atacante y le permitió el acceso a la vivienda. Y no creo que dejara entrar a Ángel u otro detective hasta el salón de su casa. Aparte de que no los veo tampoco tomándose la justicia por su mano, en plan salvaje Oeste.

—No acaba de encajar, tienes razón; sin embargo, no es imposible. También podría ser un golpe accidental, que hubiera bebido más de la cuenta y tropezara o perdiera el equilibrio, aunque parece difícil. Por el lugar en que recibió el golpe, en la nuca, y por la posición en que se encontró el cuerpo, parece que alguien le atacó.

—Pero los investigadores de la agencia de Zarco son profesionales, no se dejarían llevar por un arrebato infantil que podía echar al traste la investigación policial. Y sabían que de esta manera le pondrían sobre aviso de que sospechábamos de él. Mi teoría no está verificada, no hay pruebas contra Alberto. Y, por lo que me acabas de contar, parece que tiene una férrea coartada para el día que mataron a Zarco.

—Ya. Durante los quince años que llevo en el Cuerpo, he visto personas y situaciones de lo más increíbles. —La inspectora parecía haber recuperado su lado amable y comunicativo—. Es cierto que no termina de encajar. Eso es lo que me hizo plantearme otras posibilidades. Pedimos al juez de guardia poder acceder al listado de llamadas de Alberto Torres. ¿Sabes quién fue la última persona que telefoneó a Alberto Torres?

—¿Quién? —pregunté intrigado. Por la forma de preguntar, intuí que yo conocía a esa persona.

—Su ex, Olga Sanchís.

Lo cierto es que la revelación me pilló desprevenido. Olga me había dicho que apenas mantenía contacto con su exmarido y en un breve espacio de tiempo lo había visto en una ocasión, según ella me había contado la fue a visitar para preguntarle sobre Zarco, y ella lo había telefoneado el mismo día en el que sufrió el percance.

¿Le llamó Olga para prevenirlo de mis sospechas? ¿Sabía ella desde tiempo atrás que Alberto era el asesino de Fiona?

Entonces me invadió una duda inquietante: ¿y si quien mató a Fiona Clark no fue Alberto Torres sino su mujer? Ella tenía un motivo poderoso y tan antiguo como la historia de la humanidad: los celos. Olga pudo escuchar la conversación telefónica entre Alberto y la muchacha. No solo se sentiría traicionada por su marido, sino que la infidelidad conyugal sería con la novia de su hijo, una menor para más inri. Y, desde luego, Fiona no sería la esposa que desearía para Jordi, una chica capaz de engañarlo con su propio padre, un hombre casado y que le doblaba la edad. Y yo sabía que Olga poseía carácter y determinación suficiente para, en las circunstancias apropiadas, matar a alguien. Entonces recordé sus palabras, al poco de conocernos, cuando me dijo que no investigara aquel asunto. Recordé el interrogatorio al que me había sometido tras el funeral, en el que yo le desvelé que la mujer con la que había estado hablando era la inspectora Ferrer. Yo había achacado la insistencia de Olga a los celos; ahora me daba cuenta de que había sido preocupación e interés por conocer qué había averiguado la Policía. Y, como dijo la inspectora, no sería extraño que el asesino de Zarco acudiera a su funeral. La cabeza me daba vueltas. Necesitaba hablar con Olga y salir de dudas.

—¿Habéis hablado con ella? —pregunté para enterarme de cuánto sabía la inspectora.

—No. No hemos podido. Su teléfono estaba fuera de cobertura o apagado. Si no la localizamos, tendremos que ir a buscarla a su casa.

—Yo he quedado con ella. Si quieres le digo que te llame cuando la vea —dije sin manifestar mis sospechas en voz alta. Necesitaba mantener una conversación con Olga antes de que la detuvieran. Estaba convencido de que, cuando se viera descubierta, no tendría reparo en confesarme su culpa.

—Sí, te lo agradezco.

Olga me recibió como de costumbre, vestida con su estilo informal y elegante y con el toque justo de maquillaje para disimular alguna arruga o imperfección de su rostro, que le daba un aspecto natural sin que se notara la ayuda cosmética. Según me había dicho, se acicalaba cada día, aunque no tuviera intención de salir de casa ni esperase visita. Además, nunca se sabía si una amiga podía presentarse en tu puerta sin previo aviso. A Olga nunca la sorprendería en pijama y con ojeras.

—¡Hola! —saludó sonriente y con la naturalidad de siempre. No noté nada forzado en su actitud. Pensé que fingía a la perfección. Incluso dudé de que mis elucubraciones fueran ciertas. Era una pesadilla de la que quería despertar.

—Hola —respondí mientras buscaba la mejor manera de contarle lo sucedido—. ¿No te ha llamado la Policía?

—¿La Policía?! ¿Por qué tenían que llamarme? ¿Ha ocurrido algo?

—Sí. Han atacado a Alberto. Y parece que no tuvo nada que ver en la muerte de Zarco. Y, por tanto, también queda excluido como sospechoso del asesinato de Fiona...

Ella vino hacia mí, me abrazó y apoyó su cara en mi hombro. Notaba los latidos de su corazón, bombeando con intensidad. Permanecí unos instantes acariciando su nuca con mi mano.

—No me has preguntado dónde lo han atacado o cómo ha sido —le dije mientras me separaba unos centímetros de ella. Y la expresión de su semblante me mostró que se sabía descubierta.

—¿Qué más da dónde lo han atacado o cómo? Lo importante es que él no ha sido responsable de ningún asesinato.

—Olga, no es necesario que finjas más —dije con cierto cansancio—. Pensé que fue tu marido quien mató a Fiona, ahora sé que fuiste tú. Por celos, por proteger a tu hijo de una mala mujer, qué se yo. Tú mataste a Fiona. Y tu marido lo sabía. Por eso vino a verte cuando Zarco habló con él. No porque estuviera preocupado por él mismo o por vuestro hijo, estaba preocupado por ti. Quizá te

comentó que el detective estaba atando cabos o que hizo preguntas sobre ti y decidiste acabar con Zarco. No querías perder la tranquilidad de tu vejez en Ibiza. El crimen había prescrito, ya no irías a la cárcel, pero habría condena social, sabías que perderías a tus amigas de toda la vida si salía a la luz el asunto, te sentirías señalada. Y no se te ocurrió otra salida que acabar con el detective. No sé por qué tuviste que matarlo. ¡Qué locura!

—Sí, fui yo. Maté a Fiona y a Zarco. —Habló como si aceptara la realidad tanto tiempo escondida. A sabiendas de que su vida no volvería a ser igual. Sin embargo, no había respondido a la pregunta implícita en mis palabras.

—¿Por qué mataste a Zarco?

Olga me miró con sorpresa, quizá le parecía absurdo mi interés en saber el motivo cuando acababa de confesar dos crímenes. Entonces me di cuenta de que mi teoría hacía aguas por varios lados. ¿Cómo pudo Olga trasladar el cadáver de Fiona hasta el lugar en el que fue encontrada? Imposible hacerlo ella sola, no tenía fuerza suficiente para ello. Además, aunque fuera capaz de matar a alguien de un tiro o de un golpe, no la veía rebanando el cuello de la muchacha. Y otra pregunta de difícil respuesta: ¿cómo había conseguido Olga un arma para disparar a Zarco? ¿Tenía contactos con el mundillo del hampa? No. No podía ser la asesina de Fiona. Ni de Zarco.

Entonces caí en la cuenta de que, además, Olga era diestra y, según el informe del forense, el asesino era zurdo. Así lo indicaba tanto el golpe recibido en la sien derecha por Fiona como la trayectoria del corte en el cuello. Recordé la nota encontrada en el despacho de Zarco: *Jordi D NO; Miquel Z; Pablo Z*. Claro, el único detalle que ponía en tela de juicio la culpabilidad de Jordi es que era diestro o derecho (*D*), mientras que Miquel y Pablo eran zurdos (*Z*). Aquello descartaba a Jordi. Entonces, por fin, lo vi todo con nitidez, como una revelación que no ofrecía dudas: el asesino de Fiona había sido Jordi. *D NO* significaba que no era diestro o no del todo. Recordé que Colomar me había dicho que sometieron a una prueba de escritura a los sospechosos para saber qué mano utilizaban. Sin embargo, también vino a mi cabeza la imagen de Jordi, durante la comida, manejando el cuchillo con la izquierda. Quizá escribiera con

la derecha y realizara otras actividades con la izquierda. Olga también habría comentado a su hijo las sospechas de Zarco y la posible e inminente resolución del crimen ocurrido dieciséis años atrás. El asesino había sido el sospechoso que estuvo durante toda la investigación en el punto de mira de los guardias civiles, aunque al final no pudieran incriminarlo. Un asesino que se había convertido en un respetable abogado y que vio amenazado su *statu quo* con las investigaciones de Zarco: Jordi Sanchís. El criminal que anidaba dentro de él había vuelto a salir a la superficie al sentirse amenazado. Olga se había confesado autora solo para protegerlo. Quizá sabía o intuía que su hijo fue el asesino y estaba dispuesta a confesarse culpable por salvarlo.

—¿Por qué mataste a Zarco? —insistí.

—Iba a delatarme. Tú dijiste que había descubierto quién era el asesino.

—Olga, esto no tiene ni pies ni cabeza. ¿Cómo llevaste el cuerpo de Fiona hasta el lugar de Cala D'Hort en el que fue hallado? Hacía falta una persona fuerte, por eso desde el principio se especuló con que el asesino era un hombre joven, como Jordi. —Me miró asustada, sabiéndose acorralada y yo proseguí sin darle tregua—: ¿De dónde sacaste la pistola? No creo que las vendan en los supermercados —le espeté, casi echándole en cara mis palabras. Estaba llevando a Olga al límite, consciente de que quizá fuera la única manera de que reconociera los hechos—. Sé que tu hijo es lo que más quieres en el mundo; pero hay que detenerlo. Ya ha matado a dos personas. ¿Cuántas más tiene que matar para que te decidas a hablar? El siguiente en la lista podría ser yo. Luego, no sé, la inspectora Ferrer. ¡Es una locura! ¡Una auténtica locura! ¡Hay que detenerlo! —grité.

Olga rompió a llorar. Me acerqué a ella e intenté abrazarla. Ella me rechazó. Las lágrimas anegaban sus mejillas y respiraba de manera brusca y entrecortada. Intentó pronunciar alguna palabra que quedó ahogada en sus sollozos. Le dije que me acompañara al salón de la casa y ocupamos un sillón cada uno, a un par de metros de distancia. Ella reclinó su cabeza contra el mullido brazo y continuó con su llanto. Permanecimos así un buen rato, no sé calcular cuánto tiempo, hasta que Olga pareció recuperar la calma.

—Voy un momento al baño a lavarme la cara —dijo.

Escuché que echaba el cerrojo del baño y el pitido del teclado del móvil, como si estuviera realizando una llamada. Supuse que querría avisar a su hijo para que huyera antes de que fuera tarde. Daba igual, sería cuestión de tiempo que fuera detenido y juzgado por el asesinato de Zarco. Olga salió del baño con la cara limpia y los ojos enrojecidos y se sentó en el sofá.

—Ya nada importa. —En un tono amargo añadió—: Tú podrás escribir tu historia. ¡El hombre que descubrió la verdad sobre el crimen de Fiona Clark! El famoso escritor —exclamó con un tono lleno de pompa irónica.

Aunque su burla me produjo tristeza, no dije nada. Sabía que ella necesitaba desahogarse y que aquel era el momento de hacerlo.

—¿Siempre has sabido que era él? —pregunté.

—No. Tenía sospechas, pero nunca lo supe con certeza. En realidad, creo que cerré los ojos para no saberlo. Tras la muerte de Fiona estuvo raro, lo que era normal, dadas las circunstancias. Lo extraño fue que, a partir de ese momento, Jordi rehuía el trato con su padre o le contestaba de mala manera, no podía disimular su odio. Yo también sospechaba que Alberto había tenido un lío con Fiona. Escuché su conversación el mismo día en que ella desapareció; Alberto parecía que se la quería quitar de encima, como algo incómodo, pero nunca pensé que Alberto pudiera haber matado a la chica, lo conocía muy bien y sabía que no era violento en absoluto. Nunca hablé tampoco con él del tema del asesinato. Al poco nos divorciamos y ahí acabó nuestra historia.

»Cuando vino el sargento de la Guardia Civil a preguntarnos sobre la llamada de Fiona y Alberto fue al cuartel a contarles lo que había pasado, pensé que si descubrían que había sido amante de la chica atarían cabos y acabarían descubriendo a mi hijo. Pero los guardias no sospecharon nada de Alberto. Estaban empeñados en culpar al novio, que suele ser lo habitual y se fijaron poco en los pecados que pudiera tener el padre. Además, Alberto tenía buena coartada para la hora en la que se suponía que desapareció Fiona. —Olga hizo una pequeña pausa, permaneció pensativa—. Jordi no merece acabar en la cárcel. Y menos por culpa de un padre pervertido y de una novia promiscua.

—Y a Zarco, ¿por qué había que matarlo? —repliqué, cortante y acusador—. Mató a un hombre inocente, un hombre que no le había hecho nada a él.

—Cuando nos conocimos, te dije que no siguieras investigando y no me hiciste caso. Todo por escribir un puñetero libro. —No sé qué pretendía dar a entender Olga: ¿que ya me avisó?, ¿que la culpa fue mía por seguir con la investigación? No importaba. Veía que ella estaba al límite y podría decir cualquier cosa.

—O por hacer justicia —contesté.

—Ahora eres tú quien se está engañando. A ti y al detective la justicia os importaba una mierda. —A pesar de la situación, me sorprendió una expresión malsonante en boca de Olga—. Lo único que queráis era la satisfacción de descubrir quién mató a Fiona, de triunfar donde había fracasado la Policía y la Guardia Civil y todos los periodistas que intentaron investigar el crimen.

—Lo que no sé es quién atacó a tu marido ni por qué. Sé que tuviste algo que ver. La inspectora me dijo que la última llamada recibida por Alberto proviene de tu móvil y, según me dijiste, no te hablabas con él. Parece mucha casualidad que lo llamaras...

—¿No sabes por qué lo llamé? El escritor que lo sabe todo. —Rio de una manera forzada y desagradable—. Fui a verlo para decirle que sospechabas de él. Alberto estaba borracho. Oía a alcohol y se trastabillaba al hablar, un ser grotesco. Me dijo que él no iba a cargar con los crímenes de su hijo, que pensaba hablar con la Policía. Que debía haberlo hecho mucho tiempo antes. Que su hijo le odiaba. Qué se yo la de mierda que le salía por la boca. Alberto se reía con amargura, borracho como una cuba. Lo odié. Él era el responsable de que Jordi hubiera matado a su novia. Intenté darle un bofetón, pero él dio un traspié y cayó hacia atrás. Se golpeó la cabeza con el pico de la cómoda. Se quedó allí tendido. Mi primer pensamiento fue avisar a una ambulancia. Luego pensé que, si Alberto moría, su hijo se libraría de un problema. Casi deseé que muriese. Ya ves la clase de persona que soy. Y me largué de allí...

En ese momento escuché una llave que giraba en la cerradura de la entrada. Se oyeron unos pasos y Jordi apareció en la puerta del salón. Recordé la llamada que había realizado Olga

desde el baño. Parecía que Jordi no había aprovechado para tratar de huir.

—Según mi madre, lo has descubierto todo.

A pesar de saber que estaba frente a un asesino, mantuve la calma. A veces, nuestras reacciones nos sorprenden a nosotros mismos. Me sentía tranquilo, sin miedo.

—Lo que no entiendo es por qué tuviste que matar a Zarco.

—Pues tú me pusiste sobre aviso. Le dijiste a mi madre que Zarco estaba a punto de resolver el crimen de Fiona. Y mi madre me lo contó a mí. Supongo que ella siempre sospechó la verdad, aunque no quiso aceptar que su hijo fuera un asesino —contestó con tranquilidad. Me fijé en que su tartamudeo inicial había desaparecido—. El homicidio de Fiona estaba prescrito, lo sé. Sin embargo, yo tengo una reputación como abogado, un prestigio, una vida que me va bien, vivo desahogado y tengo amigos en Ibiza, incluso he comenzado a salir con una chica. Y todo eso podría acabarse de la noche a la mañana si el ínclito escritor, Francisco Marín, decidía publicar la historia del crimen de Fiona. Daba igual que no aparecieran nuevas pruebas. Incluso si hubiera puesto una demanda por atentar contra el honor, posiblemente la habría ganado. Pero sé el daño que pueden hacer las habladurías.

—¿Habladurías? —pregunté incrédulo, parecía que Jordi tuviera doble personalidad y, con el paso por tiempo, viera su implicación en el asesinato de Fiona como una habladuría—. ¡Tú la mataste! Y luego a Zarco.

—Ya. Menuda novia, que se tiraba a mi padre. A él nunca le perdoné que se follara a mi novia. A la novia de su hijo, cuando nosotros dos éramos unos críos. Ya no nos hablábamos. Incluso me cambié el orden de los apellidos para tenerlo lo más lejos posible de mi vida. Dejé de ser Jordi Torres y pasé a ser Jordi Sanchís, una persona nueva. Una persona para la que no existían Fiona Clark ni Alberto Torres. Él fue el responsable de todo. De no ser por él, yo no habría matado a Fiona. Nada de esto habría ocurrido si él no se hubiese tirado a mi novia.

»En realidad, ni siquiera fue mi intención matarla —se justificó—. La seguí cuando salió del bar. Habíamos discutido, sabía que ella no quería verme, y le pinché la rueda de la moto para que subiera a mi

coche y pudiéramos hablar. Le pregunté qué hacía en aquel bar, me dijo que había quedado con mi padre, pero que él no había acudido, me dijo que se follaba a mi padre y que estaba enamorada de él y que me quería dejar. A partir de ese momento perdí el control...».

Jordi dejó de hablar. Me giré y miré a Olga. Permanecía absorta, con el rostro compungido y la vista fija en su hijo, como si no quisiera aceptar la realidad. Quizá fuera como ella decía, me había dejado llevar por mi afán de protagonismo. Había contemplado el asunto como un juego, como material para una novela y solo la muerte de Zarco me había abierto los ojos. Quizá fuera yo el responsable último de la muerte del detective. Si no hubiera iniciado aquella puñetera investigación... Yo tenía muchas preguntas y pocas respuestas. Solo la seguridad de que nadie puede matar a otra persona, salvo en caso de defensa propia.

—Intenté parar la investigación —prosiguió Jordi—. Fui a ver a la jueza de instrucción uno de Ibiza. Le comenté que estabas investigando el caso y que yo había sufrido muchos perjuicios en su tiempo por ser sospechoso y que podría volver a sufrir los mismos perjuicios si se empezaba a husmear. Me respondió que ella no podía hacer nada, que hablaría contigo, pero no te podía impedir que siguieras con la investigación. —Jordi hizo una pausa y preguntó—: ¿Qué vas a hacer?

—¿Qué crees? No puedo hacer otra cosa que contárselo a la inspectora Ferrer —respondí con calma. Me asomé al ventanal del salón. Afuera el campo permanecía inalterable. Era un día soleado de mediados de noviembre. El frío, como de costumbre tardaba en llegar. En el reflejo del cristal vi la figura de Jordi a mi espalda empuñando una pistola con su mano izquierda. La imagen translúcida daba a la escena una sensación de irrealidad, como una aparición fantasmagórica. En ese momento escuché la voz que me sacaba del mundo onírico y me despertaba de la pesadilla:

—¡Quieto! ¡Policía! ¡Suelta la pistola!

Me giré y vi al mismo hombre que viera en la barra de El Zaguán. Vestía los mismos vaqueros y la sudadera azul oscuro. Mi guardaespaldas. Sujetaba un arma apuntando en dirección a Jordi. Este apoyó la pistola en la cómoda que había pegada a la pared,

levantó los brazos formando un ángulo recto con los codos, y me miró con calma.

—No habría disparado sobre ti, solo pensaba encerrarte hasta que hubiera salido del país —dijo Jordi mirándome con tranquilidad—. Mi madre te quiere. Solo necesitaba tiempo para escapar.

—¿Necesita que le lea sus derechos? —preguntó el policía.

—No es necesario, agente —respondió Jordi con calma. Su indiferencia me mostró el psicópata que había dentro de él, a pesar de su aparente normalidad. Recordé aquella malévola sonrisa de superioridad que me dirigió el día en que Olga nos invitó a comer y que me erizó el vello.

El policía puso los brazos de Jordi hacia su espalda y le sujetó las esposas en las muñecas. Telefoneó a la comisaría para pedir ayuda. Supuse que sería el protocolo para el traslado de los detenidos. Demasiado arriesgado llevarlo un agente solo y conduciendo el vehículo. Olga miró cómo el policía cogía de un brazo a su hijo y lo conducía hacia la puerta.

Jueves, 14 de diciembre de 2019

Después de mi declaración en la Comisaría de Policía de Ibiza, la inspectora Ferrer me invitó a un café. Lo descargamos de la máquina y lo llevamos a su despacho. Me llamó la atención el orden, en contraste con el caos imperante en mi casa, donde dejaba las cosas según entraba y no había ningún papel que estuviera guardado o en su sitio. Sin embargo, a pesar de mi pereza para ordenar, me producía una sensación placentera ver los lugares en los que cada objeto ocupaba el lugar adecuado. La inspectora estaba resplandeciente, parecía ignorar su distanciamiento de unos días atrás, y me mostraba empatía. Su rostro no podía ocultar su satisfacción por haber resuelto un caso de asesinato. En realidad, dos casos de asesinato: el de Zarco y el de Fiona, un crimen sin resolver durante dieciséis años. Quizá tuviera alguna repercusión positiva en su carrera profesional.

—¿Qué tal lo he hecho? —pregunté.

—Muy bien —respondió sonriente—. Has contado todo de forma muy clara. ¿Has pensado dedicarte a la investigación privada?

—Ja, ja. Ya te digo que no. Esto no es para mí. He pasado muchos nervios y mucho miedo. Me conformaré con imaginar crímenes y escribir sobre ello.

—Hemos interrogado a Alberto Torres —dijo la inspectora. Agradecí su confianza al contarme algunos pormenores de la investigación. Cierto que yo también había puesto mi granito de arena—. No solo por lo que pudiera saber de este caso. También me tomé la libertad de preguntarle por el crimen de Fiona. No ha tenido más remedio que reconocer que tuvo una aventura con la muchacha. Él le había dicho que no podía ser y que tenían que

dejarlo. Quizá esto fue lo que alteró a Fiona la semana antes de su muerte. Según parece, ella no quería aceptarlo y el día de su desaparición le telefoneó al móvil varias veces y como él no respondía a sus llamadas, llamó a su domicilio. Alberto quedó con ella en aquel bar para decirle que lo suyo no podía ser, que habían terminado; pero al final decidió no acudir. Prefirió que no los vieran juntos. La telefoneó y le dijo que todo había acabado. Utilizó un teléfono prepago, por eso no pudimos localizar la procedencia.

»Esa misma noche desapareció Fiona y decidió no contar nada por razones obvias. Sería destapar una relación con una chica de diecisiete años, además, novia de su hijo. Pensó que era una información que no tenía relevancia para descubrir lo que le hubiera sucedido a la muchacha y que tendría efectos negativos en su familia y en su carrera política. Y también podía convertirlo en sospechoso del asesinato».

—¿Sabía que su hijo era el asesino?

—Ha dicho que no lo sabía. Que sí notó a su hijo hostil hacia él, pero lo achacó a su estado de nervios tras la muerte de su novia, nunca sospechó que hubiera descubierto lo suyo con Fiona. No sé si creerlo. También dice que no recuerda cómo se golpeó en la cabeza. Ya sabemos que fue mientras discutía con Olga Sanchís. Sin embargo, él dice que no se acuerda de lo ocurrido, ni siquiera de la visita de su ex.

—Un caballero nunca pone en evidencia a una dama.

—Un caballero nunca se acostaría con la novia de su hijo — replicó la inspectora.

—Sí, tienes razón. ¿Has hablado con Olga?

—Todavía no. No creo que sepa nada sobre el asesinato de Zarco. Puede que tuviera sus sospechas de lo que le ocurrió a Fiona, pero nadie la va a acusar de nada. No ayudó a su hijo a encubrir el crimen ni nada por el estilo. Aparte del tiempo que ya ha pasado desde que ocurrió.

—¿Y se sabe algo de Miquel y de las películas que descubrió Xicu?

La pregunta me surgió espontánea, sentía curiosidad, pero en el momento en el que las palabras salían de mi boca me arrepentí de haber nombrado a Xicu y sus ilícitas actividades.

Hubiera sido mejor para él pasar desapercibido. La inspectora no se dio por aludida.

—Lo puse en conocimiento de mi jefe. Las pruebas que obtuvo el *hacker* no las podíamos utilizar, pero se realizó una investigación en el colegio en el que Miquel trabaja en la actualidad y no se encontró nada en las duchas de los vestuarios de las chicas, pero sí se descubrieron cámaras en cuarto de baño de las profesoras. Parece que le gustaba mirarlas cuando iban a mear. Un perverso en toda regla. A raíz de esto, la jueza ordenó una entrada y registro en su domicilio, que se extendía a aparatos electrónicos, móvil y ordenador. —Miré a la inspectora, expectante. ¿Habrían encontrado alguna prueba relacionada con el caso de Fiona? Enseguida me sacó de dudas—. Se encontró el vídeo de unas chicas en las duchas, parecía real, no una película, pero según se pudo comprobar no fue filmado en España. Aparte de eso, algunas pelis porno. Nada que demostrara que hubiera espiado y grabado a sus alumnas.

—Vaya. Qué curioso lo de espiar a sus compañeras en el baño —respondí sorprendido de lo que podía enardecer a algunos hombres—. ¿Qué le ocurrirá?

—Supongo que le acusarán penalmente por invadir la intimidad de estas mujeres y que lo inhabilitarán como profesor. Eso ya es trabajo de otros.

Me levanté para despedirme de la inspectora. Ella también se puso en pie y me estrechó la mano.

—Gracias, por todo —dijo—. Leeré tu libro cuando se publique.

—Tú saldrás en él —respondí riendo. No era mala tipa después de todo.

Viernes, 15 de noviembre de 2019

Raúl Ballesteros se hallaba sentado frente a mí en Es Boldadó. Nuestra mesa estaba junto al ventanal desde el que se contemplaba el islote de Es Vedrá y la playa de Cala D'Hort. Cerca de allí, al otro lado de la bahía, fue encontrado en 2003 el cuerpo de Fiona Clark. Raúl y yo habíamos cambiado nuestra costumbre de ir a cenar por la de quedar para comer los viernes después del trabajo. Desde mi ruina, Raúl se hacía cargo de la cuenta y sabía que aquél era uno de mis restaurantes favoritos. No es que yo no pudiera permitirme pagar una comida en Es Boldadó u otro sitio, pero su posición económica era más desahogada que la mía, a él le apetecía tener este detalle conmigo y a mí no me molestaba que pagara. Habíamos encargado una salmorra, un plato de pescado típico de Ibiza, que acompañábamos de un vino blanco. A la espera de que saliera el plato, brindamos con el espirituoso.

—Así que al final, Jordi Torres fue el que mató a Fiona —dijo Raúl. Sabía que era inevitable hablar del tema y que me interrogaría a fondo sobre detalles que estaba cansado de dar a la Policía. Había preferido no hablar con la prensa, al menos de momento. Joan Subirachs, el director del *Diario de Ibiza*, me telefoneó y me pidió una entrevista. Aunque estaba en deuda con él, por su ayuda durante mi investigación, y sé que en la prensa el tiempo es primordial y que las noticias pierden interés de un día para otro, le dije que hasta el día siguiente no me venía bien. Él lo entendió o, al menos, lo asumió. Aun así, no me libraría de la curiosidad de mi amigo Raúl. Le conté que, en primer lugar, había sospechado que el asesino de Zarco fue Alberto Torres y que, al sufrir este un ataque o un extraño accidente, pensé que podía ser Olga. Y ella me hizo

entender que sí era la autora. Luego caí en la cuenta de que Olga era diestra, que difícilmente podía haber tenido acceso a una pistola y que nunca hubiera podido transportar ella sola el cadáver de Fiona hasta el punto del bosque en el que fue hallado.

—Me di cuenta de que Jordi, en cambio —proseguí—, podía tener los mismos motivos, incluso más, para matar a Fiona: escribía con la mano derecha, sí, pero se manejaba bien con la izquierda para casi todo, tenía suficiente fuerza para transportar el cadáver de Fiona y podía encontrar a alguien que le pasara un arma entre sus clientes mafiosos. Y su madre también había hablado con él de las sospechas de Zarco.

»Ya ves. A veces, la respuesta más sencilla y evidente es la verdadera. Aunque durante esta investigación llegué a dudar de su culpabilidad. Casi todo el mundo sospechaba de Jordi: los guardias civiles, los padres y la hermana de Fiona, Catalina Riera, incluso tú, según me dijiste al principio, y reconozco que yo mismo, en la época en que ocurrió el crimen, pensé que el asesino tenía que ser él. Pero nunca apareció una prueba de cargo.

—Desde luego, no acabo de entender por qué mató a Zarco. Podía haber pasado desapercibido, incluso aunque hubierais hecho públicas vuestras sospechas. Bueno, no acabo de entenderlo.

—Quién puede entender a muchos criminales, Raúl. El otro día escuché en televisión que un tipo había disparado contra un montón de gente desde una azotea. Un francotirador. Decían que de momento se desconocía el motivo. En fin, creo que el motivo estaba en la cabeza del tipo. Para matar a alguien de forma aleatoria, al primero que pase por allí, supongo que tu mente tiene que funcionar de forma diferente al resto. Ser un poco psicópata. Jordi sabía que no le podían condenar por el crimen de Fiona, pero vio peligrar todo lo que había conseguido, su carrera y su estilo de vida. En cierta manera, esta vez mató en defensa de lo suyo. Supongo que cometer un segundo crimen debe ser más sencillo que el primero. Y lo que le sucedió a Alberto fue un accidente, o casi».

Raúl me miró extrañado por esta última afirmación. Entendí su pregunta sin palabras y la respondí:

—Olga fue a verle, él estaba borracho y discutieron. Él tropezó y se golpeó en la cabeza. Esto me lo contó Olga. Alberto dice que no

recuerda nada.

—¿Crees que él no lo recuerda o lo recuerda y no quiere acusar a su ex?

—No lo sé. Quizá no quiera acusarla después de todo. Bastante tendrá con que su hijo sea imputado de asesinato.

—Una pena de chico. Y buen abogado. —Por suerte, Raúl no dijo aquello de «parecía buena persona», aunque en realidad a mí me causó buena impresión el día que nos presentó Olga—. Supongo que lo negará todo e intentará defenderse. ¿Has vuelto a ver a su madre?

—No —respondí—. La llamé un par de veces y su teléfono estaba apagado. No me ha devuelto las llamadas. No sé si lo habrá conectado. En fin. Quizá mejor así. El fantasma de Jordi y Fiona planearía sobre nuestra relación. Creo que ella no me podrá perdonar que yo haya tenido algo que ver con la detención de su hijo. Y menos si publico la novela. Por cierto, ¿no la podrían acusar de omisión del deber de socorro o algo así?, por dejar a Alberto tirado a su suerte.

—Paco, este es un delito que no he visto en toda mi carrera. Y ya son años. Para que se cumplan los requisitos del tipo penal tendría que haber peligro para la vida de la persona, en este caso para la vida de Alberto, y parece que no lo hubo.

—Olga no lo sabía cuando se marchó de allí y lo abandonó.

—Da igual, el caso es que no hubo riesgo para su vida —dijo Raúl con seguridad—. ¿Tienes intención de escribir sobre el tema?

—Sí. Se la dedicaré a Álex Zarco. ¿Sabes? A veces tengo la sensación de que de no ser por mí y por mi empeño en investigar este crimen, seguiría vivo.

—Si te pones así, Paco, empezaste a investigar por los comentarios de tu amiga, de Marisa, así que también ella podía ser la responsable al haber actuado de espoleta. En fin, y si no hubierais quedado para tomar una cerveza. De nada sirve lamentarse. Las cosas son como son. Y los padres de Fiona quizá duerman un poco más tranquilos. Aunque, claro, de rebote también se han enterado de que su hija estaba liada con un hombre casado.

—Ya. La verdad nunca es perfecta. Ayer me llamaron para darme las gracias. Quizá se haya hecho un poco de justicia, pero el

precio que se ha pagado es bastante alto. Si volviera al inicio no sé si comenzaría la investigación.

—También el sargento Colomar dormirá más tranquilo —dijo Raúl pensativo—. En realidad, exsargento. Lo expulsaron del cuerpo.

—Sí —asentí recordando mi conversación con el exsargento. Le había prometido informarle si descubriría algo. Aunque ya se habría enterado por la prensa y la televisión, que se había hecho eco de la noticia en todo el país—. Supongo que para él será una pequeña victoria moral. Al menos, sabía que era culpable.

—Si dejáramos que la gente actuara por lo que cree saber o por lo que está convencido que es la verdad, morirían muchos inocentes. A veces una buena persona y con buenas intenciones comete malas acciones —dijo Raúl con una media sonrisa que no supe cómo interpretar y cambiando de conversación, preguntó—: ¿Cómo se va a titular el nuevo libro?

—Supongo que algo clásico: *La verdad sobre el caso de Fiona Clark*, o *El asesinato de Fiona Clark*; algo así.

Ibiza, 20 de mayo de 2020

Nota del autor

En la redacción de esta novela tomé, como punto de partida, algunos elementos de un crimen real ocurrido en Ibiza. Los nombres han sido cambiados, así como la fecha y el lugar del suceso. Los personajes que aparecen a lo largo de sus páginas, la investigación y el desenlace son producto de la imaginación del autor.

AGRADECIMIENTOS

He recibido mucha ayuda para la corrección y redacción final de esta novela.

El desenlace lo he modificado en tres ocasiones hasta la versión definitiva. En esta redacción última han tenido gran importancia los comentarios de Rita Prats, Patricia Marín, Maglo Ripoll y Paquita Riera.

También agradezco las sugerencias recibidas de Josu Zulaika y Antonio Martín, así como la confianza y el ánimo que me transmitieron.

Uxue Montero, además de corregir erratas y errores ortográficos, realizó interesantes observaciones sobre el contenido.

Dolores Conquero me ayudó a rematar la novela.

Carlos Ferrero y Daniel Vaquero, lectores en cuyo criterio y sinceridad confío, también se prestaron la lectura del manuscrito y aportaron valiosos comentarios.

Las aportaciones de todos ellos me han ayudado a mejorar el borrador inicial.

También agradezco a Ángel Lorenzo el diseño de la portada, tras varios bocetos e ideas y muchísimas correcciones.

Son muchas las personas que me han apoyado en mis aventuras literarias desde el inicio y me han animado a continuar. Sería larga la lista. Sin ellas quizá nunca habría llegado a escribir esta tercera novela. Un comentario o unas palabras amables pueden ser un enorme aliciente. Espero que todos los que habéis contribuido os veáis reconocidos en este agradecimiento.

Libros de este autor

[El caso Demichellis \(2016\)](#)

Un intenso thriller que se desarrolla en las calles y juzgados de Ibiza y que atrapará al lector desde las primeras páginas.

Eduardo Ribas es juzgado y condenado por el homicidio de una enfermera (Ana López Demichellis). Ni Raúl Ballesteros, un prestigioso abogado políticamente incorrecto, ni la hermana de la víctima (Raquel), una bella y sensual joven, están convencidos de la culpabilidad del hombre que acaba de ser condenado. Ambos deciden contratar a un extravagante detective pero dotado de grandes facultades deductivas para intentar esclarecer los hechos.

Una vez iniciada las investigaciones, la primera circunstancia que llama la atención del detective (Álex Zarco) es el hecho de que el último paciente de Ana, enfermera de la Unidad de Cuidados Intensivos, fue un hombre tiroteado.

Dos crímenes violentos en una isla tranquila como Ibiza en invierno parecen demasiada coincidencia. ¿Tendrán alguna relación o será pura casualidad?

[El último caso \(2019\)](#)

Irina es una bella joven de turbio pasado casada con Miguel Tur, un rico empresario ibicenco. La desaparición de Irina y el inesperado desenlace harán que Ballesteros, el prestigioso abogado, y Álex Zarco, el extravagante detective, colaboren de nuevo para tratar de esclarecer lo sucedido. En esta ocasión se adentrarán en el mundo de la prostitución y de la jet set en Ibiza, en una peligrosa investigación en la que Zarco tendrá que emplear todas sus facultades deductivas para resolver el crimen.

Una novela policiaca de corte clásico que sigue las huellas de los grandes maestros del suspense.

Autobiografía de un escritor diletante (2019). **NO FICCIÓN.**

En 2017 autopubliqué en Amazon mi ópera prima, El caso Demichellis, una novela policiaca que en 2018 se convirtió en uno de los ebooks más leídos en esta plataforma. Fue la tercera novela más vendida durante el verano de ese año, solo por detrás de La desaparición de Stephanie Mailer, de Joël Dicker, y de Las hijas del capitán, de María Dueñas, y por delante de obras de ilustres autores como Lorenzo Silva o Camila Läckberg. También fue el segundo ebook más descargado en Prime Reading en 2018, el primero fue El diamante de Jerusalem, de Noah Gordon. Es difícil entender cómo la primera novela de un autor desconocido, sin ningún vínculo con el mundo mediático y autopublicado, llegó a situarse entre estos escritores superventas a nivel mundial y respaldados por grandes editoriales. En estas páginas trataré de explicar mi historia.

Los lectores han dicho: «inspirador», «sumamente bello», «valiente y sinero», «una experiencia completa»